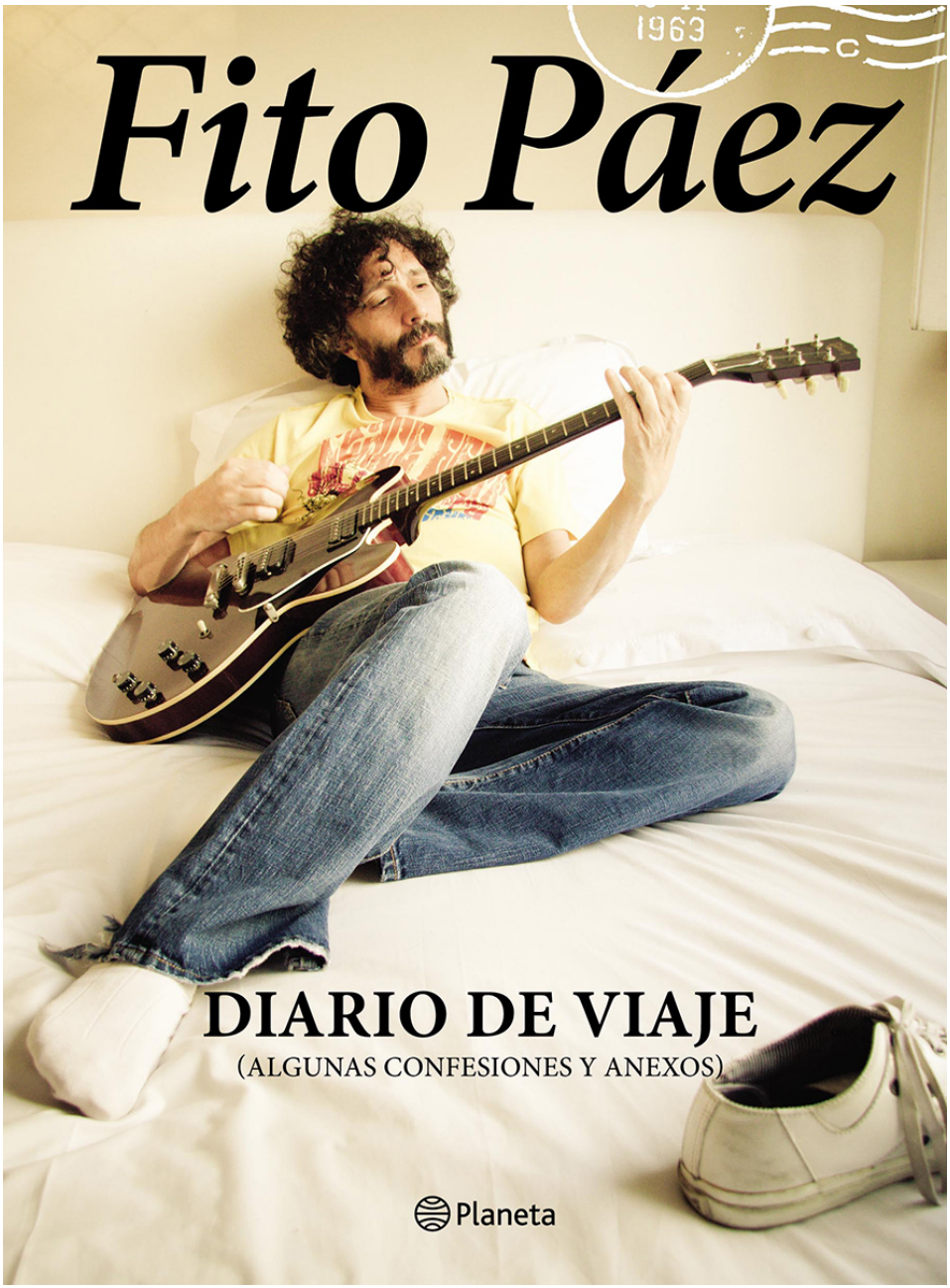
Fito Páez



DIARIO DE VIAJE

(ALGUNAS CONFESIONES Y ANEXOS)

Planeta

Fito Páez

Fito Páez
Diario de viaje

(ALGUNAS CONFESIONES Y ANEXOS)

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Fito Páez

Fito Páez
Diario de viaje / Fito Páez. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-5564-1
1. Autobiografías. I. Título.
CDD 920

© 2016, Rodolfo Páez

Diseño de cubierta e interior: Juan Ventura
Fotografía de cubierta: Damián Benetucci
Fotocromía: Pablo Engel
Corrección: Teodora Scoufalos

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2016
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5564-1

Prólogo

Fito tiene SIDA. Lo cantó él mismo cuando se terminaron los 80. Fito es un portador sano de todo lo que contagia (en las fronteras) cada época. Fito pone el cuerpo. Escribe el diario de un viaje, y ese viaje, las mil idas y vueltas entre hoteles, casas, palacios, aeropuertos, arrabales últimos y desierto, nos dice algo: la Argentina está a punto de perder su centro. Su centro de gravedad. Como increpaba Charly García a su público en 1983: –¿ustedes saben qué quieren?–. ¿Nosotros sabemos qué queremos? Fito sabe qué quiere. Es uno de los últimos mohicanos que hace su ritual en la montaña. Vivió ya medio siglo entre un siglo y otro, y puso las canciones en tu walkman, hoy en tu spotify. Y ahora pone en tus manos un diario para repasar entre sus colchas revueltas las filiaciones históricas del desierto argentino: Charly García, Luis Alberto Spinetta, Litto Nebbia, Atahualpa Yupanqui, Alberto Ure, Horacio González, Rodolfo Fogwill, los hermanos Fattoruso, Mercedes Sosa, Roberto Goyeneche, Alberto Olmedo; y también los padres y los hijos, los muertos, los amigos, los enemigos íntimos, y los elencos de esa política a la que mira con libertad y convicción. En estas páginas Fito hierve de malestar en la cultura. Como en el gran monólogo sobre la herida originaria argentina improvisado frente a los emisarios de una compañía: hay algo que no le cierra, una fractura que es necesario reponer. Y que en él toma la forma de la risa, de una risa negra, como decía Leónidas Lamborghini. Así, entre anotaciones, obsesiones, recuerdos, sociología fina, de calle, nos va descubriendo en su escritura espléndida el montaje de un año en su vida, el 2015, el año cuyas tensiones personales y políticas implicaron un corte de época finísimo. Crujieron las placas tectónicas… ¿las oímos? ¿Fue el fin tardío del siglo veinte? ¿La muerte del rock, de la política, de la aventura? ¿Un cambio de gobierno que es un cambio de época que es un cambio de piel? Fito escribe, él sí, "un gran diario argentino". Y en la pasión perfecta de su escritura propone una solución *beat* de todos los problemas argentinos: rodar tu vida.

Martín Rodríguez

DIARIO DE VIAJE
(ALGUNAS CONFESIONES Y ANEXOS)

Archivo personal

28 de enero

El primer viaje del año fue con mis hijos y mi novia desde La Población, provincia de Córdoba, hasta San Luis capital.

Mi hija Margarita cantó con Chano, su príncipe encantado, en la prueba de sonido bajo un calor fulminante. Martín, mi hijo, filmaba y sacaba fotos. Eugenia, mi novia, miraba entre bambalinas.

Nunca voy a olvidar la felicidad e ilusión de Margarita la noche anterior mientras esperaba el llamado de su cantante favorito para invitarla a su concierto.

No hay nada más importante en la vida que la felicidad de tus hijos.

Subí al escenario a cantar con los Tan Biónica y volvimos rápidamente a la casa porque había amenaza de tornado.

La melodía de "La melodía de Dios" no salió de mi cabeza durante todo el viaje. Suele sucederme con canciones pegadizas. Hay momentos que sentís que aquella cosa nunca más va a salir de tu cabeza y un escalofrío te recorre el cuerpo.

Lo que pasó una noche que se cortó la luz en un departamento en Cadalso de los Vidrios, España.

Estaba solo. Oscuridad total.

Pensaba en la idea de morir y quedar con el cuerpo inmóvil sin poder frenar la máquina del pensamiento. Algo parecido a algunas de las pesadillas opiáceas de Poe. Una vez fenecido, seguiría atrapado en mi cuerpo totalmente lúcido de la situación de inmovilidad eterna. Los movimientos que iría a registrar serían los de los nacimientos y traslados de las larvas que generaría la putrefacción de mi propio cadáver. También intuiría el sonido inaudible de los gusanos devorándome y la transformación de estos en crisálidas antes que mi cuerpo fuera un pantanal de hormigas, insectos de todo tipo, materia fétida y mariposas multicolores que abonarían la tierra. Pero mi mente brilla y percibe que una vez desaparecido mi cuerpo, el último vestigio de lo que alguna vez tuvo un nombre y un apellido, todo va a desaparecer para siempre. Ninguna posibilidad de escape. Y será un alivio, una vez extinto todo mi "yo". Pero he aquí que llegará el momento en que te transformarás solo en una fuente de lucidez inagodiv.

El paradigma de la consagración de la razón sobre los sentimientos.

Y ahora, tu mente a la deriva, sin forma, sin cuerpo, inapagable, neurótica, resonando en la nada misma sin molestar a nadie más que a sí misma, no parece una muy buena idea.

Esto pensaba en aquella habitación española a oscuras mientras mi hijo Martín pasaba unas vacaciones en casa de sus abuelos maternos un cálido verano de hace ya bastantes años.

Las melodías, la obsesión, las pasiones. De eso se trataba todo.

Casi todo.

Después de tres horas de viaje en una combi desde San Luis, llegamos a La Población. Medio dormido bajé a mis hijos. Eugenia preparó sandwichitos para todos. Los comimos con agua fresca y Coca Cola. Nos esperaba una camucha calentita y el mundo era esta inmensa maravilla.

Archivo personal

04 de febrero

Viajamos con mi amigo Martín Rodríguez a presentar mi primera novela, *La puta diabla*, en la sala anexa a la biblioteca-bar del teatro Solís en Montevideo. Invitados por José Miguel Onaindia, sobrio intelectual a cargo de la dirección artística del teatro, un hombre querido y entrañable. Una vez arribados a la capital charrúa nos dirigimos sin escalas a la sucursal de La Pasiva de la peatonal Sarandí y plaza Matriz. Devoramos sendos chivitos canadienses con Coca *light*. Ya estábamos allí. El chivito uruguayo es un sándwich especialísimo. Similar al lomito argentino, con la diferencia de que el pan es menos espeso y la carne de corte fino es tierna y sabrosa. Lo acompañan unas tiras de pimiento rojo, un huevo frito y una pequeña porción de panceta.

Archivo personal

Después de dejar los bártulos en el hotel Radisson, cerca de las diecisiete horas estábamos sentados en una mesa de la sala anexa con la directora del teatro, Daniela Bouret, José Miguel, Martín y yo. Había un montón de personas ávidas por algún motivo que siempre

desconoceré, sentadas frente a nosotros.

Todos hablamos de bueyes perdidos, que es de lo que se trata cuando uno presenta un libro.

El texto es una excusa para seguir balbuceando mientras los negocios gordos suceden en otro lado.

Hablé de Copi y de Piglia seguramente por las diferencias estilísticas pero a la vez de cómo los dos han sido fuertes influencias a la hora de leer o pensar lo que había escrito.

Otro grave defecto de gran parte de la crítica vernácula universal. Algunos creen conocer los caminos que uno ha recorrido para llegar a algún lugar. En todo caso, vale la aclaración, nunca sé de qué se trata lo que estoy haciendo mientras lo estoy haciendo. Solo sucede.

Archivo personal

Salimos por la noche con Martín a caminar por la 18 de Julio. Charlamos con travestis, con un paralítico desdentado que nos persiguió una cuadra intentando revelarnos un secreto y con un par de linyeras del centro. Terminamos en un puestito de panchos comiendo una hamburguesa riquísima. Martín es un amigo campeón. Una de las pocas personas en quien confío. Es un canalla brillante. Y uno de los auténticos poetas de nuestro tiempo, junto a Fernando Noy, el último poeta ambulante.

¡Ah!, los falsos e infatuados poetas.

Martín se la pasó husmeando, estudiando y hablando con gentes de lo más diversas durante más de dos años para una investigación sobre la guerra con el Paraguay y terminó escribiendo un libro de poemas de

no más de cuarenta páginas. Era repartidor de pizza. En los años 90 trabajaba en la pizzería Kunst, en la calle República Árabe Siria al 3000. Nos llevaba los pedidos a Massera y a mí.

Una noche me dejó uno de sus primeros libros, *Agua negra*.

Mientras comía una de sus muzzas leí la mitad de esa joya. Y aún recuerdo el shock.

Martín Rodríguez.

Solo con él charlé durante el proceso final de *La puta diabla* antes de editar definitivamente con Francisco Garamona, otro loco hermoso, aquel delirio.

—Fito, ¿sos vos? —me preguntó el vendedor del carrito.

—Y… ¡Sí! ¡El negro Rada difícil! —contesté.

Nos hicimos unas fotos antes de terminar de devorar las hamburguesas. Les firmé autógrafos a los otros dos muchachos de aquel carromato y todos contentos.

05 de febrero

Prueba de sonido en el teatro Solís. Una joya italiana enclavada en la bella Montevideo. Excelentemente mantenido y con una programación de altísima calidad, en lo cual tiene mucho que ver nuestro amigo Onaindia. Llega Hugo Fattoruso a probar. Decidimos hacer "Ojalá no se vaya", pieza que nace en ese mismo lugar otra tarde, después de terminar otra prueba de sonido hace ya algunos años. Hugo me pregunta si tengo una letra para darle y le entrego esta y otra más llamada "La música de las ciudades". Dos años más tarde de aquel episodio tocaba en Montevideo en otro local y cae Hugo con la música hecha. ¡Fue tan profunda la emoción de escuchar aquellas palabritas en el medio de la menesunda fattorusiana! Creo que también penaba un amor por aquellos días y la canción no hizo más que aflojar y tocar fibras profundas. Nada escapa de las redes emocionales. La emoción es la gran araña.

Allí estábamos otra vez los dos. Uno de mis maestros, él, y un desarreglado pero insolente alumno, yo. Nunca terminás de aprender con esta clase de genios. Todo es música y *swing*, todo el tiempo.

No se trata de tocar mejor o peor el piano. Se trata de *ser* el piano.

No se trata de desplegar más o menos artillería musical. Solo la necesaria para lo que se está queriendo contar o transmitir. A veces son cosas sencillas, a veces no. Qué falacia aquello de que "todo lo simple es bueno". Como si hubiera una moral en las formas que obliga al autor

de las mismas a ser bueno, o sea simple, para que los otros lo entiendan. Sencillamente el otro no siempre tiene la cantidad de recursos e información que tiene el artesano que atiende esas cuestiones cotidianamente y, muchas veces, ese otro puede quedarse afuera. “Lo que atraviesa el tiempo es lo que sirve”, indica como una máquina boba el sentido común. Claro, pero como toda dialéctica se muerde la cola: porque lo que hacemos no es un bien de servicio en sí mismo. No puede ser cooptado desde las redes políticas ni éticas.

Sobre el final de la prueba le pido a Hugo que hagamos una versión de “El día que me quieras”. Funcionó. Hicimos otra canción de su primer álbum solista, *Homework*, “Agua y aceite”, co-compuesta con Laura Canoura. Candombazo. “Giros”, con cambio de instrumentos (Hugo dejaba el piano acústico y tocaba el acordeón a piano) y “Nueva”, canción religiosa bachiana con una letra ultra delirante que cierra su disco *Ciencia Fictiona*. Ya había valido la pena viajar a Montevideo. Esa hora con mi amado Hugo pagó todo. Mención especial para Albana Barrocas que nos enlujó con sus percusiones.

Comencé el concierto con “Sea”, canción de franciscana sencillez y cálida hasta los huesos de Jorge Drexler. Hice temas de Charly, de Nebbia, mías, y de golpe me avisan que llegó Rubén Rada. Otra de las patas de ese Potemkin musical americano que fue Opa, allí por los años 70.

Rubén es todo gracia y perfección. Su voz de pájaro negro alumbra donde suene. Subió con sus tumbadoras e hicimos una versión *free* de “Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Teatro casi derrumbado. Después subió Hugo. Teatro derrumbado.

¡Qué casa más casa que es Montevideo! Parecida por momentos a mi Rosario natal. Su cartelería eléctrica, su tempo campechano de metrópolis que quiere y no quiere terminar de volverse loca, la amabilidad de su gente, sus músicos siempre delicados y de altísima calidad técnica, su 18 de Julio, su Rambla, el bar La Ronda, la casa del Lobo Núñez allí en la Ciudad Vieja, su Fun Fun, su grapa miel, su Pasiva, su cerrito La Victoria, su Pilsen, su Zillertal, su Patricia, su Palenque, su librería La Lupa y su pizza rectangular, su bar Arocena, su teatro Solís. Su todo especial y único.

Archivo personal

Andrea Villar

Terminamos charlando en un restaurante italiano con José Miguel Onaindia sobre los inconvenientes de montar una obra inédita de Manuel Puig, *Un espía en tu corazón*, que él me había sugerido leer para montar una comedia musical. La escribió por los años 80 para Renata Schussheim y Jean François Casanovas. Había que *aggiornar* muchos guiños del radioteatro y el cine de los 40 y 50, entre ellos las voces de Olinda Bozán, genia del humor universal (posiblemente en los 80 el recuerdo de esas mujeres hubiera causado el clima entre “peronista y melancólico” que la obra requería para reírse de sí misma). La pieza

estaba muy viva de todas maneras. Plena de delirio y humor pero acotada a su época, la última posguerra mundial en la Argentina.

Archivo personal

10 de febrero

Alfredito Oliveri.

Dandy porteño, dueño de unas de las mejores líneas que escuché, acuñé y hoy ya siento mía: “Solo hay dos maneras de vivir, una es disfrutar sin parar… La otra no la conocemos”.

Allí estábamos en el restaurant El Franchute de Laurent Laine, en las cercanías de José Ignacio, pasando la tarde después de aquella inolvidable velada montevideana.Desde que llegué por primera vez a aquellos parajes, hacia el año 1991, sentí que me pertenecían. Ellos me lo hicieron saber de una manera muy explícita. Me regalaron El amor después del amor. Después volví y escribí unas músicas para ballet basadas en *los Siete Locos* de Roberto Arlt y años más adelante sus amaneceres y crepúsculos acunaron los comienzos de otro gran amor.

Alguna vez mi amigo Adolfo Aristarain me dijo que en una reunión durante un festival de cine en La Habana la embajadora de no me acuerdo qué país le dijo que no había que volver a los lugares donde uno había amado. Cuando me lo comentó la primera vez comprendí el sentido y el impacto que le causó aquella idea. Con ese solo módulo él podría contar la historia más triste del mundo. En sus manos aquello se podría transformar en una nueva Muerte en Venecia o en otra Hiroshima Mon Amour pero con los años (después de haber vuelto a

lugares donde he amado y he vuelto a amar) se me hizo una idea demasiado literaria o cinematográfica. Allí sí que podría funcionar aquello. Por eso le había entusiasmado tanto a mi querido maestro y hermano Adolfo.

Archivo personal

Pero la vida es más así.

Sin tanta carga sobre “los lugares donde uno ha amado”. Al final todo es un lugar donde uno ha amado y sobre el más final de los finales todos esos lugares desaparecerán.

11 de febrero

La familia García nos acogió a María Eugenia y a mí en su casa de la costa esteña de la mejor manera. Gente amable y encantadora. Juan y Ana. Pasamos unos días deliciosos que coronamos con una fiesta el día de cumpleaños de Alfredito, el nuero de los García casado con Guadalupe, la hija menor del clan. Vino alguna gente *chic* y otra no tanto a un restaurante semi-catalán en aquel verano donde los chefs eran las estrellas de rock y canté para él algunas de sus canciones favoritas. Después nos emborrachamos en casa de uno de los cocineros de moda y fue fácil detectar que hace dos o tres décadas hubiera habido una guitarra, y algunos muchachos y muchachas habrían mostrado sus músicas nuevas y habríamos cantado hasta el amanecer. Lo que teníamos hoy era una reunión de gente ligada a la cocina

escuchando música electrónica y sintiéndose muy a gusto en el mundo que les tocó vivir.

15 de febrero

Después de unos conciertos en Viña del Mar a piano solo volvemos con Euge a Buenos Aires. Conozco a Matías Schneer y a Tirri. Juntos tienen una sociedad de ventas de conciertos y se ofrecen como socios para futuros negocios.

Después de algún tiempo trabajando con Pop Art (Roberto Costa, Diego Sáenz y Lilia Fuster) y a pesar de las buenas intenciones de las dos partes no lográbamos objetivos comunes.

Así que libre de compromisos nos encontramos en una reunión en mi casa con Matías y Tirri.

Todos queríamos y necesitábamos trabajar.

Dentro del plan me proponen hacer una canción para la apertura del programa de Marcelo Tinelli.

Archivo personal

18 de febrero

Reencuentro con la banda en San Luis. En el mismo predio donde había tocado con Tan Biónica unas semanas atrás. La vida musical es un

espacio donde se desarrollan todas las pasiones humanas. Ahí estábamos otra vez dispuestos a lo que fuera. Mariano Otero, compositor y bajista de genio, Diego Olivero, un hábil todoterreno lleno de picardía, Juan Absatz, ex Superchango, grupazo de los 90, tecladista, guitarrista y cantante de lujo, Gastón Barenberg, santafecino de ley, detrás de la batería; y yo, que intentaba retomar aquella disciplina que me hacía tan bien hacía tantos años.

Una banda se desarrolla en el tiempo. Cuando tocás mucho tiempo con alguien se va creando una intimidad y una zona de entendimiento única. El *swing* se crea así. En la convivencia de los músicos sobre la materia musical y en la experiencia vital fuera de la sala y los conciertos. Cada salida o evento social compartido es una manera más de conocerse y así hacer que la música funcione. En las complicidades, en los abrazos, en el camarín y en las risas también se encuentra la materia que nos emociona. Por eso hay gente con la que uno nunca puede enganchar ¡y otra con la que definitivamente sí! Soy un hombre afortunado. Toco con cuatro campeones de la música y de la vida.

En la mitad del concierto se cortó la luz y seguimos tocando como pancho por su casa. La Argentina profunda se trata de eso.

Archivo personal

03 de marzo

Tocamos en Bolívar. El intendente me entrega una placa como visitante de honor.

Fabi Cantilo está cumpliendo años.

06 de marzo

Paulinho Moska llega a los estudios del Santito a grabar las voces de *Locura total*. En portugués y en castellano. Semana ardua y tensa. Afo Verde, jefe de la casa Sony para América Latina y parte de Europa, se había apropiado de los destinos del proyecto por dos razones muy sencillas: el álbum llevaba parado desde el mes de septiembre del 2014 y él había puesto el dinero. Liminha, gran productor brasilero de raza, encara la aventura en agosto de ese año hacia As nubes, su estudio de grabación, y por diferentes razones el álbum se detiene después de veinte días. Supongo que cuestiones ligadas a las diferentes idiosincrasias, a los distintos lenguajes y a gustos musicales hicieron que cierta abulia rondara el proyecto por algún tiempo.

Afo toca el timbre de mi casa de la calle Bioy Casares hacia fines de diciembre y, después de charlar sobre sendas familias y el tiempo que hacía que no nos veíamos, me pide escuchar cuatro músicas de *Locura total*. Decide con la seguridad de un almirante japonés en Pearl Harbor que hay que cantar en los dos idiomas. Decide que ese es el verdadero camino para que el uno note las ganas de conocer al otro (Brasil me prestaría atención si notaba mi esfuerzo por cantar en portugués y lo mismo Paulinho al revés). En ese esfuerzo iba a radicar la virtud del encuentro. El esfuerzo por comprender al otro y el esfuerzo de hacerse entender. Afo tiene ese don. Ir al grano sobre los inconvenientes. Brasil no iba a cambiar su manera de estar en el mundo y el resto de América tampoco. Así que Moska a cantar en español y Páez en portugués. A eso yo le llamo al pan pan y al vino vino.

Le pido a Afo que me financie una sección de metales ya que Liminha no fue partidario de incorporarla en las sesiones de Río. Yo quería probar y ver qué sucedía. ¿Por qué no? Tenía a Mariano Otero del otro lado del teléfono y ese es un lujo que no podés dejar pasar si estás a siete golpes de teléfono de la realidad. Estaba seguro de que iban a ennoblecer el material. Afo me contesta automáticamente que sí y a los pocos días ya estábamos cantando en los dos idiomas.

Párrafo aparte para la tarea de Liminha en las sesiones de grabación cariocas. Si algo no teníamos en claro ni Paulinho ni yo era cómo iban a *groovear* esas canciones. Liminha encuentra los ritmos y las formas perfectas para casi todas las músicas e inventa el corazón de la originalidad del álbum. Lo que traíamos sabido Paulinho y yo era parte de nuestro día a día. Lo que pasó rítmicamente por las manos de

Liminha fue lo más sustancial. Porque en el Brasil se baila. Se baila y lo que se baila es muy importante. Y Liminha conoce al detalle los secretos para que tus pies no paren de moverse.

Aún hoy es un auténtico mutante.

Archivo personal

Anexo

OS MUTANTES

Este tributo justiciero vuelve sobre la importancia de la inventiva americana en el siglo veinte. Os mutantes, hoy, gracias a la dedicación de Arthur de Faria, Humphrey Inzillo, Manuel Onis y Sandro Bello, vuelven al centro de la escena de la mano de gran parte de algunos de los más desprejuiciados artistas de esta época de todos lados de América y es en este álbum donde se ve con claridad la marca legible y la poderosa influencia que ha tenido el grupo brasilero sobre las tendencias modernistas y populares dentro de la partitura musical americana.

Os mutantes resultó ser una de las primeras cocteleras delirantes de este barrio donde aparecen todas las marcas que caracterizaron a la vanguardia artística y unas de la carabelas que vio la tierra del híbrido posmoderno sin que le temblaran las

piernas y menos el pulso de las ideas que contaminaron con su gracia y precisión a los artistas jóvenes del porvenir, algunos de ellos ya entrados en años, como este escriba.

Desde el *bossa nova* a la música contemporánea erudita, del rock al pop, de las drogas a Sgt. Pepper, desde *The Lost Paradise* de Milton al pan y circo, desde La manzana cromática protoplasmática a Liliana Herrero, en fin… Os mutantes es un gran laboratorio que aún no ha terminado su tarea. Sus virus siguen atravesando prejuicios y dando muestras cabales de que cuando una obra está hecha desde el amor, el conocimiento del lenguaje, la ausencia de miedos y la inventiva será una luz capaz de resistir todos los avatares del tiempo (inapagable) y seguir alumbrando el camino con alegría hasta llegar a vivir en el corazón de la gente del futuro.

Archivo personal

12 de marzo

Terminamos las voces con Paulinho y los metales de Mariano Otero.

Canté todas mis versiones en portugués durante esas sesiones que duraron cinco días. Y también escribí las traducciones al castellano de las canciones de Paulinho.

Él se acercó a Lennon y a García guiado por mí, y yo me acerqué a mí guiado por él y por mí.

A las doce de la noche brindamos en el Club M y ya estaba con cincuenta y dos años. A las doce y segundos comenzó a sonar el teléfono que no paró hasta bien entrada la madrugada.

13 de marzo

Fiesta en casa con hijos y amigos.
Sofi Gala y María Eugenia.
Mi amiga y mi novia.
Maldivina y Turbialuz.
Las vi.
Juntas.
Pueden ser ellas.
Novela.
Comencé en 1988.
Hoy estoy a punto de llegar con Mati Gueilburt, amigo de alma, y su hermano Nico a la última versión del film.

Archivo personal

15 de marzo

Llego al estudio con una idea para la canción del programa de Tinelli. La grabamos Gastón, Diego, Mariano y yo. Más tarde Carlitos Vandera

y Juan Absatz rematan los coros. El “prime time” orwelliano y aquel lujo salvaje no parecían una buena combinación.

16 de marzo

Se graban los metales escritos por Mariano Otero en una sesión corta pero muy caliente. La cuerda del metal no puede ser mejor: Juan Cruz de Urquiza y Sergio Wagner en trompetas, Juan Canosa en trombón, Ramiro Flores en saxo tenor y el gran Víctor Skorupsky en saxo barítono. El arreglo de Mariano transpira sexo y los parlantes del control chorrean oro. Canto la letra escrita la noche anterior y Mariano López ordena todo a la velocidad del rayo como solo los grandes saben hacerlo. La mezcla es extraordinaria. La década, título del tema, debería ser un *bonus track* de RRR.

LA DÉCADA

Abrimos y cerramos los ojos
Ya pasaron diez años
Te di para que tengas
Vos también a mí.
Cuántas cosas cambiaron
El día que te conocí
Me enamoré de vos hasta las manos
No hay nada que me haga más feliz que saber que seguís a mi lado...

¡Ey, mirá!, ya se pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.

Archivo personal

Le arrancaste lágrimas al pueblo
La lengua bífida, el rímel, el pasado, el futuro
Todo quema en el calor del infierno.

No sé qué cara hubiera puesto John Lennon
“para bailar hay que luchar y transpirar hasta quebrarse los huesos” (voz de desquiciada).

¡Ey, mirá!, cómo pasaron los años
Vos y yo, una máquina bailando.
¡Ey, mirá!, ya se pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.

Se prenden las luces del show
El circo empieza a girar
Todo es sangre, sudor y lágrimas
La risa se vuelve dolor
La arena se enciende otra vez
Hacer que se muevan tus pies
Y a bailar, a bailar, a bailar, a bailar con vos...

¡Ey, mirá!, cómo pasaron los años
Vos y yo, ganamos, solo ganamos.
¡Ey, mirá!, cómo pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.

Hasta que se vaya la noche...

Por irnos del estudio grabo una voz sobre una canción que había quedado afuera de RRR.
Sin mí en vos.

18 de marzo

Reunión en estudios El Pie con Matías Schneer y Tirri para mostrarles la canción televisiva, que de televisiva no tenía absolutamente nada. También llevé una premezcla de "Brillante", un tema de *Locura total* y "Sin mí en vos". Se entusiasman mucho con las tres canciones y cuchichean entre ellos. Firmo y dedico la letra de "La década" para el artífice del programa más popular de la Argentina. Parten Schneer y Tirri con mi compromiso en la mano. Para esta fecha tendrían una canción para presentarle a su jefe. Yo había preparado tres. Nunca escribo canciones para nadie. Aunque había funcionado muy bien, esta tarea no formaba parte de mi *metier*.

Si una palabra escuché más que ninguna en estos años es "posicionar". Siempre se utilizaba cuando sacaba un álbum nuevo, que es casi siempre. Creo que este fue el límite de hasta dónde he podido llegar intentando escuchar a mis interlocutores de turno sobre qué es lo más conveniente para mi "carrera". Una canción en *prime time* iba a posicionarme en la época nuevamente. ¡Qué idea más absurda! Como si alguna vez un segundo de mi vida en este negocio hubiera dependido de voluntades ajenas. Los escuché hablar en el living de Bioy Casares y les dije "Ok, ok... La van a tener". Habían prometido el oro y el moro. Yo iba a cumplir mi parte. Siempre lo hago.

Mi padre me enseñó: "nobleza obliga". Aquello que uno había aprendido tan bien, no funcionaba con todo el mundo. La canción llegó al emperador televisivo que nunca respondió con la delicadeza correspondiente a la letra dedicada. No importa que la canción no haya sido la elegida para abrir o cerrar el programa. Era lo de menos. Un llamado de agradecimiento por la labor realizada con amor alcanza para hacerse pasar por un caballero hasta para una pandilla de pícaros hacedores de dinero. Pero lo que natura non da Salamanca non presta.

07 de abril

Comienzan en Miami los finales de la mezcla de *Locura total* en el estudio de Gustavo Celis, un auténtico caballero de las artes. Una mesa Pro Tools de última generación, un par de Genelecs y por supuesto los Pultecs y todos los accesorios análogos que a todos los fans del audio nos gustan. Celis, una mente brillante. Mezcla de familias alemanas y venezolanas. No podría ser mejor. Un hombre en extremo tecnicista pero latino y caliente hasta la médula.

Empiezo a disfrutar como un niño. Eugenia llega unos días más tarde y empiezo a descubrir en ella no solo a una mujer en plena apertura solar sino a la mejor compañera.

Una noche me reúno con Matías Schneer.

Me dice que consiguió una gira con el piano solo por nueve ciudades de EE.UU. Que podían generarse algunos inconvenientes logísticos pero que la oportunidad era buena. Yo soy un entusiasta natural y escucho con atención.

En el medio del *tour* había que hacer Orlando, NYC, Miami.

Era una locura.

Eso era todo lo que no se debe hacer en un *tour*. Tres *back to back* de la manera geográfica más ilógica.

En este caso era ir y venir al mismo lugar con un concierto en el medio a miles de kilómetros.

“Poneme un avión privado”, le dije y lo dejé solo rumiando en la mesa del bar del hotel Ritz Carlton, sabiendo que aquello era prácticamente imposible por un tema de costos y de resistencia física. Algo del orden del sentido común lo iba a llevar por el único camino posible: suspender alguno de los tres conciertos.

Archivo personal

14 de abril

No tomé una copa hasta una vez terminada la última mezcla. Ni siquiera la noche que cenamos en el Niu Kitchen, restaurante de comida catalana de autor que lleva mi amiga Karina Laura Iglesias, Lamalabuena. Princesa de la noche imponente de los años 90 en aquella caótica Buenos Aires. Ella es el tipo de mujer que impone su impronta por donde se ande. Pensiones o palacios daban lo mismo. El Niu Kitchen, ubicado en las puertas del *downtown*, se destaca por sus calamares a la plancha, huevos con espuma de papa y crujiente de jamón ibérico, y costillas confitadas marinadas en romesco. Más una bodega inigualable de vinos americanos y europeos.

Aquella, de todas maneras, fue una semana de concentración y ascetismo total.

Paulinho llegó para las últimas tres jornadas e hizo sus aportes a la mezcla. Sus observaciones fueron sobre algunos detalles, donde se dice que algunas veces está dios. La munición gruesa ya la había preparado Gustavo y a mi llegada tomamos Normandía. Claramente el proyecto se estaba dirigiendo hacia un lugar que me representaba. No lo había sentido en su completitud hasta la llegada de Gustavo. La calidad del sonido, sus mezclas salvajes y refinadas. La exigencia total. Nunca me voy hasta llegar a algo parecido a lo que me gusta. Gustavo es igual.

Archivo personal

Se celebra, se brinda, invitamos a algunos amigos.

Pancho Luna, mi hermano de La Plata. Un artista renacentista que

vive en Miami. Siempre le digo que se equivocó de época.

Habíamos pasado unas horas en su atelier la noche anterior. Parecía cualquiera de los antros europeos de Gauguin traspolado a una ciudad "nada que ver". Alfredito Oliveri se sumó a la fiesta. Pablo Álvarez, amigo querido, un primo de Eugenia que andaba por allí, Javi García, hermanito entrañable de muchos años y algunas chicas de la peña latina de Miami a quienes no conocía nos acompañaron. Se bailó, se cantó y se escuchó todo dos veces. En los dos idiomas.

Al llegar al hotel, Matías nos recibía con la noticia de que había conseguido el avión privado. Hombre intrépido Schneer. Haría falta uno así siempre en la guerra. Pero que se inmole por el batallón y salve un montón de vidas. La intrepidez para el beneficio propio nunca tuvo buena prensa. Igual, a todos nos entusiasmaba la idea de ver si aún éramos capaces de tolerar aquella paliza contra todas las reglas de la lógica.

Archivo personal

Anexo A

Locura total se había transformado en una pieza especialísima.

Bruno Batista, A&R de Sony Brasil sobre los finales del 2013, propuso una reunión en la terraza del hotel Pestana en Río de Janeiro. Llamó por teléfono a Paulinho. Y allí estábamos junto al presidente de Sony Brasil de aquel momento, Alejandro Schiavi, charlando sobre las posibilidades de iniciar un proyecto en común. Ninguno sabía nada del otro.

Al mes nos encontrábamos en mi casa del barrio de Recoleta para comenzar la tarea. La primera jornada terminamos cinco canciones. Iba a funcionar. Yo estaba en plena batalla pasional con un amor que no resultaría. Salía del baño donde me resguardaba para hablar o gritar por teléfono y volvía al living, donde se encontraba el piano, y las canciones fluían como agua fresca del arroyo. Aquello devino en dos encuentros más entre Buenos Aires, Río y un último en Trancoso donde redondeamos lo que teníamos y compusimos tres canciones medulares: "Locura total", "Nuestra historia de amor" y "Milagros y heridas".

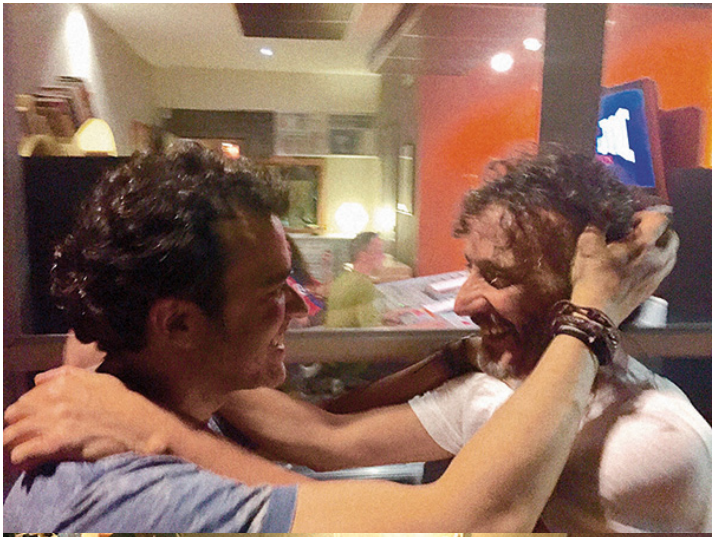
En junio de 2014 ya estábamos en los estudios. No fue sencillo. Éramos tres argentinos, Avalis de asistente, Diego Olivero de multinstrumentista y yo en el Maracaná con toda la hinchada en contra. De todas maneras, amo ese álbum. Son difíciles las colaboraciones. Hay que preguntarse si son necesarias. O imprescindibles. Hay conflictos por los que ya no quiero volver a atravesar, ya sea por la ingenuidad o la innecesariedad de los mismos. Siempre preferí los problemas nuevos. Excelentes noches en el sushi Leblón. Ale Avalis y yo recordábamos algunas escenas del mix de *Confiá* durante 2009 en el mismo estudio donde ahora estábamos grabando. Diego Olivero escuchaba. Avalis y yo, como siempre, recordábamos todo con versiones diferentes.

Anexo B

EXTRACTO DE *La puta diabla…*

"Estaban llegando al final del álbum nuevo y La Cautiva, tirada en un sillón de la sala de mezcla, buscó el lápiz de labios rojo dentro de su cartera para dárselo a Casimira. Félix indicó que el bajo no funcionaba bien, que había que quitarle graves y Rodrigo aceptó la indicación. Casimira se pintó los labios. Sancho seguía detrás de la consola de grabación, en silencio. Cuando Sancho hacía silencio quería decir que la cosa estaba funcionando. Cocaína estaba a un tris de quedarse dormida. Las tres estaban allí, como un efectivo team entrenado en un lúgubre e insano deporte. Félix deambulaba como un puma enjaulado preso de algo que había conocido dos décadas atrás. Adrenalina y audacia química. Se retiró con Sancho al baño y se tomó una línea de cocaína brasilera comprada a unos travestis sudaneses en puerta

del Help en pleno boulevard marítimo en Copacabana. Fue el momento de la mezcla de todas las cosas".



Archivo personal

15 de abril

Llegamos a Panamá a la conferencia de Sony. Vamos a tocar seis músicas del álbum. Primera vez en vivo. Vinieron parte de los metales de Rubén Blades y Joao Vianna, gran baterista carioca que había participado en el álbum. Funcionó.

Archivo personal

01 de mayo

Suspendemos el concierto en el Cine Teatro Español de Neuquén por la erupción del volcán Calbuco en tierras chilenas. Se cancelan todos los vuelos por el peligro de ingreso de cenizas volcánicas a las turbinas de los aviones.

02 de mayo

Viajamos a Rosario. Margarita, Martín, Euge, Sonia, nuestra querida nani y la mejor cocinera con la excusa de ir a ver a Rosario Central al Gigante de Arroyito. Fuimos en una H1 al comando de Omar Viguaín, experto chofer y compañero de rutas. Lo primero es lo primero. Almorzamos en Gorostarzu, carlitos, picadas, pizzas y lomitos. Todo chanchada.

Gorostarzu chopería es una casa de comidas clásica de mi ciudad, inaugurada en 1928. Tiran la mejor cerveza de Rosario. Mi padre me llevaba a comer a este restaurante hacia finales de los 60. Es la casa inventora del carlitos. Un sándwich compuesto de jamón, queso y kétchup. El pan va mantecado por fuera. Así contado parece sencillo. Sin embargo todos los elementos son muy únicos. Hagan la prueba en casa y después vayan a Gorostarzu a notar la diferencia. También hay especiales con huevo frito y morrón. De pollo y combinados. Ahora estaba con mis hijos allí. Y pienso en lo felices que hubieran sido sus abuelos paternos y maternos en compartir ese almuerzo con nosotros. En otra vida quizás.

Llegar al Gigante siempre es una fiesta. Solo la entrada del equipo a la cancha es todo un espectáculo. La hinchada explota en bengalas de colores, papelitos y cánticos canallas. Se despliegan enormes banderas y casi todo el mundo lleva puesta una camiseta centralista. El mundo es azul y amarillo. Es una auténtica pasión y fiesta pagana como pocas.

Empatamos 1 a 1 con Huracán, el club de los amores de Toti, mi edecán. De allí fuimos a comer un asado a lo de Jorge Llonch y Ale Rodenas, la otra parte de la familia Páez. Hermanos putativos de la vida. Vino Coki y su mujer Debi Carpineti. Y Carlitos Vandera. Coki y Carlos son una extensión de mí.

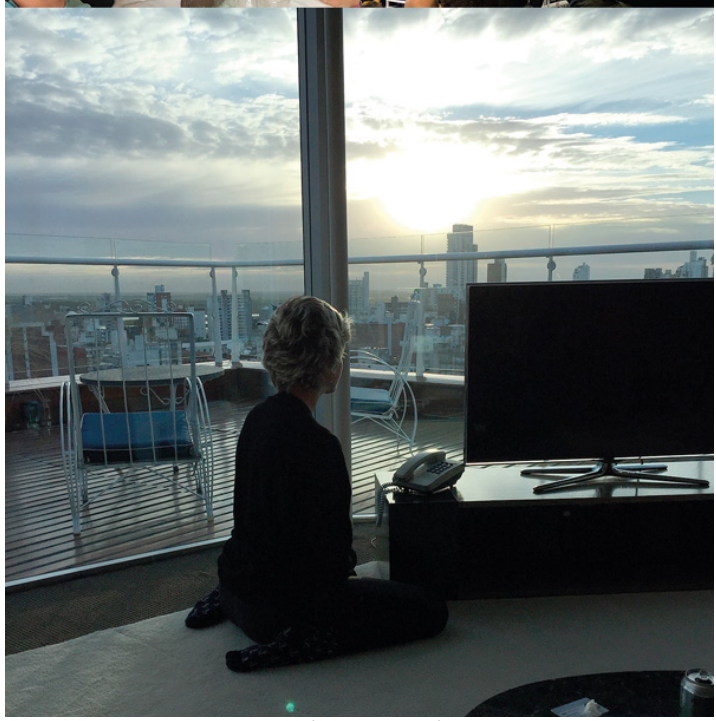
Nos conocemos desde mediados de los 80. Coki es de Cañada de Gómez, naturalizado rosarino, y Carlos Vandera rosarino hasta los tuétanos. Mis hermanos más entrañables. Somos los peores de la cuadra. Nunca nos dejamos pasar una. Cierta vez, sobre los comienzos del 2000 hicimos un pacto. Quien cayera en mal de amores iba a ser tratado sin compasión por los otros dos. Se complicaría sin los infortunados fueran dos y más aún si los tres caíamos a la vez en el pozo del descalabro amoroso. Eso nos ayudó a sobrevivir en los temporales pasionales de cada uno. Destruíamos sistemáticamente con humor los flujos melancólicos del otro y nos reíamos impúdicamente del dolor ajeno. Mi vida no sería nada sin ellos a mi lado.

Mis hijos daban vueltas por la casa junto a Isidro y Angie, sus primos putativos. Los mayores íbamos descorchando botellas de vino mientras recordábamos anécdotas de juventud en la cálida cocina de los Llonch. De la noche que salimos del teatro La Comedia de ver la presentación de *Bicicleta* de Serú Girán y la policía nos molió a palos en la esquina de Mitre y Rioja. De las *razzias* de los sábados a la noche, la vida en las peñas folklóricas, del vino blanco Cavic, de las conchetas del Sagrado Corazón que no pasaban pelota, de nuestras familias, en fin.

La vida también había sido buena conmigo.

Amanecimos con Euge viendo el sol desplegarse en el cielo rosarino sobre el río Paraná.

Archivo personal



Archivo personal

10 de mayo

Llegamos al estadio Floresta en Tucumán.
1982.
Tiempos difíciles con Juan Carlos Baglietto y su banda.
Malvinas y fin de la dictadura.
El escape de Rosario hacia adelante.
1984.

Modern clics me encuentra como tecladista de Charly García. La perfección kubrickiana nacida en Caballito daba vueltas por la Argentina desconcertando a un público que sencillamente no entendía nada. Uno de los puntos más altos de la genialidad americana del siglo veinte. Después, en ese mismo estadio presenté *El amor después del amor*, *Circo beat*, etc. Siempre de la mano de Gabriel Fulgado, empresario local y cálido anfitrión. No recuerdo cuántas veces más fueron en aquel club pero algunas escenas memorables siguen activas en mi memoria. En un momento de la prueba de sonido de *Modern clics* le pido a Charly que me deje bajar a escuchar. Hasta ese momento ocupaba mi lugar en el escenario como era debido pero Charly sabía que yo tenía inquietudes al respecto del sonido, el manejo de las consolas, el estéreo, la calidad y disposición de los parlantes, todo lo periférico y a la vez central en la puesta en escena de una *performance* musical. Contábamos con el sonido de Milrud (empresario de la vieja escuela, dueño del mejor equipo del que tenga recuerdo de haber trabajado, microfonista de Perón y pionero en la instalación de equipos de sonido de alta calidad en los cines argentinos) y Amílcar Gilabert estaba al comando de la consola de sonido.

Llego corriendo justo para escuchar una versión demoledora de "Yendo de la cama al living". Sin mis teclados, obviamente. Los tocaba Charly para que yo escuchara la partitura completa.

Nunca había escuchado una máquina musical tan poderosa en acción.

Esa fuerza que movía el aire de los parlantes poseía una rabia genuina y elegante a la vez. La claridad con la que sonaban las cuartas andróginas suspendidas que traía García a la música popular moderna saliendo de su Juno Roland. El terciopelo de la voz de Fabiana Cantilo y los saxos asesinos de Dani Melingo y el Gonzo.

Todo eso junto fue un shock tan grande que al día de hoy lo tengo como un instante memorable.

Archivo personal

Haber sido parte de esa ingeniería y a la vez haber tenido la oportunidad de poder acceder a escuchar qué era exactamente lo que tenía Charly en la cabeza. Una cosa era estar al costado izquierdo en la sala de ensayo y así igual en el escenario y, otra muy distinta, tener el privilegio de escuchar al centro, a todo volumen en un estadio de básquet. No en un estudio de grabación. Todo estaba en el lugar perfecto. La idea de la canción era la de un hombre que tomaba cocaína yendo de la cama al living, deambulando por ese territorio, excluyente de todos los demás, como Ulises por el Dublin de Joyce. Nadie va a quitarme esta idea de la cabeza: la extrema lucidez de García lo encierra en el claustro de Santa Fe y Coronel Díaz como única salida

posible ante la estupidez general. De alguna manera se construye su propio Rodez, solo que con opción de final feliz. Gran concierto de RRR con *set* de García incluido. El tiempo es la materia que nutre la emoción.

Archivo personal

20 de mayo

Después de haber andado por San Luis, Bolívar, Curicó, Jujuy, Salta, San Juan, Bahía Blanca, Mendoza y Tucumán la banda ya estaba rodada y las canciones nuevas brillaban por donde las oyeras. Entre el 14 y el 20 de mayo incorporamos nuevo-viejo material y armamos una de las listas más poderosas de las que tenga recuerdo para el próximo Luna Park.

Hacia el final de uno de los ensayos tuve un cruce de palabras muy fuerte con Diego Olivero, uno de mis músicos favoritos del mundo, gran colega y amigo.

Archivo personal

Yo argumentaba que requería más concentración de su parte y discutimos. Tengo la lengua larga. Debería cortármela en algunas oportunidades. A ver: es tanta la pasión derramada sobre lo que hago que a veces puedo hacer que la sangre llegue al río. Diego estaba en un momento de alta fragilidad y yo tenía que comandar aquel barco enorme, añejo y moderno a la vez al mejor puerto posible. Era una prueba de vida. Que un álbum cumpla treinta años y que suene vigente no es cualquier cosa. ¡Ojo!, tampoco para él. Yo sé de su inmenso compromiso artístico y de su profunda sensibilidad. De todas maneras, hasta allí fui y dije cosas terribles sobre él y nuestra relación. Sobre el vínculo con la música y sobre cómo yo entendía que había que sobrellevar una crisis personal en el medio de una situación tan delicada y de tan alta exigencia como esta. Fue fuertísimo y gracias a aquel encontronazo nuestro vínculo se afianzó y creció. Gracias Diego por tu entrega y tu malicia juguetona. Sí, la verdad puede no ofender a cierta gente inteligente.

Archivo personal

Invité a Azul Lombardía, hermana anarcoperonista plena de luz y alegría, que vino con su hija Teté y a Alina Gandini, hermana putativa, dueña de todas mis confidencias e intimidades. Una de las pocas personas que podría meterme en problemas si quisiera. No hago nada sin consultarla. María Eugenia, mi novia fiel, era la cinta transportadora de aquel dinosaurio en el que me había transformado y que intentaba parir un gran dolor. Invitó a algunas amigas y el resto de los músicos también habían llevado a alguien.

Roland

Archivo personal

Me parece importantísimo que el último ensayo previo a un gran debut sea con público. Creo que a todas las personas nos exige que nos estén observando. La representación carnal del superyó. Tan superyó que llegás a creerte que otra persona es tu superyó. También las hormonas sexuales se activan y todo se hace con más furia o más

delicadeza igual que en el sexo. Fue un gran concierto para poca gente. Estábamos listos.

Archivo personal

Archivo personal

Archivo personal

Archivo personal

22 de mayo

Hice el Luna Park acompañado por mi grupo y Emme, Mariela Vitale, extraordinaria cantante, como única invitada. Una suerte de Ava Gardner vernácula y muy compañera de andanzas en otras épocas.

Nunca me había pasado eso que me pasó. A veces la vida se te viene encima y se produce una extraña convulsión. En este caso pública y privada.

Mis hijos sacaban fotos, bailaban y cantaban con todas las canciones que le escucharon hacer a su padre en la casa antes o después de las pastas del domingo o la tarea del martes o después de la borrachera del jueves.

RRR fue una experiencia totalmente catártica. Algo no había funcionado bien con un amor y eso sumado a los delirios de arrastre del pasado (siempre ilegibles, siempre misteriosos) había producido un *cocktail* de magia negra. El álbum ayudó a exorcizar y el concierto ni te cuento. No sabía exactamente cómo explicármelo. Emoción y lucha por correrme de una angustia sin límites. Había algo del orden sobrenatural que se me escapaba de cualquier explicación racional pero se manifestaba de una manera muy clara y nítida en mi interior. Estaba ganando esa batalla. Una ida hacia adelante a toda velocidad y un fuerte anclaje con el pasado. Y algo más.

¿Algo más?

Romi Richi custodiaba muy de cerca a Margarita y a Martín acodados en la primera fila.

Terminé en casa con Euge que invitó a dos de sus mejores amigos que hacía mucho no veía. Bebieron whisky y cerveza. Muy divertidos los tres. Yo salí de mi autismo y cerca de las tres de la madrugada me levanté a fumar unos Marlboro mentolados con ellos. Tomé mis remedios para dormir mientras escuchábamos Stones, Cerati y García en YouTube.

Archivo personal

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

23 de mayo

Salimos a las veinte horas hacia Santiago para hacer el enlace para DF. Y de ahí a Puebla.

Nos subimos con Euge y todo el grupo al avión. Antes de cenar en el *business* tomo una revista y encuentro el horóscopo de Piscis. Decía algo así: “Los cambios ya fueron hechos. Ahora disfrute, que vienen tiempos de bonanza”. Sentí que estaba escrito para mí. Que era cierto. Esa mutación hacia “una nueva manera de estar en el mundo” había acontecido durante el concierto en el Luna Park. Algo del orden metafísico y de las decisiones más pequeñas también, ya estaba funcionando.

Si la noche del Luna Park hubiera festejado con amigos hasta tarde, hoy, dos días después, no estaría tan pleno y con tantas ganas de encarar el Auditorio Metropolitano para 5500 almas en Puebla. Una ciudad muy lejos de casa.

24 de mayo

Cumplió dieciséis años mi hijo Martín. Hubo una fiesta en la casa de su mamá en Buenos Aires con abuelos, amigos, tíos y tías. Pasó rodeado de amor. Aunque no estar con él me dio una pequeña angustia ligada a una pequeña culpa que se podía remontar con una pequeña

inteligencia. Felicidad a distancia. Nosotros tocamos en el Auditorio de Puebla. Estábamos en casa, también. No deja de asombrarme el cariño que te prodiga tanta gente alrededor del mundo.

Eso habla del maravilloso lenguaje de la música.

Cenamos un sushi con toques regionales. Probamos un atún ala azul exquisito. Volvimos a DF.

Dormimos.

Noti Mex - Archivo personal

25 de mayo

Al mediodía ya estábamos viendo qué acontecía en Baires con las celebraciones de la fecha patria más importante.

Arranqué con un Cinzano. Almorzamos en un restaurante en Polanco preparando la cena cumpleaños de Euge. Bebimos hasta las tres de la tarde. Después seguimos en el hotel preparando con Avalis y Belén un mail para mandarle a Franco Mascotti, técnico de mezcla en esta ocasión y gran artista rosarino, la información con nueve temas para mezclar un especial de TN. Decidí: "RRR", "Muchacha", "Loco", "Al lado del camino", "Naturaleza sangre", "Brillante sobre el mic", "Ciudad de pobres corazones", "A rodar mi vida" y "Mariposa" con el Luna explotado. A las siete de la tarde encaramos para El Péndulo. Librería, disquería y restaurante muy cerquita del hotel. Bebimos y comimos tupido unas botanas mexicanas regadas de cerveza fría y anécdotas de tantos años de ruta. El hit fue la historia del desencuentro con Sabina que tiene muchos condimentos picantes y graciosos. Euge, criatura griega, me pide detalles. Yo se los cuento.

Resulta que la noche previa al estreno de *Euforia* en San Pablo en el año 1996 termino solo en el hotel muy nervioso ante la inminencia de tamaño desafío. Si bien ya habíamos ensayado con el maestro Carlos Villavicencio y la gran orquesta durante la tarde, al otro día nos quedaban dos horas más de ensayo y las cosas habían resultado muy bien, los nervios estaban jugando una mala pasada. Era el primero de una serie de conciertos por toda América y era la primera vez que lo hacía solo. Las ocasiones anteriores habían sido solo en capitales argentinas y en la mejor compañía. Mi amigo Gerardo Gandini al comando de los arreglos, La Camerata Bariloche y Miguel Ángel Estrella como pianista estrella en el contexto de una gira benéfica para su fundación Música Esperanza. Que de benéfica terminó teniendo poco ya que las ganancias se las repartieron mi mánager de aquel momento, a quien llamaremos Segundo Boya, y sus productores asociados. Nada nuevo bajo el sol hoy en día pero tragos amargos en aquellos momentos cuando había que rendir cuentas y ver que el objetivo buscado después de tanto esfuerzo había quedado en manos de ladronzuelos del negocio musical. No puedo dejar pasar por alto este episodio. Presten atención.

Archivo personal

El año 1993 lo cierro en Buenos Aires con un concierto de *El amor después del amor* (el tercero de ese año en el estadio de Vélez Sarsfield) cuya absoluta recaudación fue a manos de UNICEF, fundación de prestigio que pelea por mejorar la vida de los niños en todo el mundo. La cifra rondó los 400 mil dólares. Cuando le pedí al señor Boya que él también donara su parte, porque se había favorecido mucho por el éxito de la gira de aquel álbum, me respondió que él no salía en la tapa de *Clarín* y que entonces no tenía por qué donar el dinero que le hubiera correspondido en una situación de negocio regular. Solo había tenido la suerte de estar al comando de aquel suceso económico y social en aquel momento! Buena suerte se llama eso, ¡nada mas! ¡Qué tupé! Solo me resta decir que es bueno estar acompañado de gentes que

piensen y sientan como uno a la hora de abordarse en empresas de cualquier orden. El sabor agrio es difícil de quitar con los años. Igual, hoy es un pequeño episodio en este libro y qué bueno es confirmar lo ya intrínsicamente sabido veinte años más tarde: que el que no reparte la torta cuando la tiene un ratito termina siendo despreciado por sus colegas y gente con la que se ha vinculado. ¡Pobre Segundo Boya!

Volvamos a San Pablo y a Sabina, a aquella noche de locura, nervios e incertidumbre total. Fumo un montón de cigarrillos y bebo una buena cantidad de cervezas. Como todo lo bueno, se termina. Entonces llamo al *room service* para pedir otra docena de Brahmas. Me dirijo a mi bolso de mano para buscar el último paquete de Marlboro y antes de encontrar la cajetilla encuentro un CD. Lo tomo con delicadeza. Lo llevo hasta la mesa de luz para ver mejor de qué se trata. Lo pongo bajo la luz. Era *Yo, mi, me, contigo* de Joaquín Sabina. Estaba Charly de invitado en una canción, así que me dio ganas de escuchar. En mi vida había cruzado solo una vez al jaenense en el camarín de algunos de los tantos programas de ese ingenioso conductor televisivo que fue Jorge Guinzburg. Baglietto había grabado alguna canción de él y no mucho más. Algunos recuerdos en entrevistas de diarios y revistas en las cuales me había caído bien su descarada desfachatez. Escuché la canción con Charly y me encantó. Vamos de arriba pensé en aquel momento mientras desde el *room service* subían las cervezas. Destapo la primera y cerca del minuto cinco arranca Contigo y con ella, aquella frase inolvidable. Única. Sagrada. “Y morirme contigo si te matas y matarme contigo si te mueres porque el amor cuando no muere mata, porque amores que matan, nunca mueren”. Se repite dos veces más en lo que queda de canción. Fue alta la conmoción. El poema cuando es algo te deja en babia, dura poco, pero el efecto es real y contundente. Paré unos instantes. No podía avanzar como si aquello no hubiera sucedido. Me fijo en los créditos del álbum y dice: letra y música Joaquín Sabina. Cada canción tenía sus propios créditos. Era inapelable. Joaquín había escrito esas palabras en rima y con aquel significante pasional inigualable. Nunca había leído palabras tan certeras sobre el amor y la pasión amorosa. Menos en una canción popular. Y había escuchado y llorado y disfrutado de muchas. Destapo la segunda Brahma de esta tanda pero la número catorce de la noche. Llamo a Ale Avalis a su habitación y le pido el teléfono de Sabina en Madrid. Había tenido una idea y nadie iba a pararme hasta verla realizada. Así terminó siendo. Ale me llama a los pocos minutos y me lo pasa. No había celulares en el año 96. Todo era teléfono a teléfono. Eran las tres de la mañana en San Pablo. Las ocho de la mañana en Madrid. Si era quien yo creía que era, el señor Sabina estaría despierto. Me atiende rozagante como un niño

de quince años. Nunca antes habíamos hablado.

F.: Hola, ¿Joaquín?
J.: Sí, ¿quién habla allí?
F.: Soy Fito Páez y te llamo para decirte que eres uno de los cabrones más grandes que jamás he conocido y que ese puto verso de "y morirme contigo si te matas y matarme contigo si te mueres porque el amor cuando no muere mata, porque amores que matan nunca mueren"… ¡es lo mejor que se ha escrito sobre el maldito amor en la historia del puto mundo! Y que tenemos que componer un álbum donde yo escribiré todas las músicas y tú todas las letras, y será una de las joyas más hermosas que se hayan escrito por siempre en la historia de la música.

Las cervezas iban haciendo su efecto.

J.: ¿Es cierto que eres tú?
F.: ¿Qué otra persona te llamaría desde San Pablo justo después de escuchar tu álbum y te ofrecería tamaño despropósito?
J.: Espera que me sirvo otra copita...
F.: Me recuerdas a la saga de hombre duros norteamericanos, a Ford, a Hemingway, a Huston… Hombres duros riendo rumbo al infierno...
J.: ¡Dímelo de vuelta!

Los dos estallamos en carcajadas y no recuerdo cómo terminó aquel diálogo absurdo.

Archivo personal

Lo próximo que recuerdo es un encuentro en el marco del estreno de *Martín (Hache)* en el festival de cine de San Sebastián. Cecilia Roth, mi pareja de aquel momento, era la protagonista y mis amigos Adolfo Aristarain y Kathy Saavedra eran director y coguionista el primero, y guionista y vestuarista la segunda. Yo había producido parte del film y me había ocupado de la banda sonora. Así que allí estábamos a orillas del Cantábrico esperando que *Martín Hache* se alce con todos los premios y emborrachándonos casi todas las noches. Joaquín es el mejor compañero de aventuras cuando la tropa desborda. Y allí andaba él contándole a sus amigos que yo tenía un plan magnífico y que comenzábamos a ponerlo en escena. Iríamos a La Romana, magnífica

playa de República Dominicana, a una casa propiedad del mánager de Juan Luis Guerra, bajo el sol agobiante del sol caribeño a componer las primeras gemas. Y terminaríamos el proceso en el frío patagónico en una casa en Villa La Angostura. Tendríamos frío y calor. Se haría todo a dos temperaturas. Para esto es para lo que sirve el dinero. Todo fue hecho en el marco del más absoluto rigor. Aquel Titanic avanzaría. Yo grabo todas las músicas consensuadas en veinte jornadas muy intensas en la apertura de ese espacio maravilloso que fue el Circo Beat en el barrio de Devoto. Nigel Walker comandó la operación. El flaco Villavicencio en cuerdas y metales. Una banda de músicos insuperables. Mariano López asistía y el Yeneral Avalis con el timón del Circo en sus manos.

Después fueron muchos meses de espera.

Está bien, en algunas ocasiones, eso de que los caballeros no tenemos memoria.

Las letras no lograban terminarse. Las discográficas y todo el equipo estábamos desconcertados.

Me considero amigo de Joaquín, por eso es que no vamos a ingresar en pesadas interpretaciones psicológicas o pasionales sobre los porqués de tamaña demora. Nos peleamos un montón de veces. A los gritos. Formalmente como caballeros. Nos reconciliábamos. Nos volvíamos a pelear. Parecíamos Liz Taylor y Burton. Por supuesto yo era Sir Burton. Él me tiró un plato lleno de sustancias por la cabeza. Con mis manos en su cuello lo levanté del piso contra una pared del Circo Beat para quitarle la vida. La idea del título fue suya. No había en el mundo un título mejor para aquella experiencia, “Enemigos íntimos”. Visto a la distancia fue un gran *delirium tremens* o, como le gustaba llamarlo a él, tremendo delirio.

Finalmente él logra cantar. Yo también. A pesar de los cambios permanentes a los que eran sometidos los textos originales, sugeridos por los remiseros de turno que lo llevaban por las noche de aquí para allá, y de un griego, dueño de un prostíbulo en la calle Cerrito, gran consejero trasnochado de mi colega español. Él quería ser legitimado como porteño y ese título se lo iban a dar las voces de lo que él llamaba “la calle”.

Hicimos gira de prensa por tres países: España, México y Argentina. Esto merecería una enciclopedia de muchísimo tomos.

Había que filmar el video. Él había regresado a España mufado por todo. Hay que comprender también. Yo había estado en mi imperio. Él había sido un invitado de lujo pero cuando uno pasa mucho tiempo sin la gente querida a su alrededor existen sobrados motivos para enloquecer. El video era “Llueve sobre mojado” y lo filmó Mariano

Mucci y aquellas noches fueron inolvidables en los camarines con las chicas desnudas cambiándose de vestuario a nuestro lado. Tanta sensualidad y luminaria. El increíble cuerpo de baile. Mi amiga María Carámbula hacía saltar los equipos electrógenos de todo el barrio. Con sus piernas tan largas, tan sexys y sus pechos turgentes que enloquecieron a todo el personal femenino y masculino. Y Joaquín sin quitarse el bombín dentro del camarín que me dice que sí. Que la gira de sesenta conciertos hay que hacerla y que no íbamos a perdernos vivir aquella locura por nada del mundo. Él vuelve a Madrid, entonces yo llamo y le digo que hay que filmar el segundo video. Él sugiere que lo realice un trotamundos. Yo digo que no. Muy firme. Le sugiero que podría ser Adolfo Aristarain o Leonardo Favio o Mucci nuevamente. Que podríamos repetir la maravilla de "Llueve sobre mojado". Él se emperra y manda el currículum de su elegido. Había sido asistente del ministro Carlos Corach durante el gobierno de Carlos Never. Había sido asistente en la cadena 23 o 25 o 48, no importa, en Miami. Evidentemente no podía comprender lo fuera del juego que estaba todo aquello. Y yo me enojo. Había pactada una larga gira por Latinoamérica y España. No había lugar para tonterías.

Entonces él me envía un largo fax de ocho páginas todo rimado que me hace descostillar de la risa. Era un desplante de diva totalmente desopilante en el cual me contaba que estaba harto de mis cambios de humores y de mis aires autoritarios y de no sé de cuántas cosas más. Intento llamarlo para bajar decibeles y no atiende el teléfono.

Y en esos días comete su gran error. Le entrega una copia del fax, escrito para mi, al trotamundos aspirante a director. Era su manera de probarle a este sujeto que él estaba de su lado y que ningún Fito Páez iba a seguir decidiendo por él. ¡Y cómo le había parado el carro a ese soberbio rosarino! ¡Qué quién se creía que era esa mezcla de Quijote de décima e hincha de Rosario Central sin ningún linaje que le permitiera andar por el mundo mirando por encima de sus hombros al resto de los mortales! Y en una próxima noche de copas entre ellos le cuenta mi fervorosa negativa a que sea él, el trotamundos, quien realice el video en cuestión.

Trotamundos no le había resultado tan buen parcero a mi amigo Joaquín y denuncia esta situación ante las cámaras de televisión. Así tuvo su milésima de segundo de fama y yo quedé nuevamente como el malo de la película. No se olviden que ya me había hecho de la rubia más linda algunos años atrás. Me había caído y levantado una y mil veces delante de las narices de todo el mundo, y estaba logrando ser feliz haciendo de mi vida lo que se me ocurriera mientras un montón de gente se ofendía por tamaño atrevimiento. Por supuesto me reía de

todo esto enfrente de las narices de cualquiera y eso despertaba más ira aún entre mis detractores, que nunca fueron pocos. Ya era un deporte nacional liquidar a Fito Páez. La verdad es que esto nunca me quitó el sueño. El mundo funcionaba así desde siempre. Solo quedaba reír.

Fin del asunto. Tampoco allí Segundo Boya logra remontar la situación como empresario. O sea, tomarse un avión hacia Madrid y como último recurso intentar convencer a Joaquín de retomar el proyecto. Y hacerle dar cuenta del disparate en el que nos había metido a todos por emperrarse en que un compañero de juergas intentara hacer algo que no sabía.

Boya, trotamundos y tantos otros nunca se enterarán de lo que encarnan: que el pavote siempre es peor que el maligno porque, en todos los casos y sin excepción, no posee la inteligencia. Solo la reconoce como un operativo clepto-parasitario. Robar de lo que producen otros.

De todas maneras ninguno de ellos poseerá jamás el encanto del personaje hindú de Peter Sellers en *La fiesta inolvidable*. Adorable pavote.

Fin del proyecto.

Tiempo más tarde acompaño a Cecilia Roth como consorte a la filmación de *Todo sobre mi madre*, exitoso film de don Pedro Almodóvar. Caminando por el barrio de Princesa llego hasta la calle Relatores. “Aquí cerca vive Joaquín”. Fui hasta aquel edificio. Toqué a su puerta. Me atiende María Ignacia, su secretaria de aquel momento, y me dice que suba. Entro al living de aquella casa que tiempo atrás me había cautivado con sus aromas de tabaco negro y bebidas espirituosas, sus paredes rojas y sus vírgenes y ángeles mexicanos, sus enciclopedias de tauromaquia y sus lámparas bajas, en aquel entonces espacio mágico para mí. Todo ese encanto está ausente. También por las luces del fulminante sol madrileño del mediodía. Allí sale Joaquín del pasillo en bata con dos cigarrillos. Uno en cada mano. Estallo de risa y él también.

Archivo personal

Ya estaba. Era eso.

Ya estaba todo en su lugar. Había sido un encuentro de dos náufragos a la deriva en el océano humano. Los dos lo sabíamos. Hubo algunos largos silencios también. Nos dimos un abrazo y en menos de cuarenta minutos ya estaba vagando por la calle otra vez.

Pero el cuento no termina allí.

En ese mismo edificio, cuatro años más tarde, un amigo en común es el propietario del segundo piso y nos invita a Cecilia y a mí a una descarga. Fuimos con todas las ganas de una noche hermosa. Que lo fue. Y entonces María Dolores Pradera, aquella maravillosa cantante folklórica, comienza a derramarnos una serie de coplas enganchadas con maestría en aquella noche regada de copas y alegría. Siguió y siguió con sus dos guitarristas flamencos de excelencia y el silencio lo inundó todo, y entre tanta emoción se yergue sobre sí misma y con la voz en el límite, todos los que estuvimos allí oímos con total claridad aquellos versos de su boca: “y morirme contigo si te matas y matarme contigo si te mueres porque el amor cuando no muere mata porque amores que matan nunca mueren”.

Aquella esplendorosa mujer terminó su *performance* entre vivas, besos y aplausos de los comensales. Como puedo me acerco a ella. Nos confundimos en un abrazo y le digo al oído: “¡Pero cómo has colado esos versos de Joaquín entre tanta noble copla! ¡Maria Dolores, qué genia que eres!”. Ella me retira suavemente con sus dos brazos hacia adelante, me mira a los ojos y me dice: “¿Qué versos de Joaquín?”.

Seguro, le retruco: “Y morirme contigo… etc.”. Y sin quitarme los ojos de encima y con una sonrisa dulce me dice con la seguridad de un oráculo: “¡Pero eso es el romancero anónimo español, mi querido!”. ¡Ay, Joaquín, qué canalla! ¡No haberlo puesto en los créditos del álbum! ¡No se puede ser más Joaquín!

Todos rieron con el cuento de la picardía del jaenense universal y a las veintidós horas de la Argentina, veinticuatro de México, mi novia María Eugenia sopló velitas y le dimos sus regalos. Estaba muy contenta y plena con sus veinticinco añitos. Ella es una mezcla perfecta de carmelita descalza y *femme fatale*. Irresistible. Ya en el hotel bailamos con Van Van y todos los comensales nos entequilamos. Los más vampiros terminamos viendo a Bukowski y escuchando Johnny Cash. Euge desmayó a las cuatro. Yo, por supuesto, seguí.

En el transcurso de los ensayos del concierto que después se transformaría en el álbum *No sé si es Baires o Madrid*, allí por octubre del 2008, tuvimos varios encuentros. En un almuerzo con amigos en común Joaquín confesó que no estaba pasando un buen momento por aquellos años de la grabación de *Enemigos íntimos*. Me volvió el alma al cuerpo. Teníamos que encontrarnos en algún momento con aquella situación, sino todo habría sido en vano. Y el corazón de aquel hombre se abrió sobre la mesa como una flor. Con sobriedad y elegancia.

¡Salud, amigo Joaquín!
¡Y sí que valió la pena!

26 de mayo

Amanecí con mucha tos.

Euge logró calmarla en la bañera con caricias y amor. Mujerota tan chiquita.

¡Qué suerte había tenido en conocerla!

A las diecinueve salimos con Avalis, Belén y Matías Shneer hacia una grabación producida por Javier Limón de la cantante Magos Herrera en los extraordinarios estudios de Sony Music en Ciudad de México. Llegué, nos saludamos los tres y sin ensayar nos pusimos a cantar “Yo vengo a ofrecer mi corazón” y “Al lado del camino”. Por probar, hicimos unas segundas tomas pero todos creemos que van a quedar las primeras por su desfachatez y emoción. Mañana hacia Hermosillo.

27 de mayo

Nos recibió un Hermosillo caliente a treinta y tres grados. Respondí una entrevista por mail para una cadena de Miami. Para ser un reportaje por mail estaba muy bien. Uno edita, y generalmente se aplica la síntesis como una forma natural para no hablar de más. Casi un resguardo del inconsciente. Aunque reconozco que no soy de ocultar o especular con las respuestas. Incluso con las acciones. Soy un hombre franco y eso conlleva ciertos encantos y beneficios pero también un montón de problemas y abogados, en casos extremos.

Por la noche cenamos en un restaurante criollo llamado Palominos. Carne de excelencia y chiles bien subidos de tono.

Era la primera vez allí, entonces había mucha expectativa por lo que iba a venir.

Archivo personal

28 de mayo

Se durmió de lo lindo y cerca del mediodía bajamos todos a la piscina y almorzamos unas hamburguesas. Mariano Otero me prestó un libro de León Tolstói. Una recopilación de tres cuentos llamada *Amo y servidor*, o *Amo y criado*, según la traducción y la editorial.

Siempre me sorprende Mariano con estas irrupciones literarias.

Fueron tres, pero inolvidables.

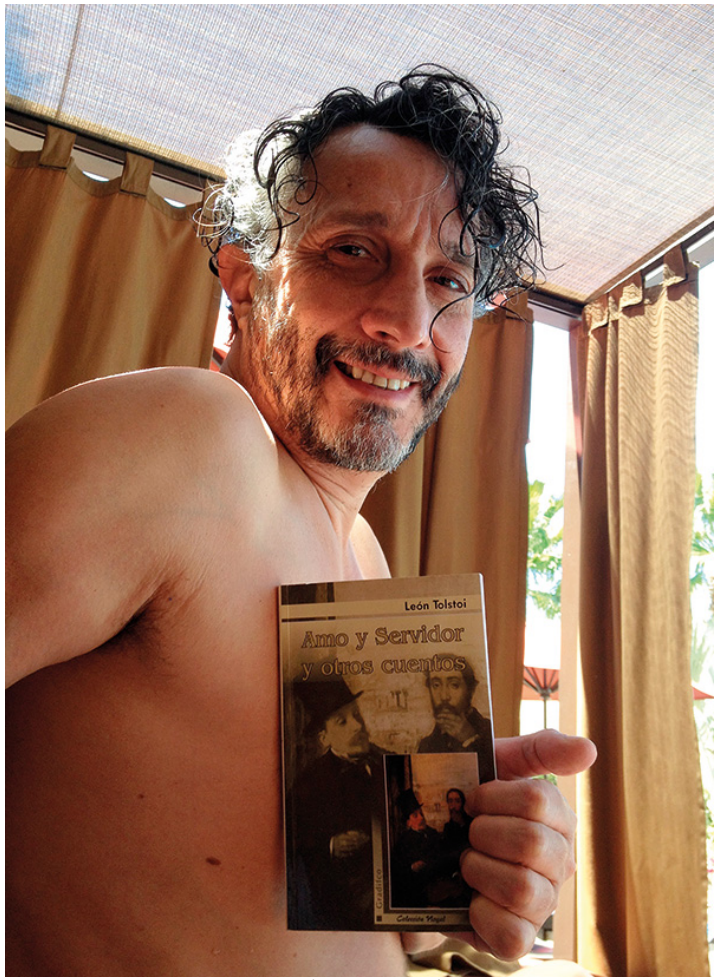
Apenas nos conocimos, sobre los ensayos de "El amor después de la amor XX años", me regaló la *Poética musical* de Igor Stravinsky. Las precisas exposiciones magistrales en Harvard de esa mente brillante. El segundo libro fue *El paseo* de Robert Walser. En Jujuy, en el medio de la gira argentina, parece que la gran influencia de Kafka.

Y este libro de Tolstói.

En el medio de la lectura interminable de *La Segunda Guerra Mundial*, escrita con maestría por Winston Churchill, estos últimos dos libros fueron un remanso de sabiduría y placer concentrados. Lo único que alguien precisa cuando está intentando desmenuzar y comprender al detalle los delirios de una guerra. Gracias, hermano Mariano.

Por la noche la temperatura subió a treinta y ocho grados, y el concierto fue hermoso. Todo el pueblo en la plaza. Terminamos revoleando remeras, sacos y corpiños en "A rodar mi vida" y cantándole a la luna "Mariposa Tecknicolor" bajo el cielo infernal de Sonora.

Archivo personal



Archivo personal

29 de mayo

Viajamos al mediodía hacia San Francisco haciendo una parada de dos horas en Los Ángeles. Hamburguesas gringas con papas fritas y al vuelo.

Al llegar a Frisco lo primero impactante es ver el Golden Gate que viste en tantas películas. Lo segundo, *Alcatraz*, la célebre cárcel y genial película protagonizada por Clint Eastwood, convertida hoy en un museo del horror. Y recordar que Hitchcock filmó *Los pájaros*, ahí nomás, en Bodega Bay. Y tantas historias de Frank Zappa y sus secuaces. Y el barrio Castro y toda la libertad obtenida por la ya no tan minoría gay y poder fumar marihuana en la calle si estás inscripto en el sistema de salubridad sin que te detengan. En fin, desde la serie televisiva *Las calles de San Francisco* (Karl Malden y el joven Michael Douglas) hasta los films que muchos hemos visto en estos paisajes, la ciudad es una caja de pandora de recuerdos cinematográficos a través de la cual parte de los argentinos conocimos parte de la cultura norteamericana. Un vínculo de partes. Desparejo, por supuesto.

El gringo no tenía curiosidad a grandes rasgos. No la necesitaba. In God We Trust y Time Is Money eran ideas que estaban en la médula del ADN del país del norte. Había funcionado. ¿Por qué cambiarlo? No había tiempo para saber del resto del mundo salvo para conquistarlo. Aun bajo la apariencia del salvataje, en el fondo se iba tras los negocios y así llegaría la conquista real. La económica. Parte de aquella situación devenía de su poderío económico y bélico, de la poderosa influencia propagandística del cine norteamericano sumada a la situación geopolítica en la que había quedado situada la Argentina de posguerra mientras el peronismo comenzaba a mostrarle sus garras a la nueva lógica mundial.

Inevidivmente esto me trae a colación las charlas con el entrañable Phil Ramone en tertulias infinitas en Buenos Aires y en New York durante la realización de *Abre y Rey sol* entre el 99 y el 2001 mientras la Argentina, otra vez, se caía a pedazos.

Llegamos al hotel y nos encontramos con Franco Mascotti, nuestro sonidista del *tour* gringo. Cenamos en un restaurante peruano en el pier 39. Salimos a fumar un cigarrillo con Matías, Ale y Euge. Nunca debimos haberlo hecho.

Archivo personal

Anexo

PHIL RAMONE
El amigo americano

Un productor artístico musical es una persona que ve algo que los demás no. Una suerte de chamán que como los poetas y los ciegos ven en la oscuridad según la preciosa metáfora de Chico Buarque. No es una tarea sencilla de estipular ni de asumir. Como

la mayoría de las cosas extraordinarias simplemente sucede. De todas maneras tampoco es una actividad ligada a cuestiones espirituosas de manera excluyente. En esta dirección se han enriquecido muchos chantapufis que no conocen o no saben nada de aspectos más específicos que la producción musical conlleva. Quiero recordar en estas líneas a uno de los más grandes productores musicales de todos los tiempos. Mi amigo Phil Ramone.

Hombre sencillo de pocas palabras y gran sabiduría. Dueño de un exquisito sentido del humor que podía hacerlo disfrutar de la canallada argentina y la ironía inglesa. Músico de gran rigor, violinista desde muy temprana edad, no detuvo allí sus ansias de conocimiento. Musicólogo, ingeniero de grabación y *alma mater* de cualquier proyecto que comandara, era un hombre de una calidez y buen ánimo poco usual. Siempre regaba las sesiones de grabación o encuentros familiares de anécdotas graciosas y buen vino. No necesitaba un ejército para funcionar. Con un buen ingeniero de grabación, una asistenta, una decena de músicos y un puñado de buena canciones podía llamar la atención de los muertos.

Nunca olvidaré aquel momento en la grabación del arreglo de "Havana", realizado por Rob Mounsey al frente de un noneto de metales y maderas, en los estudios Right Track en el corazón de Manhattan, cuando detuvo una toma, casi perfecta, y le señaló al ejecutante del saxo barítono que aquella nota, que arrancaba el compás 103, no era La sino Si bemol ante el asombro general. La partitura cubría los diez metros de largo que medía la mesa Capricorn, de última generación allí por el 99 y era literalmente imposible percibir ese detalle en aquella maravilla de sonido. Me hubiera dado lo mismo qué nota hubiera estado allí. A Phil, no.

Era tan embriagadora la música que salía de los parlantes que nadie prestaba atención a ese detalle. Sin embargo, nuestro genio protector estaba allí para indicarnos que cada detalle es importante y que siempre puede llegarse más lejos en la búsqueda de la perfección. También sabía callar y esperar. Y eso sí que no se aprende en ningún lado y también disipar tensiones propias de cualquier experiencia de alta exigencia y mirar a los ojos, emocionarse y tomar decisiones extremas como decidir mezclar un álbum con las tomas de casi la totalidad de las canciones grabadas en una tarde en el Circo beat, como si fuera en un concierto, una detrás de la otra. Tal el caso de *Abre*.

Llegaba primero y se iba último. Y preparaba con delicada

minuciosidad y propiciaba la aparición de “the fire”, aquello que él consideraba lo más importante y que no en todos los casos estaba ligado al virtuosismo de la interpretación. Lo importante era lo importante. Lo otro podía esperar. En otra sesión de grabación se desenchufó el micrófono de una trompeta en una cuerda de metales y el ingeniero de grabación frenó la toma. Phil le dijo que jamás volviera a hacer una cosa así. Sencillamente porque la trompeta poseía un volumen tan poderoso que se colaría por los micrófonos aledaños y ese no podía ser un motivo para interrumpir una grabación. Todo en él era inteligente y tenía un sentido. El tiempo perdido era el que no se gastaba en “el fuego” y sí en los errores de desconcentración. ¡Ah!, también un día llegaba a tu casa, revisaba la discoteca, sacaba un álbum casi al descuido y te decía: “Este disco lo grabé yo” y era el disco de João Gilberto y Stan Getz, que estaba grabado en el año 1963. Discutíamos también en una disputa fácil donde yo salía inevidivmente ganando. Le decía: “Ustedes se perdieron a Goyeneche y nosotros conocemos a Sinatra”. En esa idea se escondían infinitas tensiones que recorren la historia de nuestros países, la Argentina y EE.UU. Pero eso no le impedía sentir muchísima curiosidad por el peronismo, tema recurrente a la hora de intentar explicarle y traducirle la letra de “La casa desaparecida” y “Acerca del niño proletario”, basado en el cuento de Osvaldo Lamborghini, la historia del tango, Charly García y la música folklórica argentina. De la misma manera él nos conducía por míticos lugares en Nueva York y así conocimos algunos antros donde pasaban las horas el mítico Rat Pack y grabaciones de artistas desconocidos de casi todos los géneros producidos en el siglo veinte en el país del norte.

Me quedarían mil anécdotas divertidas que contar pero sí que me llevo algo de Phil y es que nada sucede en ningún lugar a menos que te dediques a que suceda y que eso que suceda debe traer calor al espíritu. Después la muerte y el tiempo se encargarán de todo lo demás. Adiós, mi querido amigo.

Archivo personal

29 de mayo

Salimos hacia el mediodía con Euge, Belén y Facundo, nuestro chofer argentino, hacia el barrio Castro. Comimos unas pizzas, sacamos unas fotos y caminamos un rato. El tránsito se complicó y terminamos yendo directo a la prueba de sonido a la emblemática sala donde comenzaron los Grateful Dead. Ale y yo nos fotografiamos sobre un dibujo de Jerry García en una de las paredes del *venue*, felices como niños en una casa de toda la vida aún no visitada. El piano Yamaha era excelente. Repasé

algunas canciones. Tuve que bajar a Fa “El breve espacio en que no estás” de Pablo Milanés porque salvo Juan Carlos Baglietto y Pablo nadie canta en el mismo tono después de tantos años.

Nos sorprendió la sala repleta en una ciudad donde nunca había tocado. Fue una gran debut 2015 en los EE.UU., en aquel lugar lleno de historias que también de alguna forma nos pertenecían. A Ale y a mí, al menos, acompañados por voces de toda América. Peruanos, colombianos, argentinos, dominicanos, mexicanos y algunos gringos que no salían de su asombro.

Archivo personal

Archivo personal

Archivo personal

31 de mayo

A las cinco de la mañana me despierto con un nuevo acceso de tos, bastante más grave que el de DF. Eugenia, a mi lado, me asistió en todo momento. Era un ángel protector, claramente. Mientras yo hacía los llamados correspondientes a Belén, Ale y Matías para contarles la posible gravedad de mi estado físico, ella preparaba nebulizaciones y la tina caliente para intentar calmar aquella catarata de espasmos. A las siete y media de la mañana, llegaron tres paramédicos. Parecían los

Cazafantasmas envueltos en trajes de guerra y plásticos anti radiactivos. No era para tanto. Me revisan y me informan que tengo que bajar a una ambulancia para una segunda revisación. Parecía un operativo de guerra. Me visto y todos bajamos en caravana. En la esquina había tres autobombas y una ambulancia de bomberos. Parecía un film de Spielberg. Solo era un hombre que tosía. Divertido. Nunca cundió el pánico porque yo sabía que la solución era una buena inyección de cortisona que me darían apenas llegara a Los Ángeles unas seis horas más tarde.

Los aires acondicionados y los cambios abruptos de temperatura son brutales para los broncoespasmos. Así que allí andaba junto a Eugenia, que me cuidaba como a un bebé en el aeropuerto de San Francisco. Toda mi *crew* pendiente y activa haciendo todo lo que había que hacer para que yo cantara esa noche en Los Ángeles ante un House of Blues *sold out* desde hacía varios días. Nadie paniqueó. Al llegar a Los Ángeles nos recibió una chica muy amable que formaba parte de la producción local con un Ventolín en la mano. Apenas me pegué los tres chutes reglamentarios en la boca me volvió el humor porque ya podía respirar. Llegamos al hotel y nos dirigimos a la *suite* que estaba decorada con pósteres gigantes del Rat Pack (Sinatra, Dean y Sammy Davis Jr.), una réplica de la famosa sopa Campbell de Andy Warhol y una gigantografía de James Dean subido a una moto en blanco y negro. De eso era sobre lo que intentaba hablar con mis amigos gringos. Conocía al detalle aquellos fenómenos culturales mientras que para muchos de ellos Río de Janeiro, hoy en los albores del siglo veintiuno, seguía siendo la capital de Buenos Aires.

Ok.

Repuesto gracias al milagroso aparatito que me abrió los bronquios nos dispusimos a almorzar con Eugenia unos buenos bistecs de carne acompañados de unas exquisitas papas fritas. Entonces llegó el doctor Michael Openhaimer que me hizo la revisación de rigor y me puso la bendita pichicata salvadora. Un doctor de familia, decimonónico. De unos ochenta años, impecablemente vestido con un traje inglés a pequeños cuadritos de diferentes beiges. Parecía Bioy Casares un poco más enjuto. Delicado y profesional. “Don’t talk” me dijo una vez que me puso el termómetro en la boca a la manera norteamericana. No había fiebre. El corazón funcionaba bien, la presión estaba en su lugar, los pulmones todavía eran dos buenos fuelles y la garganta no estaba roja. Así que solo había que dilatar los bronquios con corticoides. Una vez al año me sucede cuando llego muy agotado bajo los efectos de un gran *stress* a alguna situación X.

Siesta corta. Hablé con mis hijos y me fui al concierto sin haber

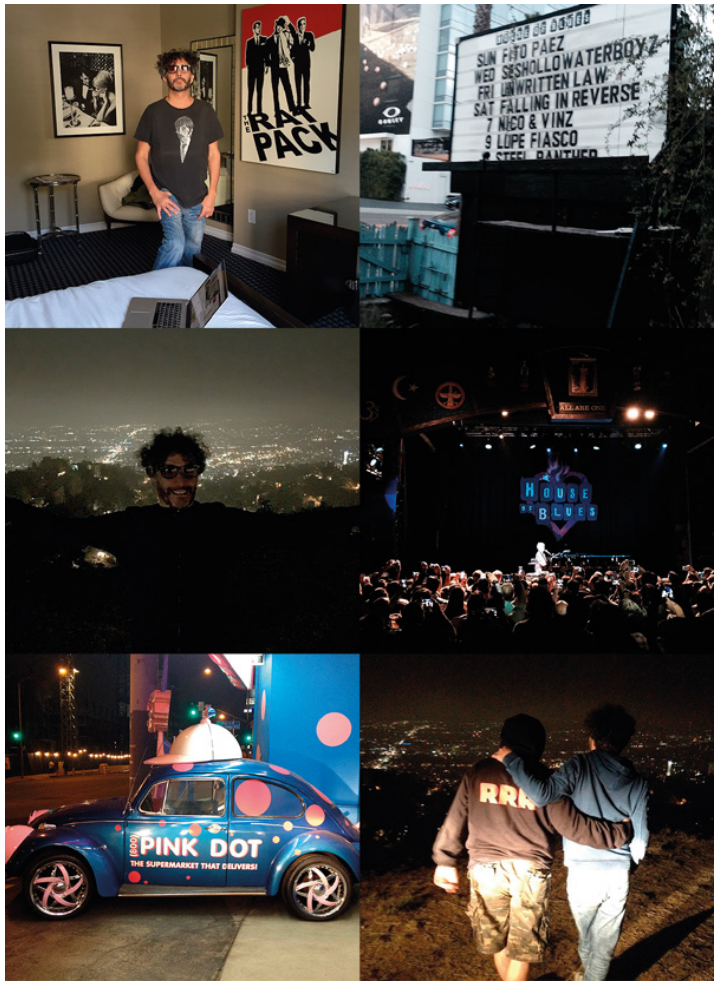
probado sonido. Animado con esta droga poderosa me senté al piano y armé un comienzo cronológico desde el primer disco de Juan Carlos Baglietto hasta *Tercer mundo*. Todos cantaban y bebían y el mundo era aquel pequeño milagro.

Después del concierto fuimos a cenar a un sushi. Eugenia pidió una cerveza. No se la quisieron vender porque aparentaba minoría de edad. Ella no tenía su documento de identidad. Nos fuimos, no sin propinar algunos gritos enojados contra aquella absurda discriminación. A nadie en la mesa le habían pedido nada y ella acababa de cumplir veinticinco. Las apariencias engañan, es verdad.

Después Papa, nuestro hombre en L.A., nos llevó hacia la cima de una colina para obtener una fabulosa vista de Los Ángeles. Un lugar muy parecido a la barranca por donde baja la morena venezolana, shockeada por el accidente automovilístico, antes de que intentaran asesinarla sobre el comienzo de *Muholland Drive*. Hicimos unas fotos y paramos en el Pink para comprar golosinas.

Archivo personal

Archivo personal



Archivo personal

01 de junio

Eugenia vuelve a Buenos Aires y todos nos entristecemos porque sabemos que la vamos a extrañar. Yo más, por supuesto. Antes de irnos al aeropuerto pasamos con el Yeneral Avalis por Guitar Center y, ¡oh, sorpresa!, Parece que quedan dos últimas Gibson Montana Golden en la fábrica central en Kansas. Las últimas dos en el mundo. Una auténtica estirpe en extinción. Al menos una quedaría en Rosario. Dejo una reserva y le rezo al dios en quien creo en este tipo de casos. Podría

llegar a Boston o Washington, de existir la posibilidad, en unos diez días. Solo cabía esperar lo peor. La devolución de la seña.

Ahora estamos con toda la *crew* volando hacia Orlando. Estoy escribiendo este diario desde el vuelo. Increíble.

Así increíble va a ser encontrarme con mi hija Margarita y su mamá esta noche en las vísperas del cumpleaños número once de nuestra niña, que festejaremos en el Disney de Orlando entre princesas y parques de agua. *Qué bello es vivir* era el título del film de Frank Capra que al día de hoy, cuando las cosas no funcionan bien, vuelvo a ver como un adicto a las drogas buenas.

Archivo personal

02 de junio

Llegada al Hyatt Buena Vista a la una de la mañana. Encuentro con mi hija Margarita y su madre Romina Richi. Cena frugal en la habitación y cada uno a su cama. Por la mañana ellas fueron a Animal Kingdom y yo me repuse de la primera paliza de la gira. No hablé en todo el día. Leí, mandé mails y escuché Mingus toda la tarde. *Mingus Ah Um* y *Cumbia & Jazz Fusion*. ¡Qué músico tan especial! Sofisticado y sencillo. Todo lo que uno busca. Dificilísima mixtura. Parece que te relaja pero no, siempre hay algo que demanda tu atención en su música.

En general, cuando escribo o leo, escucho músicas. En lugar de distraerme me exigen más compromiso. Cuando llegan las chicas yo estoy saliendo de un baño de inmersión y pedimos un *room service* en mi cuarto. Romina se va a su habitación y con Marguie vemos una

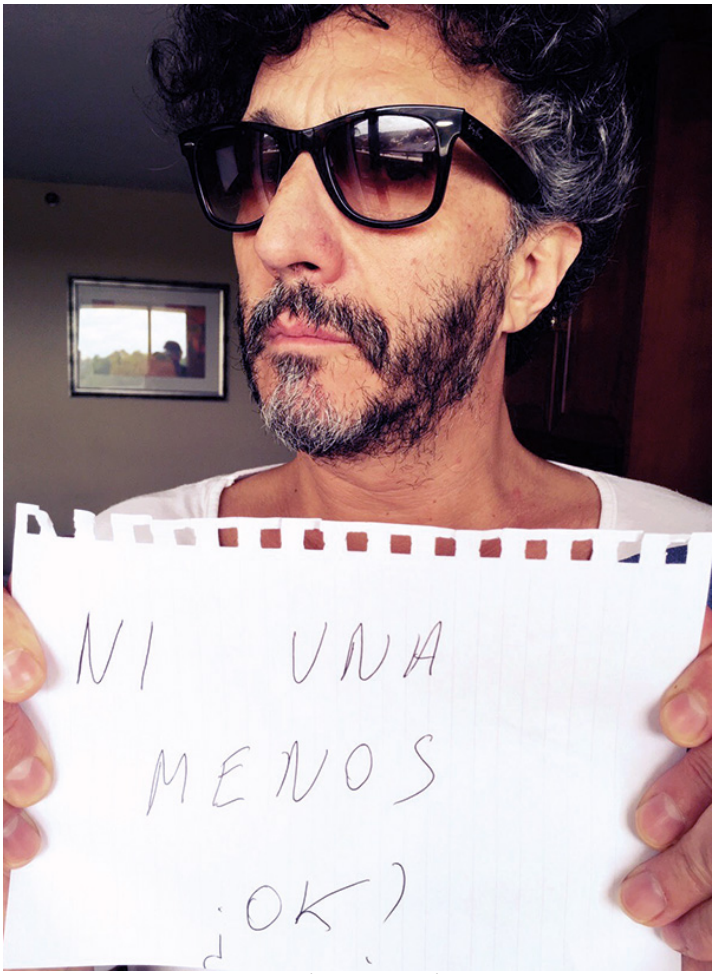
versión malísima de *Drácula* en Netflix mientras nos dormimos.

03 de junio

Todos arriba al mediodía y llevamos a Margarita al Magic Kingdom. Todo en ella fue fascinación y en mí también. Salí muy impactado de esta tarde noche que fue coronada por unos fuegos artificiales de ensueño en la tierra de la fantasía. Sociología barata y chancletas de plástico: ¿quién dijo que está mal entretenerse? ¿Quién dijo que no hay que distraerse viendo los decorados de *Piratas del Caribe*? ¿Quién dijo que no había que perderse un ratito en las minas de Tom Sawyer? ¿Quién dijo que no es hermoso que te hagan sentir un niño por unos instantes y recuperar una ternura que uno creía enterrada para siempre? Fui feliz en Disney, recordé parte de mi historia disneyana y sentí feliz a Margarita. Su madre fue una guía chamánica porque ya había estado en otras oportunidades y nos guió a padre e hija por aquel lugar de maravillas como una auténtica madraza protectora. Justo sería que todos pudieran disfrutar de esas deliciosas ilusiones que tocan lo mas atávico de las personas. Pero ese es otro tema. A la noche cayeron Ale, Belén y Matías con regalos y todos le cantamos el feliz cumpleaños a Margarita que estaba agotada pero rebosante y plena de amor. Podemos haber sido amantes y pareja, y podemos estar separados y ser una familia hermosa, y criar hijos a los ponchazos pero con la seguridad absoluta de tener una dirección clara en el sentido de la importancia de los afectos e intentar transmitírselo a nuestros hijos. Romi Richi posee una extraordinaria inteligencia emocional. Aprendo mucho de ella.

Sobre un papel dibujo el texto “Ni una menos”. Era por la campaña contra los crecientes femicidios en la Argentina. Me saco la foto y la envío.

Archivo personal



Archivo personal

04 de junio

Cumple de Marguie a pleno. Once años. Yo descanso en el hotel sin hablar. Ellas se van al Universal Studios. Esa noche toco en el House of Blues de Orlando y el concierto va a estar dedicado a Marguie como coronación de su semana de festejos.

Van a verme Gustavo Celis y José Hidalgo, amigos de la casa. Hago la prueba de sonido bajo una ola de frío químico. Se resiente la voz. A las veintiuna horas exactas arranca el concierto y fue todo emoción porque Marguie estaba allí y su mamá también, y todas las palabras escritas y cantadas sobre nosotros cobraban un peso específico medidas en la balanza del tiempo. Y otra vez el local agotado. Y todo el mundo cantando. Y los gringos locales preguntándose quién es “ese que toca el piano” y quiénes son “estos que saben todas las canciones”. Sushi después del show, fotos y despedida con lágrimas.

Nosotros embarcábamos hacia NYC en avión privado y las chicas se quedan para viajar al otro día hacia Buenos Aires.

Archivo personal

Archivo personal

05 de junio

Hacia las cuatro de la madrugada aterrizamos en Nueva York. Todos de muy buen humor y con ganas. Paramos en el W. en Union Square. Dormí muy bien hasta las tres de la tarde y de allí a la prueba de sonido. El piano era un *baby* Yamaha, o sea que no tenía la resonancia correcta. El sonido no era al que estoy acostumbrado, incluso con otras marcas de pianos. Parecía de juguete. Pero nada iba a quitarme las ganas de dar un conciertazo en pleno Broadway en el Irving Plaza.

Quedó gente afuera. Volví a cambiar la lista. Está en mi naturaleza. "It's Beyond my Control" le dice el conde Valmont a la marquesa de Marteuile en un momento, cuando la malvada condesa le pregunta al conde por qué va a enloquecer a Madame de Torvel, sabiendo que esta jamás será correspondida con auténtico amor. En *Dangerous Liaisons* la idea está aplicada al mal. En mi caso es más sencillo. Cuando algo me indica que hay que pegar el volantazo no pregunto. Sencillamente lo hago y después veo. Nunca me peleo con eso. Inevidivmente lo dejo surgir. Tengo suerte en no tener una sola idea a la que aferrarme. Está afuera de mi control. El orden y la precisión también me interesan. Un balance salomónico siempre es lo mejor.

Aquí sí el público estaba excitado. Salieron ellos más afónicos que yo. Fue inolvidable. Al final vino a saludar Joe Blaney, un caballero moderno. Parece un protagonista de un film de John Ford. Por su moral incólume de hombre noble y justiciero. Trabajé con él en RRR y nunca dejó de sorprenderme su capacidad para armonizar los elementos musicales dentro de las mezclas. Un auténtico artesano del sonido. Él fue uno de los responsables del sonido de *Modern Clics*, el álbum que cambió la historia de la música popular americana para siempre. Recuerdo la tarde que Charly nos lo mostró a quienes seríamos los miembros de su banda. Corría la primavera del 83. La famosa primavera alfonsinista. Primero nos citó Daniel Grinbank, el mánager de García de aquel momento, en la oficina de Rock & Pop para comunicarnos junto a Charly la buena nueva a los elegidos. De ahí fuimos con Charly hasta su casa. Recuerdo que el taxi paró en el semáforo de Pueyrredón y Arenales, y Charly reconoció a Alfredo Rosso, melómano y crítico de rock querido por todos los músicos sin excepción, sacó la tapa de su recién salidito del horno *Clics modernos* y mientras lo sacudía le gritaba: "Hola Alfredo, ¡mirá! ¡Ya tengo el disco nuevo! ¡Te llamo!". Estábamos repartidos por el living de su departamento de Coronel Díaz: Alfredo Toth, Pablo Guyot, Willy Iturri, el Gonzo, Dani Melingo y Fabi Cantilo junto a nuestro Godzilla argentino universal, que fue quien puso el álbum (subido de velocidad de pitch, otro hecho insólito realizado en la última etapa de masterización) en la bandeja supersónica. Quién iba a pensar que hoy, treinta años más tarde, estaríamos hablando de un retorno al vinilo. Todos caímos en aquel pozo hacia el futuro.

Archivo personal

El álbum poseía toda la historia de la música en nueve canciones. Tenía la rabia del rock and roll, la delicadeza de un espíritu elegante y el entusiasmo de un artista libre, calcado del *Amadeus* de Milos Forman. Embrujado de polirritmias en “Nos siguen pegando abajo” y “Transas” con aquel bombo de la Roland 808 acentuando en el lugar menos esperado. Inventando la primera forma de traducción de música latina pasada por la mirada argentina en “Bancate ese defecto”. Una nueva forma de tango canción es presentada al mundo en “No soy un extraño”. La Steelydanesca “Plateado sobre plateado” con sus reminiscencias gerswinguianas y una letra sobre el exilio y la pregunta del millón: “¿por qué tenemos que ir tan lejos para estar acá?”. La

exótica “Nuevos trapos” con su bajada cromática en cuartas y su modulación insólita cuando comienza la letra. La calidad del sonido, construido con el majestuoso bajo de Pedro Aznar. Todos esos tracks podrían ser ejercicios de manual para bajistas en escuelas de arte del futuro. García en un momento de entrega y libertad absoluta jugando a ser “YO” y la batería de Casey Scheuerell. La utilización de samplers de marimbas y voces de James Brown y máquinas de ritmos le daban una originalidad única para la época. La gracia de “No me dejan salir”, alto humor, que ponía a bailar hasta a los muertos y el cierre de “Ojos de Video Tape” con su tempo marcial debajo de los ochenta puntos de click y sus orquestaciones finísimas. Dejo “Los dinosaurios” para el final porque aparte de todo, Charly también puede ser literal y tirar un cable para que lo sigan. Él ya estaba solo pero no quería romper todas las sogas que lo ataban al mundo. Por eso esa canción que se cargaba el dolor de tanta gente y por eso sus palabras claras y nítidas. “Los amigos del barrio pueden desaparecer, los cantores de radio pueden desaparecer... Los que están en el aire pueden desaparecer en el aire, los que están en la calle pueden desaparecer en la calle…”. Un hombre que en aquellas circunstancias (final de la última dictadura cívico militar) compone una canción de esa naturaleza tiene que saber una sola cosa:

que el olvido no fue hecho para él.

Salidos del trance en aquel centro del mundo que era su departamento todos aplaudimos y nos deseamos lo mejor porque vendrían días de mucho rigor y pasión. Y mucha diversión, por supuesto. Era lo que tocaba y la suerte seguía de mi lado.

Volviendo a Nueva York, estábamos aún en camarines a pocas cuadras del lugar de apareamiento de esta extraña y exótica criatura junto a Joe Blaney, el cirujano americano que trajo al mundo al bebé que hoy es un oráculo de luz y belleza de la música mundial.

Vino el entrañable Nico Sarudiansky y recordamos anécdotas salvajes con Charly en los tempranos 80 mientras yo me preparaba con todo mi equipo para volver al aeropuerto y volar hacia Miami a dar otro concierto. El tiempo era un suspiro de algún dios que se esfumaba delante de nuestras narices y nos volvía viejos en un instante.

Archivo personal

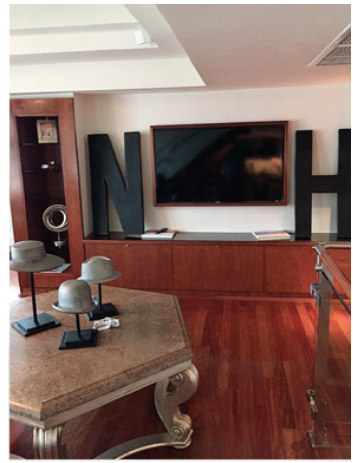
06 de junio

Cerca de las tres de la madrugada aterrizamos y nos dirigimos directo al National Hotel en pleno South Beach. La misma rutina. Cocktail para dormir: Emotival, avena sativa y fragaria vesca en su justa medida. Y no parar hasta las tres de la tarde. A las cuatro me encuentro con Javi García y el inmenso Guillermo Vadalá para hacer una prueba muy divertida. Con Javi cantamos "La despedida" en una versión a dos voces donde él se lució como un relajado armonizador de voces y después una versión delirante de "Lágrimas negras", del gran compositor cubano Miguel Matamoros. El concierto fue en el teatro Fillmore. Lleno de amigos del corazón y otros cientos de desconocidos que me han dejado formar parte de sus vidas por mucho tiempo, por lo que son casi de la familia. Guille Vadalá me acompañó en un set inolvidable. Mientras lo presentaba conté que en varias oportunidades en los diecisiete años que tocamos juntos logramos correspondernos a través de una telepatía musical que solo tuve con él y con Charly. La gente se reía o lo tomó como un exotismo en todo caso. Hicimos "Por siete vidas", "Las tardes del sol, las noches del agua", "Cable a tierra", "Tema de Piluso" y "El amor después del amor". En el "Tema de Piluso"

(gracias Franco Mascotti, tenemos registro) en un momento y de la manera más inesperada tocamos juntos un arreglo en voces utilizando la misma figura a la manera de un arreglo escrito.

El teatro se cayó a pedazos.

Después al Bunbury a cenar. Amigos y colegas músicos de toda América de copas. Una compañera de ruta, a quien hacía muchos años no veía, recién separada, me dijo que le rondaba la idea del suicidio. Solo le respondí que el suicida no avisa. Ella discutió y fue por otra copa. No es bueno beber cuando esos demonios andan rondando. Música y charla en mi suite 708 del National hasta la mañana con los que iban quedando.



Archivo personal

Archivo personal

07 de junio

Resaca monumental.

Archivo personal

08 de junio

Charla telefónica con Andy Kusnetzoff para un programa de radio en Buenos Aires sobre Mercedes Sosa. Reunión de gira con la tropa en el *lobby* del hotel. Una hora de playa con Avalis.

En dos horas salimos para Boston. Los efectos de la juerga del *after* Miami se hacen notar junto al cansancio de un semestre demoledor de trabajo.

Al avión otra vez. Tengo la voz agotada y una tos muy fuerte. Exceso de cigarrillo, cambios de clima, aires acondicionados y muchos conciertos juntos, como hacía años no realizaba. Ya en el Elliot Hotel, un elegantísimo hotel de Boston, me ve un médico argentino rebosante de auténtico *glamour* y destellos aristocráticos. Se conecta por Facetime

con mi médico argentino. Se ponen de acuerdo con el diagnóstico. Cansancio, alergia y exceso de trabajo. Antihistamínicos, antitusivos y siempre maldivino Decadrón. Muchos conciertos, muchos viajes y la verdad: bastante poca noche.

La juventud ya se fue hace mucho pero tu espíritu cree que no. Para eso está el cuerpo. Para indicarte que ese axioma es falso y que uno ya no tiene veinte años. Aún no sé cómo voy a resolver este tremendo dilema. Solo sé que empezó la vejez y que cada vez que bebo no puedo quedarme hasta las diez de la mañana escuchando Spinetta y fumando como un condenado.

Contrariamente, la vida sexual no tiene límites. NO VIAGRA, *my friends*. Creer o reventar.

09 de junio

Cerca del mediodía la tos no paraba y Euge ya no estaba con su amor para calmarme. Entonces surgen otros nuevos Cazafantasmas, pero ahora en Boston. El sistema médico norteamericano es una verdadera vergüenza universal. Repiten la rutina de San Francisco. Me revisan como si fuera un jamón del medio, ¡me llevan al hospital en una ambulancia! Mi dios, ¡un hombre tosiendo! Me vuelven a revisar. Lo mismo. La salud perfecta. Solo cansancio, *stress* y la garganta cansada. Ya en el hospital me ponen una cinta en la muñeca con otro apellido, hoy muy de moda en mi país, Rodolfo Báez. Pasan quince minutos y decidimos con Avalis retirarnos porque faltaban dos horas para comenzar el concierto y había que activar un montón de mecanismos para intentar que aquello sucediera. Volvemos al hotel. Pruebo la voz y la voz no resiste. Había llegado hasta allí. Nadie puede contra la naturaleza. No podés cantar, decía mi cuerpo. Le digo a Matías Schneer que suspenda, que no iba a ser posible. Se va más angustiado que yo y vuelve a la media hora diciendo que la cola pega la vuelta en las dos direcciones sobre la puerta del auditorio. Los saco a todos de la habitación y entiendo que nadie sabía qué hacer con todo aquello de manera adulta y profesional.

Archivo personal

Pido té negro y recomienzo los ejercicios vocales. Abro la ducha y me vaporizo con agua caliente. Comienzo a vocalizar y la cosa empieza a funcionar. Nadie quería el mal de nadie. Nadie tenía la culpa de nada pero a la vez las estrellas estaban alineadas para que la cosa no resultara. Y mis mánagers sencillamente no lo eran. Entonces no sabían qué hacer en aquellas situaciones donde lo inesperado surge claro como una flor en un pantano. Allí aparece uno y ese valor que no siempre estamos seguros de poseer. Después de cuarenta minutos desnudo en el vapor y tomando agua durante los ejercicios vocales, algo comenzó a surgir de aquella garganta cavernosa.

Vamos al *venue*, me cambio dos veces y decido por un traje negro

con zapatos atigrados, camisa blanca y corbata negra. Todo Paul Smith. Qué bien trabaja ese hombre y su equipo. Piezas compradas en diferentes épocas, a través de más de veinte años funcionan tiempo más tarde a la perfección en combinación. Genio y figura. Y un alto sentido de la dirección en el camino a seguir. Cosa que el grupete de pícaros mánagers de músicos argentinos nunca tuvo y motivo por el cual la música argentina tampoco salió a dar una vuelta por el mundo, como se merece, salvo algunas contadas excepciones.

La cuestión es que arranco ante un auditorio colmado y no sabía dónde iba a terminar todo aquello. Posiblemente en unas disculpas avergonzadas. No fue así. Arranqué con un talismán, "Desarma y sangra" de Charly García. No es muy exigida para cantar y tiene una parte instrumental que me permitiría relajar en caso de que las dos primeras estrofas no funcionaran bien. Funcionó. Y "11 y 6" cantada con toda la sala y "Dar es dar" de tercer tema y después ya me relajé gracias al efecto de la cortisona por boca.

Nunca la aconsejo. Salvo en estos casos. ¿Te quita días de vida? Sí. ¿Pero qué cosa en esta vida no te los quita? Finalmente fue una apoteosis. El público aprecia ver al torero herido y cuando ve que se recupera y deja todo en la arena lo beatifica.

Me dieron un diploma a la excelencia en la Latin Music.

con 24, América (10) y Canal 9 (4). A la polémica por la omisión

nor, la radio también forma parte: Mitre encabeza las nomina-

pantalla chica y la radiofonía.

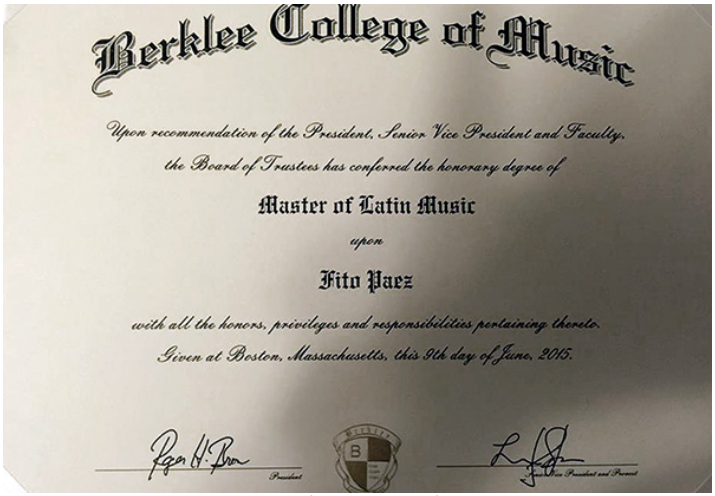
El Berklee College of Music premió a Fito Páez

El maestro de América latina

Fito Páez se convirtió en el primer músico latinoamericano de rock que obtuvo el premio Master of Latin Music, otorgado por el Berklee College of Music durante el concierto que dio esta semana en la ciudad de Boston, Estados Unidos. Allí se presentó en el Berklee Performance Center, donde Sebastián Fernández y Nicolás Boskis de Owl Master Booking y miembros de la banda Stone Giant, y Oscar Stagnaro del Berklee College of Music, le entregaron el premio en reconocimiento a "la importancia de su carrera e influencia mundial". Luego de su último show en Argentina, el pasado 22 de mayo en el Luna Park, Fito inició una gira por diez ciudades de México, Estados Unidos y Puerto Rico, en las que agotó entradas en cada uno de sus shows.

Fito al recibir la distinción.

La última fecha será esta noche en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico. El motivo de la gira fue presentar su último disco: *Rock and Roll Revolution*, el vigesimosexto de estudio editado por Páez, y que cuenta con la participación de Gaby Carámbula en guitarra eléctrica, Mariano Otero en bajo, Gastón Baremberg en batería, Juan Absatz y Deborah Dixon en coros y Diego Olivero en guitarras y bajo. A su regreso, Fito Páez realizará el concierto en Neuquén que debió ser postergado en su momento por la erupción del volcán Copahue y la lluvia de cenizas que produjo.



Archivo personal

Ok.

Dije: “Claramente están cometiendo una gravísima equivocación al darme este diploma. Esto habla a las claras de la decadencia de una institución que otrora fuera una casa de estudios de altísimo prestigio. Hoy, claramente, reducido a cenizas”. Todos se rieron mucho y me pidieron tres bises más.

Al hotel a seguir el tratamiento. Como sushi solo encerrado en mi habitación como loco malo.

Archivo personal

10 de junio

Día de relax en el hotel y empastillamiento. Ibupirac 600, Clarityne, jarabe para la tos y un par de medicamentos más que no recuerdo. Salimos a almorzar por Boston y otra vez los guías no son los adecuados, como en toda la gira. Después de una hora detenidos en el tránsito sin saber a dónde ir comienzo a ponerme de mal humor.

Entonces: aprender a relajar en la contrariedad.

¿Qué iba a suceder si eso pasaba?

Iba a disfrutar de los paisajes de Boston en lo que durara el *trip* hasta un restaurante abierto. Y así sucedió. Vi una ciudad preciosa, como una cajita de cristal; me imagino un tanto aburrida por lo temprano que cierra todo pero pulcra y amable. Almorzamos una comida semi-francesa rarísima y fuimos con Franco y Ale a caminar por un parque. Sacamos unas pocas fotos. No poder hablar me ponía muy nervioso y volví al hotel.

NEVER
TOO
HUNGOVER
GREAT TOMORROW
MIX IT
COLON
Flex600
Ibuprofeno
Ibupirac 600
HOMETAGONA
HIYME
TOMILLO
Herbal Body Cream
Crema Herbal Corporal
2.5fl oz

Archivo personal

Archivo personal

Al rato Ale y Franco caen con mi nueva Gibson Montana Golden que había comprado en el Guitar center de LA. La habían enviado desde Kansas, la casa central, y me la trajeron hasta el hotel. Fui feliz cuando la descubrí allí en su estuche. Es tan hermosa como la mujer más bella. Y me quedé largas horas acariciándola. No sé si ella la habrá pasado tan bien como yo, pero eso en realidad, no lo sabemos nunca. Más tarde discuto con Euge por nada. Solo la distancia, mi imposibilidad de hablar y explicar cosas complejas por vía telefónica me pone de mal humor pero puedo parar a tiempo y todo termina bien. Ella hace que aquello sea posible. ¡Qué amor!

11 de junio

Desayuno en la cama a las once horas. Todo el cocktail otra vez y respondo, vía mail, una entrevista para una revista popular. La noticia del diploma en Berkley salió solo en el sitio de BB Contepomi. La Argentina paralela que controla los medios de comunicación está por ganar otra gran batalla en las urnas y solo se presta atención a lo que se pueda cooptar a favor. Yo solo les sirvo como objeto de ataque. Aquel diploma les resta fuerza moral. ¡Qué estupidez! Como si alguien la poseyera. Para ellos soy del otro lado. Un enemigo.

No funciona al revés. Yo elijo con muchísima precisión a mis enemigos.

Lamendivmente cualquier escriba de alguno de los dos diarios poderosos de la Argentina tiene el peso mediático de un escritor de renombre de décadas atrás. O sea, hoy cualquiera es cualquier cosa. Con cuanta sabiduría narraba Discepolín un futuro no tan lejano en su lucidísimo "Cambalache". Al señor XXX le molesta que los cursos de los acontecimientos no condigan con sus oscuros vaticinios, entonces descarga todo su resentimiento en su columnita del diario *La Nación*.

O a la señora ZZZ del diario *Clarín* no le gusta el atuendo presidencial y elabora un rebuscadísimo ensayo sobre las cosas que debería usar una presidenta o un presidente en tal o cual ocasión y aquellas palabras son tomadas por el eje opositor mediático como la tabla de los diez mandamientos que recibe Moisés en el Monte Sinaí.

Así la estupidez humana.

¡Cuánta inseguridad!

Anexo

Mi amigo Carlos Vandera interrumpe una cena que estaba levantándose de tono sobre el tema instalado por el vulgo mediático acerca de la inseguridad en medio de la última presidencia de la señora de Kirchner.

Vandera: ¡Quiero decir algo sobre la inseguridad!

Todos miramos expectantes.

Vandera: ¡Soy muy inseguro!

Los amigos estallamos en una sola carcajada. Los demás no entendieron.

Ojo, ¡del otro lado no sé qué tan buenos son…! En todo caso, a muchos se los puede querer.

Y después estamos nosotros, los renegados optimistas *punketos* ácratas pequeños humoristas, Lords Byrons de bolsillo en la búsqueda del sol a través de las sombras. Parásitos sociales dijo que éramos una vez una persona a quien aprecio entre el humor y algo que no se le parecía tanto. Me gusta "parásito social". ¡Ja!

12 de junio

Volamos a Washington a las ocho de la mañana. Todo indica que la cosa no da para más. El *cocktail* solo te enrarece. Parecés un auto en quinta yendo a doscientos kilómetros por hora detenido por el freno de mano. La *suite* del hotel era espectacular. Setentera bien arriba. Kubrikiana. La naranja mecánica. Eso me alienta. Las formas hacen su trabajo claro y silencioso en un espíritu atento. Me meto otra dosis de Emotivales para poder dormir y paso la tarde entre películas malas y cierto nerviosismo. Siempre me duermo con una película en la Mac. No las veo, necesito sentir las voces, así como los niños necesitan las de sus padres para abandonarse en la tierra de los sueños. Aquello jamás sucede, nunca me dormí. Pongo *Sandinista* de los Clash a todo volumen y me tomo un baño de inmersión. Comienzo a ejercitar la voz con "Hitsville Uk" y la cosa no arranca. No doy ni con las voces de los niños ni con la de Strummer en la octava de abajo. Problemas. Nada me excita más que saber que puede fallar. Y ahí otra vez, el mismo proceso que en otras ciudades pero con la voz más deteriorada. Hay que construir el Frankenstein para que salga al ruedo. La escena del cantante nazi en *The Wall* es un poco exagerada pero en la realidad se parece bastante a lo que pasa cuando no estás para jugar y el show debe continuar. Se produce una mutación. Y no es la primera vez que surge esta palabra en este caro diario. Mutación.

Archivo personal

Ze Rafael

Llegada al viejo Howard Theatre, hoy reconvertido en una especie de biblioteca, bar teatro. Lugar de glorias de antaño. Es el escenario que había pisado Duke Ellington y algunas de sus *big bands* y tantos astros norteamericanos en el siglo veinte.

Todo, salvo la lista que nunca se repite, vuelve a suceder. Silencios, complicidades, alguna destreza no conocida, instrumentales, coros de públicos, emoción, risa, pan y circo. De vuelta en el hotel tuve el último acceso fuerte de tos y decidí sin prescripción de nadie no tomar un remedio más.

Me relajé y fumé tres cigarrillos en el balcón tirado sobre un sillón de plástico naranja mirando una bandera gay desplegada sobre la escalinata de la catedral metropolitana. Hoy se legalizaba el matrimonio entre personas del mismo sexo en EE.UU.

13 de junio

Dormí tres horas en Washington en aquella espléndida *suite* y a las ocho de la mañana viajábamos junto a Ale, Belén, Franco y Matías hacia el último destino del *tour*: San Juan de Puerto Rico. Ya arribados me llevaron con el mejor otorrinolaringólogo de San Juan. Me revisó con una mini cámara digital por la nariz y me mostró que las cuerdas vocales estaban perfectas, solo que agotadas. Que había que tomar mucha agua desde ahora hasta el concierto de mañana y que me relajara. Almorzamos en alguno de los bares de aquel hotel-shopping.

Muy extraño. Dimos un paseo por la playa. A Franco y a mí, rosarinos de nacimiento, nos hizo acordar mucho al Caribe canalla de La Florida, playa cercana a Arroyito, de agua dulce del Paraná.

Terminamos en la casa de unos españoles muy amables viendo Paraguay-Argentina. La Copa América, por algún motivo, no se daba en la tele del hotel. Pero allí estábamos. En América. Los temas ligados a la identidad deben ser manejados con el más absoluto respeto y rigor. En puntas de pie. En cualquier ámbito y en cualquier lugar. Puerto Rico es uno especialísimo en estas materias.

La identidad es todo y no era cosa de andar por allí preguntando por qué aquí en Puerto Rico, país del Caribe americano, no se transmitía la Copa América. Había muerto mucha gente en el mundo defendiendo su identidad. Y cada pueblo tiene el derecho de vivir aquella cosa como se le venga en gana. De eso se trata la libertad, también. Y ya bastante tenía yo con mi historia para andar cacareando sobre la historia de otros al borde de un colapso físico y emocional.

14 de junio

Tuve un sueño erótico. Un sueño adentro de un sueño.

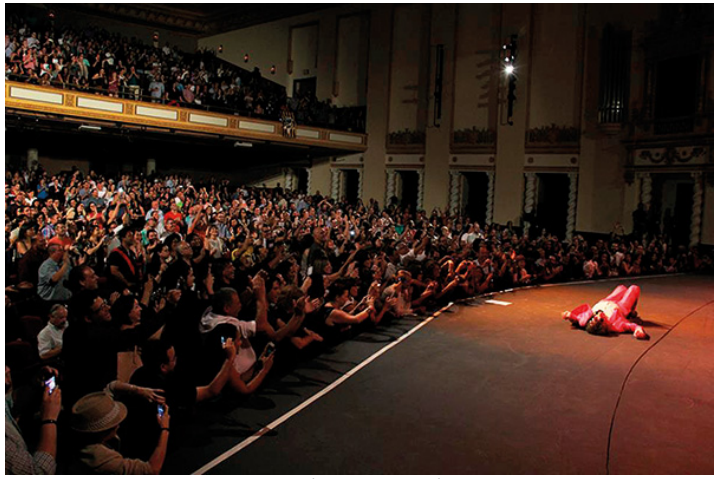
Hace casi dos horas y media que nos estamos mirando pero ninguno de los dos se anima a dar el primer paso. Ella es pequeña, unos veintiocho años, pelirroja, entrada en rollitos, buenos pechos erectos, y una boca grande y húmeda supongo. Ella es la azafata y yo su pasajero. Tengo cuarenta años y hace mucho que no lo hago. Ahora entra al baño y me imagino que espera que toque despacio a la puerta en un gesto cómplice. Entro y la arrebato contra el inodoro, le meto mis dedos en la concha, le beso las tetas y le bajo la bombacha casi en presencia de todos. No nos olvidemos que estamos en pleno vuelo y se escucha todo. Después me agarra de los huevos. Le gusta la pija abultando el jean. No resiste y me la muerde con desesperación. Desabrocha los botones de la bragueta y se la mete en la boca mientras mira todo por el espejo. La dejo hacer un rato hasta que la tomo del pelo, le pego la cara contra la puerta del bañito, le saco la pollera casi rompiéndosela y mientras con la mano derecha la tengo del cuello, con la izquierda le abro las nalgas del culo y se lo hago en seco. Y ahí estamos, dos perros sucios a diez mil metros de altura, volando a mil kilómetros por hora, sudando, y meta y ponga. Ella no habla castellano, yo no muy bien el inglés. Los dos entendemos que es lo mejor y aprovechamos la ventaja. Las lenguas se cruzan, los dientes crujen, las pieles se frotan y ella *oh, my god!* Y no

me lo puedo creer. Mi tronco tiene un tamaño irreal, siniestro, descomunal y es todo mío y ahora ella no puede contener sus fluidos y me los tira, y eso que tengo ahí abajo es una máquina de matar. Algo empieza a sangrar, pero a ninguno de los dos le importa y me atenaza la pija con la vulva. Me duele, le tiro del pelo la cabeza hacia atrás. Ella llora, sangra, ríe y suda y aquello parece un asesinato. La pantera colorada sabe de hombres, entonces es cuando estoy a punto de descargar y ella baja y apoya sus labios preciosos sobre mi cacho caliente y los mueve para atrás y adelante no más de seis o siete veces mientras su lengua culebrea que mete miedo y entonces sí, se lo tiro todo y se lo traga todo. Hasta la última gota. Una vez satisfechos nos limpiamos y nos vestimos como podemos, apretados en aquel cagadero electrónico del futuro, a metros de la cabina de comando. Lo próximo que veo es la espalda del puertorriqueño que duerme a mi lado mirando hacia la ventana sobre el cielo de Texas mientras ella me pregunta en inglés si voy a querer el desayuno.

Archivo personal

Me despierto a las siete de la mañana sudado por la acción. Bebo agua y apago el calor. Volví a dormir hasta las dos de la tarde. Almorcé un bistec. Tomé muchos litros de agua mientras escuchaba las sinfonías 35 hasta la 41 de Mozart dirigidas por Karl Bohm. Ya es hora. Hacia el teatro. La voz recuperó algo de su color original y respiro mucho mejor.

Predigo un gran cierre de gira y una borrachera extraordinaria después.



Archivo personal

15 de junio

Así fue.

Anexo

RESACA

Grado especial de la existencia.

Depende lo consumido antes del sueño, la resaca tendrá infinidad de variantes. Dentro de mi propio caos soy un metodista. Entonces al conocer una cantidad determinada de mezclas posibles puedo también crear, igual que un dios, mi propia resaca. En la resaca siempre es más importante el antes que el después. Su preparación.

Soy un hombre de cervezas. Es una bebida combinable con todo. Siempre de la mitad para adelante de la noche. El vino es una materia ancestral que lo abandona a uno por el territorio de los sentimientos. Mucho vino nos afloja y nos hace llorar, muchas veces inútilmente, y muchas veces cuando uno está angustiado lo

más probable es que nos encontremos primero ante un problema hepático que ante lo irremediable de la angustia que creemos nos atormenta. El vino también invita bajo sus primeros efectos a la exaltación de la amistad.

La bebida blanca es de cuidado. Por suerte fue mi fuerte en mi juventud. Ahora solo disfruto de sus mieles en sus lugares de origen. Ron en el Caribe, tequila en México, grapa en casa de los Aristarain y en La Cumbre, vodka en los lugares fríos. Champagne y whisky en cualquier lugar. Todas estas bebidas combinadas en una medida, que generalmente no es la adecuada, con lo que sea que ingieras durante el viaje de ida, van a generar diferentes resacas. Lamendivmente no podemos diseñar aquí un informe científico sobre las diferentes formas y tipos de resacas. Cada organismo tiene sus propias reglas. Lo que para unos es mucho, para otros no significa nada. En todo caso, amo las resacas. Mis resacas. Para escribir o hacer músicas son fabulosas. Posiblemente el sistema nervioso aún sensible por las sustancias dando vueltas en sangre de jornadas anteriores, generen ese punto de sobriedad sensible que hace que todo sea más disfrudiv e intenso.

Advertencia: el paso del tiempo hace que las resacas sean más largas y menos disfrudivs. Beber con moderación es lo mejor, pero mi vida ya pasó.

Nunca me gustó que me dieran consejos, así que no voy a darlos ahora.

19 de junio

Ya de vuelta en Buenos Aires duermo una buena siesta y me despiertan Margarita, Martín y Eugenia con besos, abrazos y un soberano lomito argentino. ¡Qué hermoso es volver a casa! Por la tarde todos fuimos a ver *Fan*, la exposición de fotos de Nora Lezano en el Centro Cultural Recoleta. Nora nos mostró con amor y dedicación la montonera de fotos que acumuló en años de rock argentino y me contó al oído detalles jugosos de cada sesión. No fue poca la emoción. Todos los 90 estaban allí. Sin metáforas. La muestra era toda en carne viva. Desde el erotismo y la fuerza sexual de la juventud hasta el nacimiento de nuestros hijos y la aparición de las primeras arrugas.

Nora Lezano es una persona muy importante en mi vida. Desde que nos conocimos nos sentimos pares. Sabíamos que íbamos a estar

cómodos uno con el otro durante todo el tiempo que fuésemos a transcurrir juntos. Que la intimidad iba a estar allí aunque no la provocáramos. Un pisciano sabe cómo hacer que otro pisciano ni se entere que está allí sin dejar de quitarle un ojo de encima, sabiendo que el otro está haciendo exactamente lo mismo con uno.

Guido Adler

Guido Adler, otro talento sin igual de la fotografía, nos saca una foto a Marguie y a mí sobre una de Nora hecha hace diez años, copiando las posiciones. Es el mismo encuadre en los dos momentos. ¡Idea súbita! Genial.

Guido Adler

24 de junio

Hace un par días que buscábamos una casa en Villa La Angostura con mi primo Avalis y la encontramos. Gracias a Juan Ponce de León y su pareja Carolina Puntonet. Subimos a Cerro Bayo a chequear las pistas de nieve para que Margarita tenga unas tardes de juego y recreación divertidas mientras yo me metería en el armado de algunos minutos de

música instrumental.

La casa era similar a la elegida por Hitchcock en *North by Northwest*. De donde escapa Cary Grant hacia el final del film antes de la famosa escena filmada en el Monte Rushmore sobre las caras de los presidentes norteamericanos talladas en la piedra. Techos medianamente altos, muy vidriada, sobre el Nahuel Huapi, con dos terrazas sobre la colina en picada, a mucha altura. Altísimos pinos y rodeada de piedras. Paredes y sillones grises con lámparas setentosas hechas hoy. Las camas eran cómodas, los baños funcionaban bien, los televisores andaban, la calefacción era fabulosa, la cocina industrial para un ejército, era ideal, una parrilla interior y otra exterior y las cortinas de *black out*, muy importantes.

La noche previa a la vuelta hacia Buenos Aires recibo un mensaje de Joaquín Cambre, quien iba a dirigir el video de "Hermanos". Yo había sugerido unos cambios en el guión y Joaquín lo tomó muy bien. La primera bajada del libro era muy fashionista. No muy adecuada al carácter de esta canción. Joaquín parecía haber heredado parte del espíritu de su padre, el artista plástico Juan José Cambre. Hombre cálido y lúcido. Le hablé de un montón de films y de iluminadores. Le sugerí algunas escenas sabiendo que era imposible incorporar toda aquella información a días de comenzar el rodaje. Yo soy muy parlanchín cuando se abordan temas que conozco y encontré a Joaquín muy receptivo. ¡Qué época de charlatanes!

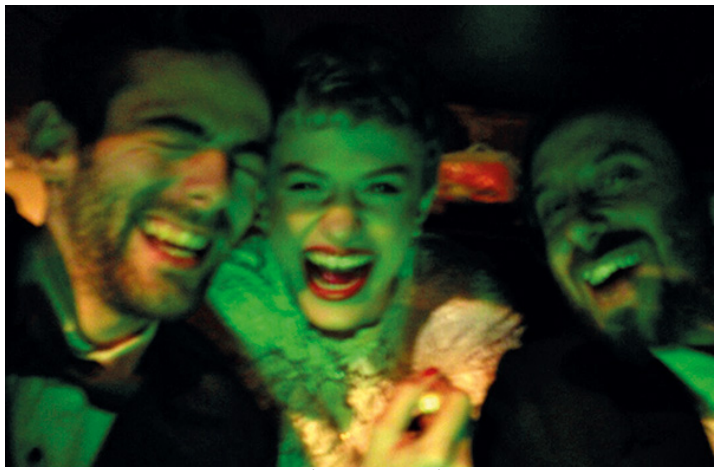
Archivo personal

Tengo que confesar que ya ni prendo el televisor. Se torna excesivamente ofensiva tanta vulgaridad y tanta vanidad teñida de odio, ignorancia y resentimiento. Claro que hay gente en los medios de comunicación que me cae bien. También suelo intuir cierta poca afición por la vida sexual en muchos de sus protagonistas. Así las insatisfacciones se vuelven tan notorias que sería muy ingenuo pensar a estas alturas de la civilización que una persona plena en estas lides ande tan enojado por la vida. Se pisan entre ellos, pero no a la manera de una orgía de placeres. Parecen perros de caza corriendo detrás de varios conejos aturdidos con la idea de llevarse la razón. Una vez escuché en un programa de panelistas a una política española decir que le parecía estar en un festival de la palabra. ¡Qué desafortunada expresión! Nunca nadie escucha al otro. El otro no existe. La pantalla, en un pase brujeril, los vuelve inmortales. Y los picos de rating, que son picos de heroína pura, parecerían generarles estados de éxtasis anestésicos que los aleja de la más absoluta realidad y los habilita para opinar sobre tal o cual tema con el boleo propio de la inconsciencia narcótica. En general estas criaturas tienen tendencias públicas ligadas al republicanismo, la intachabilidad moral y las buenas costumbres. ¡Esa gente sí que no conoce la frivolidad! ¡Qué caches!, hubiera dicho mi amado Alejandro Kuropatwa.

En fin, volviendo a Joaquín Cambre. ¡Qué hombre tan amable y caballero!

08 de julio

Filmamos con Paulinho Moska el clip de “Hermanos”. En el Buenos Aires Rowing Club Decano de los clubes de remo. Qué largo, ¿no?



Archivo personal

Por la noche tuvimos un encuentro con Aníbal Fernández, Martín Sabatella y sus respectivas mujeres. Estaban luchando por la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Aníbal acababa de ser objeto de un ataque periodístico llevado a cabo por dos delfines del grupo *Clarín*. Ella, una política. Deambulante, errática, descarriada. Creando espacios y alianzas, rompiéndolas a su antojo mientras crea un público que consume su sicopática y esquizofrénica impronta de pésima actriz en escenarios televisivos. Su tarea: confundir y generar tensiones. Al poder le sirve. Se sabe que a río revuelto ganancia de pescadores. Él, un hombre rata. Una torre pésimamente construida. Hacía agua por todos lados. Sin embargo, al igual que su compañera de bardos, tenía un público que lo seguía. Su misión política: destituir a la presidenta. Su misión personal: ganar un Martín Fierro y llegar a la tapa de la revista más popular de la Argentina cada fin de año. Insatisfechos por donde los mires. Solo han fabricado veneno para intoxicar. Todos conocíamos los bueyes con los que arábamos. Comimos un pastel de papas regado con vino salteño y se cantó hasta las tres de la mañana.

Taza taza, cada uno a su casa. Ellos arrancaban muy temprano su trabajo.

Yo soy un hombre obscenamente libre.

A las cuatro llegó María Eugenia. Había terminado de filmar su parte en el clip de “Hermanos”. Todo se trataba de un malentendido de pareja que el hermano de ella resolvía en un final feliz la noche del casamiento. Escuchamos música en silencio hasta bien entrada la mañana.

09 de julio

Hoy hace seis años que no llamo a Mercedes para su cumpleaños.

Anexo

El legado de Mercedes Sosa es de vital importancia en estas horas de la Argentina, una enseñanza moral plena de luz. Con sutileza y precisión desarrolló una obra que marcará por siempre la historia de la música popular de este continente. Su voluntad de libertad fue expuesta en cada recodo del largo camino que forjó a través de muchas décadas en diferentes álbumes y escenarios del mundo. Desde Matus a Violeta Parra, desde Ramírez a Atahualpa Yupanqui, desde Teresa Parodi a Djavan, desde Peteco Carbajal a Spinetta, desde Félix Luna a Charly García, toda ella fue, es, una clase de lo que debiera ser una nación.

Una mujer integradora de esencias, una perfumista de la canción en la búsqueda, no del aroma perfecto, sino del aroma del lugar. Sanmartiniana, desprejuiciada por naturaleza, logró lo que ningún dirigente pudo poner en funcionamiento en la historia de esta tierra. Escuchó a todos, se vinculó con todos, cantó con todos, nos emocionó a todos. Escuchar, vincular, cantar, emocionar. Verbos inusuales, alejados de la vida política.

Ella, como nadie, nos da una idea del significado de nación que nos carga de responsabilidad y obliga a pensar en la infelicidad de un país que no puede realizarse en plenitud. Sin embargo, su obra sí que lo logra. La fiereza en la elección de sus repertorios, los riesgos artísticos que asume, el rigor a la hora del canto y la claridad de su voz de terciopelo, la ausencia de miedos

a las mercadotecnias, su seguridad temeraria al momento de la grabación, sus ojos cerrados cuando interpretaba y su boca de oro por delante de su bellísimo pelo negro bajo esa nariz de águila, esa es su estampa. Ama, señora y dueña del lugar. Reinona de la canción. Será imposible pensar la Argentina sin sus fundamentales versiones de Leguizamón y Castilla, Guaraní, la tríada modernista de La misa criolla, Mujeres argentinas y La Cantata sudamericana, la vuelta a la democracia del 83 con Gieco, Tarragó Ros, Heredia y García, su permanente curiosidad por los autores nuevos (a quienes escuchaba incansablemente en su casetera primero, después en su *walkman* y después en su Ipod), su admiración por el Chango Farías Gómez y Chacho Muller, su falta absoluta de rivalidad con las demás cantantes del barrio, a quienes amaba, sus ganas de abstraerse de todo y su curiosidad inagodiv sobre lo que sucedía en el resto del mundo… En fin, sin su locura abarcadora y contenedora.

Ha muerto la señora Mercedes Sosa. La pachamama le decían. Era una gran verdad, porque protegía y proveía. Madre tierra y deidad. Su mirada, su presencia, nos condena al encuentro y este es un inmenso desafío en esta, la hora más difícil de nuestra tremenda pérdida. Parecen palabras grandes y lo son pero más grande será construir un lugar tomándola de ejemplo. Ladrillo a ladrillo y todos los días con amor se construye una casa. Ese es su legado. Jamás aceptaré que el lugar de su velatorio se llame el de los pasos perdidos. En todo caso será el de los pasos ganados.

10 de julio

Desembarcamos en Villa La Angostura en la casa de Mr. Hitchcock. Ale Avalis, Diego Olivero, Sonia, genial cocinera y mejor persona, Sudevi –la abuela materna de mi hija–, Margarita, María Eugenia y yo. En menos de tres horas ya estaban dispuestas las valijas en los armarios de nuestras habitaciones y el estudio de grabación armado. Spaghetti con salsa de tomate y a la cama.

11 de julio

Comenzamos a grabar “La lluvia detrás de ti”. Música melancólica y

evocativa de una escena del fin de un amor: ella y él se abrazan bajo la lluvia. Ella solo se da vuelta y se va. Él la mira alejarse. Él, queda en el límite que marca el territorio donde termina una zona de lluvia a la manera de un telón de gotas de agua. Mojándose. Ella se aleja en el otro lado donde ya no llueve. Aires burtbacharianos.

Medio harto de las palabras. La música no las precisa.

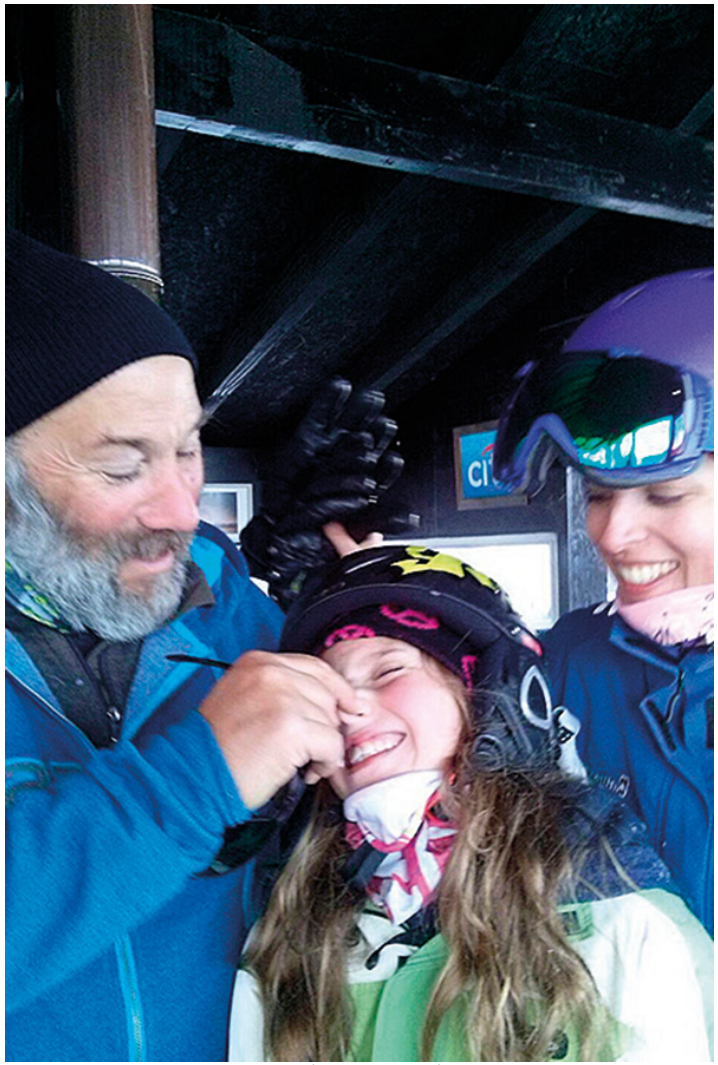
Archivo personal

Archivo personal

12 de julio

Raúl, viejo lobo de montaña conocedor de todos los secretos del Cerro Bayo, casi primo gemelo de Hemingway, acompaña a Margarita y a su abuela Sudevi a esquiar. Sudevi es una persona adorable. Siempre viajamos juntos y nos acompañamos en familia. Nada de familias disfuncionales. Tengo una familia rarísima y muy funcional. Me interno en una música compleja. Con muchísimas partes diferentes. Había que hacerla funcionar mas no sabía cómo. Nunca había abordado una pieza instrumental tan larga. Ahora quiero las canciones en mi vida de vuelta con desesperación. Como a un viejo amor. Las palabras, ¡las palabras! ¿Por qué no habrá una soga a la que pueda amarrarme? Por fin imaginé a Nahuelito, nuestra versión vernácula del monstruo del lago Ness, nadando por las noches con amigos en un lago mágico de un bosque encantado.

Primero me dejé llevar por las oleadas de la música y después por los sonidos subacuáticos propios de las profundidades. Luego recordé que no podría haber mejor título para esa pieza que “Nadar de noche”, titulazo noventero de Juan Forn. Habían pasado casi siete horas ininterrumpidas de trabajo. Llegaron Marguie y su abuela del cerro, y Diego fue a recostarse después de la paliza de concentración. Yo me salía de mí. ¡Qué hermosa sensación descubrir que podés hacer algo que no sabías que podías!



Archivo personal

13 de julio

Despertamos bajo una nevada monumental. Todos los árboles que daban al gran ventanal sobre el Nahuel Huapi estaban cubiertos de nieve. Ale, Euge y Marguie arman un muñeco de nieve mientras nos regalan sonrisas desde el piso de abajo y con Diego los fotografiamos.

Esa tarde no se puede subir al cerro. Yo me embarco en otra pieza.

Corta. Una nota se repite y se repite y se repite. No a lo Ligeti, cuando la nota pasa una y otra vez en un espacio infinito sin límites, perdida en la inmensidad armónica del cosmos musical. Aquí se repite con una armonía angustiante y formal en un marco acotado a lo Piazzolla.

Siempre estamos, sin quererlo, reencarnando algo que nos trasciende. No lo sabemos, simplemente sucede. No hay matemáticas aquí. Ni teorías superfluas. Ni editoriales pretensiosas y huecas intentando calificar lo incalificable.

Creo que mucho depende de qué lado del mundo te haya tocado. Está el de los que se enteran y el de los que no. En el de los que no, son muchos más. Viven enojados y abrumados en la búsqueda del sentido. Le temen al misterio y al goce. Y necesitan la razón.

Esa sí que es una auténtica y fantástica enemiga.

La pieza se llama “Obsesión”.

Archivo personal

14 de julio

Diego quiere comenzar a editar algunos detalles y me da tiempo libre. Subo al cerro con Marguie, su abuela y Raúl. Mientras se van a esquiar sobre las colinas nevadísimas me siento en el bar y saco del morral *Sacate la careta*, del gran Alberto Ure. Lo leí en su primera edición hace mucho más de muchos años. Ahora la Biblioteca Nacional a cargo de Horacio González lo reedita y la fiesta nacional que debería acontecer ante semejante hecho nunca sucede.

¡Qué divertido es leer a Ure! Recordarlo en un cumpleaños en casa de Cristina Banegas, conspirando con Bartís y conmigo contra no me acuerdo qué comensal que no nos caía bien. Esa sonrisa canalla e inteligente y esa mente brillando en el lodazal argentino. Alberto es la anti mediocridad. Fue peleado y discutido por todos los críticos de su época. Hizo que el Don Juan de Moliere lo hiciera un enano. Se asustaban con él por inclasificable y porque su erudición nunca tuvo límites. María Moreno y la Banegas recopilan estos textos con minuciosidad. Moreno escribe: “A Ure le interesa el teatro como industria cultural y como ritual antropológico”. No puede ser mejor. Alberto nunca le tuvo miedo a las comisarías ni capillas artísticas. Pepe Marrone entremezclado con Strindberg, Lacan con Olmedo, Los Twist con Dorrego. Sin miedo a pensar y a jugar. En un párrafo dice algo así: “Se vive, se desea y se muere”. No pudo escapar como hombre lúcido a encontrar conexiones en su entramado familiar con los grandes temas

porque todo vive en todos lados. ¡Ah! Fue de los primeros que quiso negarse a pagar la malamente heredada deuda externa... ¡Qué hermoso bufo! *Sacate la careta* es un nuevo norte argentino.

Archivo personal

No iba uno ahora a discutir con hombres ratas y pésimas actrices sicopáticas. Alguien comentó, al pasar la otra tarde en el medio de la grabación de una música, que un programa de panelistas arrebatados y de pésimo hablar se parecía a la cámara de los comunes en Inglaterra. ¡Que había un minuto para hablar y ya! ¡Que venga el próximo! Claro, todos esos ingleses estaban allí por el voto popular discutiendo cuestiones de estado que afectaban el bien común. Nuestros panelistas

vernáculos aplicaban la ley del “Hablemos sin saber” o el “Hablemos sin probar” o el “Hablemos del mentir”. Gran defecto de la época: en la era del periodista, este se siente con poder de interpelar a los poderes o a lo que sea de igual a igual. Siempre me pregunté: ¿cuándo apareció la pasión por informar? “Es nuestro deber informar”. Es imposible no ver un policía en los rostros de muchos de ellos. ¿De qué me querés informar? ¿De tu confusión? ¿De los asesinatos en el gran Buenos Aires? ¿De que cualquier chantapufi que se sienta delante un micrófono con cierta astucia se llena los bolsillos de dinero fácil? ¿De la transvalorización de todos los valores? Perdón, ya lo anunció hacia finales del siglo XIX don Nietzsche.

En una clara hipertrofia del enamoramiento de Narciso antes de la caída al lago, el periodismo se embriaga en su propia imagen y no hace más que destilar ceguera y sobre todo, ahogarse. ¡Ja!

Cigarro con Euge en la terraza. Mucho frío y vuelta al trabajo con el sol bien arriba.

19 de julio

Horacio Rodríguez Larreta se impone a Martín Lousteau en CABA y gana la intendencia de la ciudad de Buenos Aires para el PRO.

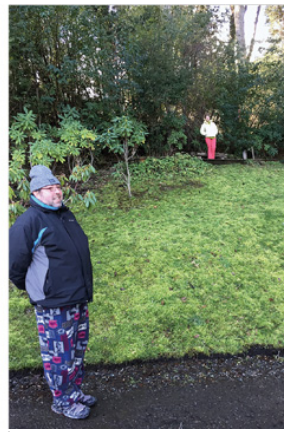
La obsesión de la casta política por sacarse de encima a Cristina y el odio desplegado por los medios de comunicación opositores, en el mismo sentido, me recordaba ineludiblemente al odio de aquel medio país que odió a Eva Duarte de Perón, contado excepcionalmente por Alicia Dujovne Ortiz en *Eva Perón, la biografía* a tal punto que algunos malnacidos vejaron su cuerpo embalsamado en un tramo del trayecto del cadáver hasta su morada final en la Recolecta. Había algo allí del orden de lo macabro que a algunos argentinos les sentaba muy bien.

22 de julio

Se cierran las sesiones de grabación de *El bosque encantado*. Diego mezcla las últimas músicas. Una de ellas, muy sentimental. La familia.

Euge, Ale y yo salimos a caminar por el borde del lago hasta el Muelle de Piedra. Arribamos a una vista lisérgica de aquel paraje. Montañas sobre montañas. El lago de aguas cristalinas espejando el cielo. Los arrayanes naranjas con manchitas blancas. Arrayanes con pieles de bambis. Una explosión de colores verdes, azules y rojos en extrañas perspectivas se deshace ante nosotros. La naturaleza era la madre.

Habían pasado tardes de búsqueda de sonidos, armonías, ritmos. No habían habido textos. No era la primera vez que sucedía aquello pero resultaba que cada vez se me hacía más agradable aquella sensación de la ausencia de palabras. Quedarán en mi recuerdo las cenas todos juntos en la cocina, el concierto de Marta Argerich desde el CCK acompañada por Luis Bacalov, extraordinario compositor argentino radicado en Italia, las charlas con mi hija Margarita y su abuela, las pastas y las salsas de Sonia, la presencia angélica de María Eugenia, su amor y compañía irremplazable, extrañar a mi hijo Martín que pasaba su temporada anual de veranito español en casa de sus abuelos en Entrepinos, y las noches con Ale y Diego escuchando los *outtakes* de *Rock'N'roll* de Lennon producidos por Phil Spector o la sesión en vivo de Led Zeppelin en la BBC allá por comienzos de los años 70, y las birras heladas metidas bajo el hielo patagónico, que enfría mejor que la última versión de los heladeras de los frigoríficos industriales.



Archivo personal

24 de julio

La banda vuelve a reencontrarse en Río Cuarto. Parecemos una familia. Somos una familia. Vuelven las bromas, los ritos en los camarines, las miradas cruzadas en el escenario, el tembladeral de mis nervios cuando los noto demasiado relajados después de tanto tiempo inactivos. Parece que soy bastante temerario. Me lo hacen saber una vez que tomaron la tercera o cuarta copa después del concierto. A mí me tiene sin cuidado. Conozco la raíz del mal. Aquello no tiene que ver con eso. Además me

gusta cargar esa fama. Toda la gente que me gusta es o ha sido bastante parecida. Gente de carácter. Al mundo le gusta emparejar para abajo. A mí no. Por eso no caigo bien en infinidad de ámbitos.

Facundo Freile

28 de julio

Es el segundo día de ensayo en el CCK. Tiene una acústica perfecta. Todo transcurre de mil maravillas. La Kashmir orchestra a cargo de Pato Villarejo está interpretando arreglos de Gerardo Gandini, Carlos Villavicencio y Leo Sujatovich revisados por Mariano Otero a las mil maravillas. El repertorio es bien variopinto. “Te recuerdo Amanda” de Jara, “Construcción” de Buarque, “Viento dile a la lluvia” de Nebbia, “Desarma y sangra” de García, algunas mías. Divertido, Ale enmarca todo el escenario de madera clara con cinta fosforescente naranja como si fuera un show de rock and roll. Nos reímos y la quitamos.

Archivo personal

29 de julio

Conciertazo en el CCK. Páez en América. Una de las noches más hermosas que viví con la música. Quien quiera testimoniarse puede revisar los videos en YouTube. No intenten ser pícaros. Todo es subjetivo.

Kayraweb

Anexo

(sobre el nombre del concierto)

En el 2014 fui invitado a realizar un concierto dentro del marco del festival de cámara Leo Brouwer en La Habana. Leo siempre me recordaba su vínculo fraternal con Gerardo Gandini, con quien los dos habíamos compartido muchas experiencias musicales a través de muchos años. Entonces le recordé que junto a Gerardo habíamos realizado un álbum y una *tournée* a la que titulamos *Moda y pueblo*, que encajaba perfecto con este formato. También le conté de la experiencia con otros dos arregladores argentinos extraordinarios: Leo Sujatovich y Carlos Villavicencio. Entonces hablé con mi amigo Mariano Otero, compositor y arreglador, nacido en el barrio de Avellaneda, tierra de guapos y malandras de genio, y le encomendé la tarea de recopilar todos los arreglos. Muchos de ellos realizados para formaciones más grandes y adaptarlos a la orquesta que nos brindaba Leo en La Habana. Así llegamos a brindar junto a la Orquesta de Cámara de La Habana, dirigida por la extraordinaria Diana García un concierto, que los que participamos en él, no olvidaremos nunca.

Leo Brouwer abrió el concierto dirigiendo “La vida” de Silvio Rodríguez y cerró con “El breve espacio en que no estás” de Pablo Milanés. En el medio de aquella *performance* comencé a balbucear algunas palabras, tomado por la emoción de aquel momento y dije algo así como: “estas son canciones surgidas de la máquina moderna y delirante de América durante el siglo

veinte". Y, sin haberlo pensado, esas palabras improvisadas sobre aquella tela cancionística nombraban a parte de la historia de la música popular americana. Allí estaban Charly García, Hugo Fattoruso, Cátulo Castillo, Aníbal Troilo, Chico Buarque, Víctor Jara, Luis Alberto Spinetta, Antonio Carlos Jobim, Pablo Milanés, Jorge Drexler, Carlos Gardel, Chabuca Granda, Gilberto Gil, Atahualpa Yupanqui, Litto Nebbia, Silvio Rodríguez, Agustín Lara, Caetano Veloso, Violeta Parra entre tantos más y algunas propias. Durante los conciertos en los EE.UU. a piano solo incorporé otros autores. Entonces el concepto "en América" surgió como una flor, abierto y resplandeciente: América era muy grande y no era el espacio que algunos nada zonzos solo nombran como EE.UU.

América somos, fueron y seremos todos los que vivimos aquí en su norte, centro y sur del continente. Fue uno de los grandes focos inventivos en el terreno de la música popular del siglo veinte y esa había sido mi comida. Ahora iba a tener el placer de volver a compartir esas gemas de este rincón del mundo con un montón de gente y podríamos nombrar a su lista de temas como infinita porque es un camino que solo abre a otros y termina transformándose en un árbol de pasión y libertad del que me siento muy orgulloso de ser parte.

Anexo de anexo

¿Por qué no aparecen nuevos artistas populares convocantes? ¿No hay talentos nuevos? La respuesta con mayúscula es SÍ. Sí, hay talentos nuevos. Muchísimos.

Ahora: la palabra convocante invita a la reflexión.

Aquí va una teoría doméstica.

Los artistas populares durante las dictaduras militares en América cumplieron un rol extra musical. Fueron chamanes que en la oscuridad revelaban cuestiones ocultas para una gran mayoría. Así se fue generando una tribu clandestina y silenciosa que comenzó a ser visibilizada hacia fines de los años 70 en todo el continente. La aparición de la Trova Cubana con Pablo Milanés y Silvio Rodríguez a la cabeza. La irrupción de Chico Buarque, Caetano Veloso y Gilberto Gil en Brasil. El canto de Mercedes Sosa y su pléyade de autores. El surgimiento de la nueva máquina de invención argentina con Litto Nebbia, Luis Alberto Spinetta y

Charly García. Ellos y muchos más formaban parte de un universo cultural que no apoyaba los asesinatos en masa fuera de la ley y la instalación de las políticas económicas liberales de los EE.UU. en tierra propia. Eran artistas vinculados a las izquierdas internacionales, al cristianismo y al desparpajo. Entre la lucha armada, la vida intelectual y la lisergia se creó una fuerza de resistencia que a su vez generó estéticas sólidas y originales.

Aún hoy esas estéticas, sin quererlo, le dan pelea a las impuestas por un mercado que intenta pasteurizar y aniquilar especificidades y fuerzas salvajes de la naturaleza. La única legible y real revolución fue la tecnológica que aconteció casi en paralelo a la caída de las dictaduras cívico-militares en todo el continente. El vinilo por el CD, el CD por el mp3 entre los 90 y el 2000 y la red internética de allí en adelante. El talento joven está pululando por las redes. Las compañías no tienen tiempo ni audacia para tanta demanda artística. La libertad también se trataba de esto. La red es la libertad. ¡Qué paradoja! Entonces los chamanes artistas trovadores del mundo que nos contaban al oído lo que no se podía decir desaparecen porque hoy todo se puede decir. Pero, repito, dejando en su desaparición tectónica una estela esplendorosa que es un espacio poblado de maravillas estéticas y emocionales que también marcan un camino de nobleza y genio que las nuevas generaciones están casi obligadas a no dejarlas en el olvido si quieren sobrevivir al riesgo automático de su propia desaparición en el océano de la velocidad.

01 de agosto

Llegamos a Ciudad Juárez al festival FICH 2015. Y los cuentos de Paco Taibo a través de mi amigo Matías Gueilburt aún resonaban calientes en los oídos. Todas esas mujeres asesinadas, durante todo este tiempo. Tantos periodistas asesinados intentando deshollar los porqués. Como si los hubiera. El problema de estos casos es que este tipo de macabrismos comienzan a hacerse cotidianos cuando suceden día a día y lo peor es que te embarcás en la búsqueda de una lógica o un sentido a una atrocidad mayúscula que jamás la tuvo ni la tendrá, o sí, si ponías a la raza humana en perspectiva. Trata de blancas, tráfico de órganos, prostitución de frontera, trabajo esclavo para el narcotráfico. Te uso, te tiro, te mato. En fin, Ciudad Juárez también es una ciudad caliente

donde los niños van a la escuela y se canta el himno cuando empiezan las clases y las familias se abrazan cuando nacen los hijos. Y pasa de todo como en cualquier rincón de la tierra.

Hacemos un gran concierto en un predio al aire libre con la banda a pleno y un público cariñoso y juguetón a la hora de participar cantando y bailando en el show.

Volvemos al hotel y cenamos con Avalis unas chuletas de arrachera con papas fritas y cervezas. Se arma el *after*. Llegan todos los miembros de la *crew*. Se cuentan anécdotas. Se bebe, se fuma y casi como en un cuento, quedo solo sentado frente a aquella piscina bastante subido de tono por las cervezas. De pronto, de entre las matas que respiraban a mis espaldas, aparecen dos muchachos que habían estado en el concierto. Charlamos un rato y los invito a mi habitación a escuchar música y seguir la noche.

El *room service* había cerrado. Solo quedaban 6 cervezas en el frigo bar y una botella de Johnny negro recién abierta.

Pasan dos horas. De pronto suena el teléfono de uno de los muchachos. Entonces los dos se alborotan y salen corriendo hacia el *lobby* del hotel a recibir a quien llamaremos El Duque y me dejan de pago. No sin sorpresa veo lo que veo cuando atraviesan la puerta a su vuelta.

El Duque vestía todo tejano sin sombrero pero con unas botas negras y una camisa imponente con bordados blancos, dorados y escarlatas. A su lado una rubia, tapa de *Penthouse*, lo abrazaba y lo besaba en el cuello mientras se servía whisky de la mesa sin hielo. Él se recostó sobre el sillón frente mío y preguntó: "¿y tú quién eres, de dónde vienes y cuánto quieres?". Vamos a líneas de diálogo. Él será D. y yo seré R.

R.: Es que tus amigos…

D.: Estos cohates… –los mira con indisimulable mal humor– No son mis amigos.

R.: Bueno, tú sabes…

D.: ¿Qué es lo que debería saber? ¡Ah…! ¿Tú quieres esto? –y tira una bolsa con un montón de cocaína sobre la mesa– ¡Pues arma y convida! –me dice con tono imperativo.

R.: No sé si estamos hablando del mismo negocio don Duque –le digo algo desconcertado–. Estábamos pasando el rato…

Golpeando la mesa y haciendo temblar todo lo que había en ella, el Duque arremete.

D.: ¡Pero para qué coño me llamaron estos dos pendejos de su puta madre… Tengo toda una noche esperándome allí afuera!

Los pibes se miraban como Beavis and Butthead entre pícaros y nerviosos.

R.: ¡Tranquilo, vaquero! –sugiero, con una absoluta falta de tacto y con los hervores del alcohol en sangre, tratando a aquel salvaje desconocido de casi dos metros de alto y la cara poceada de una antigua viruela como a un viejo amigo a quien uno no ve hace algún tiempo.

D.: ¡Cabrón de la chingada, mira que has resultado gracioso! –don Duque se golpeaba la rodilla y se pasaba la mano por la frente sudada–. ¿Eres argentino, correcto?

R: Sí, argentino hasta la muerte.

Esa sí que había sido una frase desafortunada.

D.: ¿Argentina...? ¡Maradona! –sentencia el Duque con precisión quirúrgica.

R.: Maradona y Borges y Charly y los indios y la patria financiera y la birome y el choripán y mi abuela… ¡y la reputísima que los remil parió también! –dije muy animado entre gritos actuando un hombre ofuscado intentando una gracia.

El Duque quedó paralizado ante tamaña respuesta.

D.: No conozco a nadie de quien me hablas, ni nadie me ha hablado en ese tono en su puta vida… ¡Pero sí conozco esto! –y saca un facón de su cinto y me lo pone en el cuello.

D.: ¿Decías argentino…?

Mientras el orín comenzaba a bajar por mis pantalones mi lucidez reaparece íntegra, perfecta, impoluta. Don Duque quita el filoso facón de mi yugular y se vuelve a recostar en el sillón sin quitarme los ojos de encima.

La rubia cruzaba y descruzaba de piernas. Bebía. Revisaba su teléfono. Escribía. Buscaba hielo en la heladera. Hacía un montón de actividades de manera muy intensa solo que no hablaba. ¿Sería muda?

D.: Son doscientos dólares.

R.: Cuando venga a mi casa en Buenos Aires gastaremos en Luigi Bosca mucho más que este dinero y serán muchas botellas… –mi voz temblorosa, casi inaudible, se disolvía en el aire enrarecido por la locura omnipresente que imponía nuestro amigo Duque…– Y le presentaré a unos amigos bien simpáticos y andaremos la ciudad por los lugares donde la gente aún sigue viva en aquel cementerio…

El sudor bajaba por mi frente a mucha velocidad.

A don Duque ya le comenzaban los problemas con el habla y parecían junto a su novia dos muditos. Muy intensos pero mudos al fin.

Se genera un largo silencio. Yo tomo noción de la gravedad del caso. Los cohates vivían atolondrados dentro en sus cerebros y don Duque y chica Penthouse eran Laura Dern y Nicolas Cage en *Wild at Heart* pero recontraduros y entrados en años.

Archivo personal

Con ese envión que produce el deseo de expresión cuando la cocaína ingerida ha sido mucha, finalmente don Duque toma fuerzas desde atrás, se da coraje, intenta organizar la motricidad de sus labios y su lengua, y sin llegar a decir una sola palabra se saca detrás del pantalón una Smith and Wesson y la golpea sobre la mesa. Era un hombre de golpes.

Comienzo a llamar a Belén, mi mánager. Que eran doscientos dólares. Y el silencio se hizo grande. Quería a ese hombre fuera de mi habitación. Todos volvimos a quedar mudos por diferentes motivos.

Estos dos llegaron entre las matas, se bebieron mi whisky y mi cerveza, y llamaron al Duque. ¡Nadie les había pedido nada! Seguro que ellos querían esnifar y los muy canallas no tenían un duro. “Fito le compra dos, mínimo”, habrán pensado. Nada más lejos aquella noche. Sin embargo ahí estaba yo frente a un asesino que me miraba con ojos de hielo y una bolsa con no menos de veinte gramos de cocaína pura sobre la mesa. Por fin don Duque pudo articular el lenguaje y pasando un dedo por la montaña blanca y llevándoselo a las encías me habló con la voz de un dios.

D.: ¿Has recorrido Ciudad Juárez de noche? ¿Has visto cuerpos colgando de un puente? ¿Quieres que cuelgue uno para ti para ver cómo se siente? ¿Te han hundido la cabeza en un balde de estiércol de buey por haber intentado hacerte el listo? ¿Has abierto un cuerpo con un cuchillo a las dos de la mañana para robarle el hígado a un hijo de su chingada…? ¿Paseamos con mi auto y mi rubia por la colectora…?

En eso llama Belén a la puerta y me pasa los doscientos dólares. Ve

la imagen por la puerta entreabierta. Al texano, su puta, los dos tarados y mi rostro draculeano.

Los tomo, le cierro y los pongo sobre la mesa.

Antes de irse don Duque mete su uña de plata en lo que había en la mesa y se chuta una buena cantidad con dos quetos por la nariz. Me mira con desprecio. Abre la puerta y sale. Su rubia hablaba un idioma desconocido con alguien en el teléfono. Los cohates salen detrás de él. Cierro la puerta.

Soy gato, una vida menos.

03 de agosto

Rueda de prensa con Paulinho Moska en DF.

Archivo personal

05 de agosto

Muere Juana Bignozzi. La más alta poeta comunista argentina. Me emborracho a su salud.

Archivo personal

09 de agosto

Ya de regreso en Buenos Aires nos sentamos, pizzas de Sonia de por medio, con Martín Rodríguez y Euge a ver el resultado de las elecciones primarias en la Argentina. Scioli, el candidato del FPV sacó el 38%. Menos de lo esperado por varias encuestadoras. Macri el candidato del PRO, la nueva derecha argentina, obtiene un piso alto, 30%, y el tercer candidato, Massa del Frente Renovador, un importante 20%. Llamativo porque todas las circunstancias obligaban a este candidato a bajarse de las elecciones. La vida te da sorpresas. Las cosas comenzaban a moverse otra vez en nuestro barrio.

Archivo personal

13 de agosto

Neuquén. Tocamos por fin, después de haber suspendido hacía unos meses por las cenizas volcánicas. Siempre es un placer volver a la

formación eléctrica. Pero las bandas son las personas así como las ciudades sin sus habitantes serían solo formas vacías en el espacio. Aunque también existe y por doquier el rubro "gente vacía". La cuestión es que en los conciertos de banda todos sus integrantes llevamos lo que hacemos hasta donde se puede. Y en este caso es mucho. Para mí, al menos, siempre es el último concierto. ¿Qué es eso de guardar para mañana? Mañana veremos. Gran concierto neuquino entonces.

Cenamos en el restaurante del hotel una buena carne argentina regada con vino patagónico. Subimos a la habitación con Mariano y escuchamos todo el material que había grabado en Villa La Angostura. Él podría orquestarlo. Después escuchamos su pieza "Rebel" que me excita como pocas músicas y paseamos por el YouTube un largo rato. Nos dieron muchas ganas de hablar. Y hablamos y hablamos y hablamos, y alguien subió a la habitación y charló con nosotros sobre cosas que no recuerdo. Solo recuerdo un rostro, no sé si de hombre o mujer. Posiblemente hayan sido un hombre y una mujer. En fin, las ideas fueron aplacándose con el pasar de las horas. Hasta que surgió un nuevo conejo a quien correr.

"Nunca entendí el movimiento de los contrabajos sobre el final del adagietto de Mahler", le solté excitado como un hombre con cabeza nueva a Mr. Otero mientras la luz del sol nos obligaba a bajar la persiana para poder continuar nuestra misa negra. Esa obra, ese templo a la melancolía, siempre me impactó desde que la escuché con atención por primera vez. Algo había perdido para siempre ese hombre y quería dejar un registro sobre esa inmensa pérdida. Mariano tomó mi Mac y googleó una versión de la partitura original y me tuvo casi una hora solfeando los últimos sesenta y cuatro compases, que era donde estaba mi dificultad, hasta que mi castigado cerebro por fin comprendió. Que el acento sobre un avance clave de los contrabajos y que generaban un claro clima de incertidumbre y flotación en el espíritu de la obra estaba escrito sobre el segundo tiempo de un compás de cuatro y no sobre el primero, que era lo que hubiera indicado la lógica. Subimos al micro a la diez de la mañana mascullando entre líneas palabras incomprensibles. Nos sentamos uno al lado del otro y emprendimos juntos, sin movernos de nuestros asientos, la odisea de ocho horas a la ciudad de San Carlos de Bariloche fumando infinidad de cigarrillos y bebiendo litros de cerveza fría. Allí había vivido un gran amor.

15 de agosto

Conciertazo en Bariloche al aire libre en el Centro Cívico.

Samanta Contín

20 de agosto

Presentamos *Locura total* en Buenos Aires en rueda de prensa. Agotadoras, como todas las ruedas de prensa. El adicional aquí era que teníamos que dar un miniconcierto. Guido Adler fotografió toda la velada. Hablamos con el BB Contepomi, simpático y excitado como siempre, varios medios internacionales y una larga entrevista con revista *Gente*.

Jorgela Argañaras, Macarena y Belén Amarante y María Fernanda Barrero eran las hadas madrinas que llevaban a todo el mundo de aquí para allá.

Siempre rodeado de mujeres. Ellas especialmente me quieren y yo a ellas. Me resuelven todos los inconvenientes que uno pueda llegar a imaginar y los que no también. Guerrilleras de la eficiencia y la calidez. Se bancan mis desplantes y mis calzones sucios. Mis malos humores y mis caprichos más innecesarios.

También son muy buenas escondiéndome, planeando giras y buscando los mejores hoteles para todo el equipo y mediando entre conflictos de machos bravos, ayudando a disolverlos. Reinas del amor y la alegría.

Me dolería mucho que el tiempo pase y no arribara a buen puerto con alguna de ellas.

Cantamos seis canciones con Paulinho y mi banda. Impecable. Mezclamos, como era la idea original de Afo, castellano y portugués en

un balance minucioso. La banda tenía la capacidad de abordar cualquier repertorio. La música son notitas en una partitura. Lenguaje.

Funcionó.

Guido Adler

Guido Adler

23 de agosto

Me dijeron Piedrabuena, Santa Cruz. Pregunté qué era. Me dijeron la fiesta del pueblo. Pregunté qué tan lejos de Río Gallegos estaba. Me dijeron dos horas.

Ok. Lo hacemos.

Era incómodo, estaba cansado después de todo el trajín del año. Solo me entusiasmó que Eugenia me acompañaría. Iba a poder mostrarles los efectos de los vientos del sur. No era lo único que iba a poder mostrarle. Después de cuatro horas de viaje, no dos como me habían dicho, llegamos a aquel paraje sureño. Parecía una kermesse adentro de un estadio de básquet. Había tufo a kirchnerismo rancio. Nadie escuchaba a nadie, todo el mundo hablaba sin cesar. Podría haber estado yo o el gorila Maguila, hubiera dado lo mismo. Nadie quería festejar nada. Parecía todo un gran acto para nada. Subí pensando en domar a aquella turba. Allí estaba yo haciendo mis monerías delante de unas gentes a quienes no les interesaba nada lo que estuviera haciendo cualquiera allí arriba. Es muy frustrante para un artista de variedades no poder ejercer su arte por el barullo y el desinterés de los demás. No importa la calidad ni el *status quo* del auditorio, ya sea un estadio de básquet o el Royal Albert Hall, ni la cantidad de gente que se encuentre allí. Uno quiere encontrarse en una celebración. Cuando aquello no sucede no está pasando nada. Comencé a intentar estrategias. Canté a capela, lo que era igual que enfrentarse a una jauría de perros salvajes con una pistola de agua. Los prepotée. Toqué el piano *pianissimo*, *fortissimo*, me paré. Los miré sin decir palabra, tiré un vaso de agua delante del piano, me quedé de espaldas un largo rato. Hasta que después de una hora finalmente lograron malhumorarme y me retiré indignado a mis aposentos en el hotel. Que a todo esto se encontraba vacío. Toti, mi edecán inseparable, y Euge intentaban argumentar en favor del frío, que “nunca viene nadie”, que “estaban tan excitados que no podían parar de hablar”. En fin, pésimos argumentos. Yo sabía que todo eso había sido un despropósito y allí estábamos a punto de cenar una carne cocinada por Toti.

Primera curiosidad: ¿qué hacía Toti cocinando? Segunda curiosidad: ¿qué clase de vaca sobrevive a estos fríos imposibles y milenarios? Tanto Euge como Toti me hablaron de carne de lomo mientras disparaban miradas cómplices. Pensé: la traerán desde Río Gallegos. Alguien debe comer carne, incluso aquí. Ok.

Aquello que Toti trajo en una bandeja era una bola de nervios y grasa de guanaco. Aquel animal que escupe saliva y puede soportar

tremendas condiciones climáticas para sobrevivir. Entonces, todos aquellos kilómetros, todo aquel malhumor, todo aquel esfuerzo terminó coronado con un lomo de guanaco que parecía más un bofe de carne blanca podrida de algún gerontosaurio que una comida.

17 de septiembre

Terminamos el trabajo de prensa con Paulinho entre San Pablo y Río de Janeiro.
Me asombra cuánto conocen la música popular argentina los periodistas brasileros.

Firmo un contrato editorial con Peer Music a través de Skype.

Son excelentes noticias. Festejamos en mi habitación en el Copacabana Palace con Belén y Jorgela, otra de mis hermanas amadas.

"¡Cuántas hermanas amadas!", me dice Alina.

"Sí", le devuelvo. "Son muchas…".

Alina se enoja.

De todas mis hermanas amadas la única que se enoja es Alina.

Archivo personal

Archivo personal

18 de septiembre

Regresamos a Buenos Aires. Mis hijos y Eugenia me esperan en la casa plenos de abrazos y amor. No hacía falta nada más.

21 de septiembre

Me invita Andy Kusnetzoff a su programa. Voy con Euge y mi hijo Martín, a anunciar el *tour* de *Giros, 30 años*. Siempre me cayó bien Andy. Hablamos sobre los dorados años 80 y nos derramamos en anécdotas. Que Charly, que Fede Moura, que los Twist, que Soda, que el Einstein, que Luca, que el Parakultural, que La esquina del Sol, que Rosario, que Fabi, que Buenos Aires, que el tango, el folklore, el rock, la política, etc.

Volvemos a la radio.

Archivo personal

De pronto veo los ojos negros y profundos de mi Martín mirándome. Escuchando parte de la historia de su padre contándosela a un colega de la radio. Y volví a descubrir su punto de vista. Su padre era un hombre reconocido popularmente. Querido y despreciado. Y para él, ese era el padre que le había tocado. Y otra vez también me volvía a dar cuenta de cuánto lo amaba. Y del orgullo que me daba estar allí, hablándole a un montón de desconocidos a través del éter, junto a mi hijo, y saber que el destinatario final y total de aquella charla cálida y divertida, tomándonos unos vinos con Andy, era él. Quien me estaba enseñando todavía a hacerme hombre cada día. Cada día o noche que

me invitaba a ver uno de sus nuevos cuadros, siempre iba con el corazón en la boca porque desde muy chiquito demostró estar en dominio de una gran fuerza pictórica. De una poderosa garra expresiva que no necesitaba sentidos ni técnicas para emocionar. Parecía un pequeño Basquiat con su piyamita, descalzo corriendo por la casa cuando apenas había cumplido ocho años. Mixturando materiales, inventándolos, jugando a las formas. Y de eso se trataba todo. Yo tuve la suerte de verlo crecer y estimularlo y estimularme en esa búsqueda que libera y hace bien. Por eso Martín es un espejo donde verme de todas las maneras posibles. Él y Margarita me enseñan la libertad. Cada día un poco mas de esa materia tan ilegible pero tan real. Y entonces allí, en el medio de aquel programa de radio tuve un desmesurado ataque de amor, que me arrancó lágrimas y que no podía dejar de contar en este diario.

Nada más fuerte en esta vida que los hijos. No cambio un segundo de inspiración por estar un segundo más con ellos. A Martín también le cae bien Andy. Entonces allí estábamos.

Esa tarde me había escrito por wapp mi amiga Celeste Cid. Charlamos sobre nuestros hijos y bromeamos. Sobre el final de la charla recuerdo que le dije que lo único que me importaba era el amor. Ella respondió que a ella también.

Anexo

SOBRE ALEJANDRO URDAPILLETA

Urda era el más salvaje de todos. “¡Qué ganas de comerme una buena poronga!”, resuena aún su vozarrón a través del tiempo mientras se le iluminaba el rostro de materias pecaminosas y sus manos se extendían revolviendo el aire a lo ancho de su espacio circundante.

Escritor soberbio, nos regaló muchos poemas y piezas de teatro que se convertirán en clásicos argentinos contemporáneos. Hermano menor de Gasalla y Copi pero también de Niní Marshall y Lord Byron. Anoche, hubiera tirado al piso su propio ataúd, fantaseábamos algunos colegas y amigos mientras recordábamos tantos momentos delirantes vividos en común durante más de treinta años. Era un rey díscolo. Un hombre perdido en sus infinitos huracanes. Y prodigaba belleza durante las formaciones eólicas de su espíritu que nunca cesó de ir y venir de una orilla a la otra, entre la lucidez y el absurdo. Lo vamos a extrañar mucho

y como bien dijo nuestra salteña más hermosa, Lucrecia Martel, el mundo ya nunca brillará como antes.

23 de septiembre

Me convocan para hacer un programa especial para radio Vorterix en la Biblioteca Nacional. Había que recorrer la nueva audioteca, que recién comenzaba a organizarse, y elegir algunos álbumes. Escucharlos y comentarlos con el público en la sala Jorge Luis Borges. Casi un anexo de mi casa por la cantidad de veces que he estado allí en los últimos diez años, tanto en calidad de músico como de orador u oyente. ¡Cómo te vamos a extrañar, querido Horacio, en esta casa de todos!

Se puede calificar la obra de Horacio González como monumental por el arco de expresiones culturales que se han desarrollado y expuesto en este espacio. Sin contar las publicaciones musicales, literarias y la creación del Museo del Libro. Veremos qué harán los próximos. Ojalá tengan como objetivo ennoblecer ese insigne lugar e irse aplaudidos y amados por los trabajadores de todas las áreas de la Biblioteca, como le sucedió a Horacio González.

En fin, paseo por la audioteca, elijo algunos exotismos como una grabación que no conocía de Gerardo Gandini interpretando junto a un clarinetista a un compositor francés de mediados de siglo pasado y "Yendo de la cama al living" de Charly García entre tantos. *La biblia* de Vox Dei, un álbum con joyas del tango cantadas por Julio Sosa, el varón del tango, etc. Fue una experiencia hermosa. Había un piano y un micrófono, y en algunas oportunidades pude acompañar o improvisar sobre las versiones grabadas interactuando con el público también.

Fue imposible no recordar a mi hija Margarita tocando ese mismo piano todos los fines de año durante las presentaciones del alumnado de Violeta de Gainza, su y mi maestra. La tarde cuando hablé de *La la la* en el ciclo sobre Luis Alberto Spinetta. La confusión y la conmoción con la que llegué a aquel espacio a hablar de mi amigo, increíblemente, para mí, muerto. Cuando todos escuchamos "Grisel" en silencio y a oscuras después de una larga parrafada improvisada sobre cómo Luis

me había dictado de espaldas casi la totalidad de los arreglos. Recordaba su voz dándome indicaciones que yo reproducía con el Emulator sin jamás darme vuelta en el curso de las casi tres horas que duró aquella extraordinaria sesión de grabación en el estudio 2 de ION. El concierto que le regalamos a la Biblioteca junto a Gerardo Gandini y un octeto de músicos excepcionales en la búsqueda de lo que después fue *Moda y pueblo*. El texto que leí en la presentación del libro sobre el judaísmo de Abrasha Rotemberg, un hombre a quien amo, padre putativo y pigmaleón permanente. El homenaje *post mortem* a Gerardo Gandini. El velorio de Fogwill, al cual no asistí porque no me encontraba en el país en aquel momento, pero un hecho inolvidable para el país. La muestra de Fernando Rubio sobre Oliverio Girondo. Las noches con Fernando y mi hijo Martín pintando durante aquellas veladas mientras yo musicalizaba algunos versos del poeta argentino más modernista. La presentación de *La puta diabla* junto a Martín Rodríguez, Francisco Garamona y el propio González en la sala Jorge Luis Borges mientras en otro salón Beatriz Sarlo recibía el Premio Pluma de Honor, con el que también habían sido condecorados Santiago Kovadloff y Bartolomé Mitre, entre otros pocos. Curiosa coincidencia.

28 de septiembre

Refugio Monteagudo.

Una tarde, viendo *El diario* de C5N, Julia Mengolini anuncia un informe sobre el Refugio Monteagudo. Julia es una periodista de renombre en el mundo de jóvenes K. Habíamos sido novios algún tiempo y cuando quería verla un ratito prendía la tele en el medio de alguna actividad. Justo ella daba el pie para este informe que me conmovió mucho.

Allí en el barrio de Parque Patricios, muy cerca del elegantísimo estadio de fútbol del club Huracán, se levanta un espacio muy especial. El Refugio Monteagudo. Personas en estado de indigencia casi total, después de algunas preguntas de rigor, podían acceder a una cama, un desayuno, medicinas, tratamiento médico, asistencia psicológica y amor. Porque toda esta experiencia del Refugio Monteagudo se trata del amor.

Horacio Ávila, hombre de cincuenta años, había vivido en la calle y había conseguido organizar aquel lugar en base a mucho esfuerzo, personalidad y toneladas de amor. Hablamos de la UCEP, la

organización policial creada por el primer gobierno de Maurizio Macri para echar a golpes y patadas a los indigentes que vivían en la calle o en casas tomadas sin ninguna negociación previa. Ninguna organización política sostenía al Monteagudo y estaban sobreviviendo de manera urgente un montón de personas que de no ser por ese espacio estarían viviendo en la calle. Eran parte del efecto Pilatos de la sociedad argentina. Estaban, están, sobreviviendo a la vera de ellos mismos. Gran frase del RM: “La calle no es un buen lugar para vivir, menos para morir. Basta de represión”. Le pido el tel de los muchachos a Julia y me lo averigua en cinco minutos.

LALLE NO
UN LUGAR
RA VIVIR
NOS PARA MORIR
BASTA DE
REPRESIÓN

Archivo personal

A las dos semanas llegué con el piano eléctrico a pilas de mi hija Margarita a aquel refugio de dios. Es imposible describir el amor, el agradecimiento y los cientos de emociones que me transmitieron cada una de las personas con las que me crucé aquella tarde noche. El amor, el desinterés, la solidaridad; estaban vivos en el medio de la jungla de acero y vanidades que es Buenos Aires. Canté muchas canciones y un grupo de ellos compuso una canción para la ocasión. Después tocamos un rato juntos y nos abrazamos con todos y cada uno de las muchachas

y muchachos que llenaban el refugio. Comimos pizza casera y volví a mi casa sabiendo muy adentro de mi corazón que aquella frase de Lennon era cierta: “El dinero no puede comprarte amor”.

30 de septiembre

Margarita debuta en el Luna Park invitada por Tan Biónica, su grupo favorito. Hace una mágica introducción de piano solo a “La melodía de dios” y entramos con Chano a cantar en puntas de pies. Después versionamos los tres juntos “Mariposa Tecknicolor”. Su madre, Romina Richi, con su actual pareja, Walter Abud, su hermana Valentina, su abuela Sudevi y su tío Juanma Cabrera nos salíamos del orgullo.

Archivo personal

¡Margarita en el Luna Park!

Es inevidiv recordar cómo me temblaban las piernas en mi primer Luna Park tocando los teclados con García en aquel *Modern clics* y

compararme con ella. Margarita relajada y perfecta hoy, y yo, en aquel cálido diciembre del 83, nervioso e inseguro. El gen de mi madre, Margarita Ávalos de Páez, genial pianista, había saltado una generación y había llegado al espíritu y a las manos de esta niña, a contarnos que la genética hace su tarea. Igual, no podía negar mi suerte. Sin ese genio margaritiano original había hecho algunas canciones emocionantes. Marguie y Chano estaban cantando una de ellas, “Mariposa Tecknicolor”.

Guido Adler

Anexo

ALGO SOBRE MARIPOSA TECKNICOLOR

En el verano del 94 me encontraba descansando en una quinta en Pilar junto a Cecilia Roth, mi pareja de aquel momento. Había sido un año de actividad arrolladora y la gente aquí en la Argentina me había dado un pase. Casi un *all access*. Estas cosas son muy delicadas y nunca hay que tomárselas demasiado en serio porque es el camino directo que te lleva a transformarte en un idiota, si es que ya no lo eres.

Una tarde con las patas en la piscina siento que ya estaba. Que ya no había más. Que la inspiración no volvería. Después de un gran viaje en globo a mucha altura con la gente allí chiquita a tus

pies nada vuelve a ser como antes. Nadie puede negar eso. Uno se vuelve más escéptico, se seca. Se agota. Querés volver a tomar birra en la esquina de tu casa y no podés. Nadie te mira de la misma forma. Para bien y para mal. Una extraña angustia e insatisfacción se encarnan en uno. Todo te ha sido brindado y sin embargo nada alcanza. La verdad es que nada hacía falta. Uno se da cuenta después de cruzar la tormenta que el refugio estaba a un metro. Ahí al ladito. Los vientos huracanados y la velocidad no te permitían verlo. La inteligencia desaparece ante las olas gigantescas. Solo había que resistir. Y todo parece haber sido en vano. Otro ladrillo en la pared. De eso se trataba. La lucidez muchas veces parece una enemiga. Pero a no engañarse, jamás lo es. En fin, colgado en el vacío aquella tarde de sol radiante una mariposa de alas multicolores comenzó a revolotear a mi alrededor. Plena de naranjas, verdes, ocres, amarillos y azules flúor se apoya sobre una de mis piernas. Me camina y yo me dejo. Era muy hermosa. Resplandeciente. Positiva. Volvía a caminar muy segura, como si conociera el territorio de mi cuerpo. Me encendí de alegría y el mundo se volvió mágico. Una revelación. Un mensaje trajo aquel insecto, signo del renacimiento y la resurrección. Que todo volvería a empezar. Solo había que volver a enchufar los cables en su justo lugar. Eso fue aquella mariposa. Estuvo unos diez minutos conmigo y se esfumó, pero no para siempre.

Pasó el tiempo. Comencé a escribir lo que sería *Circo Beat*. Fui al Valle de Punilla con un grupo de amigos y los demos comenzaron a tomar forma. Estaba recién arribado de Italia. Había ido a producir seis canciones de Zucchero en castellano. Volví muy encendido de aquel viaje. Renové energías y estaba listo para el próximo paso. La composición, producción y grabación de un álbum a pedido de Warner Argentina a cargo de Chacho Ruiz y del inefable Segundo Boya. Me dijeron que tenía que hacerlo ya. Que ese era el momento y yo fui. Nunca había trabajado bajo presión. Me tentó. Y resultó. Los prejuicios hay que aniquilarlos. No sirven para nada. La cuestión es que se acercaba la fecha del comienzo de grabación y ya había compuesto casi todas las músicas en menos de cinco meses, después de terminar la exitosísima gira de *El Amor después del amor*. Faltaba algo. Ese algo era “Mariposa Tecknicolor”.

Una noche muy tarde, al borde del sueño seguía escuchando demos y estudiando posibilidades de combinación de canciones, haciendo órdenes posibles, escribiendo parte de las letras y

sucede aquello. En el final de un *fade out* de una canción que no entró en *El amor después del amor* aparece cristalina, improvisada y perfecta la melodía de Mariposa. Casi inescuchable. Fui hasta el piano Steinway que me había regalado Cecilia para mi cumpleaños de los treinta y la armonicé.

Cantada en estadios de fútbol y en miles de conciertos.

Gerardo Gandini la bordó en nuestro álbum compartido *Moda y pueblo*. Le puso una modulación descendente sobre el final que la hizo aún más colorida y rara. Era una de sus favoritas. Aquella mariposa de aquel verano revivió en esta canción que amo y que cantan gentes en muchas partes del mundo como un himno a la alegría. La grabamos en la sala Lavardén en la ciudad de Rosario con Gaby Carámbula en guitarra eléctrica, Guillermo Vadalá en el bajo, Geoff Dugmore en batería y yo en el piano eléctrico. Después hice los *overdubs* de Hammond y en la isla de Capri grabamos los coros con Fabi Cantilo y Claudia Puyó. Después la canté bajo el cielo italiano, una tarde de verano para toda la isla desde el patio del estudio de Carlo Quinto, que estaba enclavado en la cima de la montaña más alta, y hoy cierra todos mis conciertos. ¡Gracias, preciosa mariposa! Nada en mi vida volvió a ser lo mismo después de vos. Yo también creo en la bondad de los desconocidos.

01 de octubre

Buenos Aires. Reunión en la oficina de Sony. Damián Amato, presidente de Sony Music Argentina, Jorgelina Argañaras, una de mis hermanas elegidas y jefa de prensa hace dos décadas, María Fernanda Barredo, mi contadora, Belén Amarante, mi mánager y guerrera fiel, Matías Schneer, hasta ese momento co-mánager y vendedor experto del pantano musical argentino y un servidor. Todos expectantes porque yo iba a exponer sobre los destinos de nuestros negocios en común. Era la primera vez que lo hacía y más para este tipo de insólito auditorio. El escenario era la oficina de Amato, ex jefe de marketing de la misma Sony.

Cuando ingresamos al palco, oficina con gran ventanal llena de luz, decido que voy a estar al frente de todos y que ellos serían mi público. Entonces, Amato se sienta en un gran sillón de cuero gris acolchado a mi derecha; a su derecha, enfrente mío, Belén, madre soltera, *tough girl* hincha de San Lorenzo; a su derecha, Matías Schneer, mezcla de elfo

recién salido de un film de *El Señor de los anillos* y Chico Buarque; a su derecha María Fernanda, una de las mujeres más ansiosas que he conocido, y he conocido muchas. Por último, a su derecha, enfrentada con Amato, Jorgela, mujerota con tres hijos rostro de Michelle Pfeiffer morena y pintora exquisita.

Iba a exponer parado, pero entendí que aquello daría más para la burla paródica de mi auditorio sobre mi persona y eso atentaría contra la seriedad con la que quería abordar aquella escena. No había preparado nada. Algo hablaría por mí, como suele suceder desde que tengo uso de razón. El señor que llega a los teatros es uno y el que habita el escenario es otro. Aquella "cosa" siempre me había salvado la vida. No tenía por qué no hacerlo esta vez.

Entonces fue que comencé.

Hablé del origen confuso de nuestra nación, de cómo parte de los argentinos habíamos venido de los barcos y de esos inmigrantes que vivieron su vida argentina deseosos de volver a su tierra europea. Entonces, como quien nunca se compromete con el apartamento que alquila o que le prestan, nunca se encariña con el espacio que habita y no crea lazos profundos que se instalen en el tiempo. Así crecimos gran parte de nosotros. Entre familias que no sabían muy bien qué estaban haciendo en este lugar del mundo viendo crecer una patria que no sentían propia porque nadie les había dicho que eso era de ellos también o que estaban forjándola al menos. Hablé de la masacre de Roca sobre gran parte de los indios, del "si pasa, pasa" criollo, de cómo no se había logrado forjar una clase empresarial musical vernácula porque eso hubiera implicado compromiso y dedicación; y de cómo gran parte de los mánagers había sido una máquina depredadora del negocio que siempre circundó a la música popular argentina y con esas migajas habían solventado los comienzos de sus hoy grandes fortunas, de su cipayismo; del espíritu sanmartiniano, de la independencia económica, de la Revolución de Mayo y de la rusa, de la originalidad de nuestra música; de la oportunidad desperdiciada en los 80 en el auge de García y de la palomita de Poy a Ñuls en el Monumental en el 71. Por supuesto, no sabía hacia dónde me dirigía.

Me observaban rostros de preocupación y desconcierto.

Pensarían que habría bebido toda la noche y que los efectos perduraban aún a las cuatro de la tarde. Pero eso no era real porque lucía rozagante y con una dicción clara y perfecta. "¿Le habrán cambiado la medicación?", sería la otra opción posible. Yo mismo seguía sorprendido por tamaña alocución, que hubiera tenido mejor recepción en otro tipo de audiencia. En un ámbito de pretendidas erudiciones, en todo caso. En fin, allí seguí entre hilachas que colgaban

de una punta de la nada misma y de la otra, de la desesperación más absoluta. Perdido pero exponiendo con la seguridad de quien acaba de tomar posiciones enemigas.

Y en un momento surgió.

–Si ustedes no hacen algo pronto voy a tirarme por la primera ventana abierta que vea.

Todos miraron hacia el inmenso ventanal y hubo unos instantes de pavor…

Le di una palmada a Amato como, imagino, Groucho a Jack Warner cuando hablaron por primera vez después de la famosa carta y todos rieron, y supieron que esa caída no sucedería. Al menos, no en aquel momento. Llamamos a Alex Gallardo, director artístico de Sony Miami. Capanga del destino de *Locura total*. Nadie quería ese cadáver caliente. Si bien el material gozaba de excelente salud era un proyecto inédito en la región por su originalidad artística y su novedad como producto dentro de la mercadotecnia musical. Era solo un álbum de doce canciones pero nadie sabía cómo llevar todo aquello hacia adelante. Entonces toda la parrufoyada del comienzo del soliloquio era solo una excusa para explicarle a toda esa gente que el negocio de la música popular de aquí y allí no había servido para nada si un manojo de canciones entre un brasilero y un argentino eran observadas por la industria discográfica como los monos de *2001 Odisea del Espacio* al monolito plateado.

Alex, un español inteligente y buen escucha, prestó mucha atención a lo que expusimos Amato y yo sobre la idea y aprobó inmediatamente. La idea era buscar *sponsors* y Sony decidiría entonces con qué empresa haría el *tour* Páez- Moska. Nadie había hecho eso anteriormente y quien había apostado todas las fichas a tamaño despropósito era Sony. Por ende el responsable total del éxito o fracaso del proyecto. Amato le trasmite que ya había avanzado sobre este punto con una empresa de venta de shows.

Fin de la primera parte de una tarde de reuniones.

Amato nos habilita amablemente una sala en el mismo piso del edificio Sony para proseguir el orden de cosas. Probablemente hayan construido todo el hormigón de aquellos seis pisos con el dinero de mis regalías pensé, mientras la tos no cedía. Ingresamos a una sala vidriada con una mesa vidriada y todo parecía de cristal en aquel momento. Éramos todos, sin Amato. El gran plan ya estaba resuelto. Ahora debíamos resolver cuestiones internas.

Yo de un lado, solo. A mi izquierda, Belén y María Fernanda, y a mi

derecha Jorgelina y Matías.

El tema era ordenar y cumplir con reglas básicas. No mentir en el *modus operandi* de las operaciones financieras y económicas Páez. Por ende no cubrir a nadie entre los miembros de la alegre agrupación y no quedarse con vueltos o adelantos que se depositaban, casi por arte de magia, fuera de las cuentas correctas. Matías se pasó casi todo el rato intentando excusarse. Todos sabíamos que venía del terreno más duro de la industria. Era un soldado con peligrosas aspiraciones a mariscal de campo. Entonces, al unísono y sin ponernos de acuerdo decidimos mirar con ojos de buen pastor sus misteriosos movimientos financieros. Y no es que hayamos creído en sus pueriles argumentos, pero estábamos dispuestos a dejar pasar aquellas acciones inquietantes en pos de la recuperación moral de Matías. Aquel espíritu descarriado que iba a querer liberarse de manera inminente de las garras del Maligno ante tamaña permisividad moral que le brindábamos. Así se calmarían nuestros corazones desconfiados que buscaban la gloria, el éxito y la buenaventura, intentando negar las claras tendencias de Matías a los malos hábitos. En la guerra a veces los que dan órdenes se ciegan en pos de un objetivo teórico o pasional, que la realidad tiempo más tarde, devuelve en manojos de cadáveres a los hogares y a los archivos oficiales de la nación.

No era el caso. Solo intentaba, por primera vez, comandar el barco personalmente y hacer las cosas de manera correcta. Que la información y el dinero fluyeran por el río prístino de la corrección y los buenos modales.

Los negocios no funcionan así. Íbamos por mal camino. Y Matías resultaba, a pesar de todo, irresistiblemente simpático.

Así y todo todavía faltaba llegar a una filmación a la que me había convocado mi amigo Javier Olmedo para un programa de Canal Encuentro. Iba tan desconcertado y nervioso por todas las decisiones que habíamos tomado y por todas las responsabilidades que me quedaban por cumplir de aquí hasta fin de año y por la imposibilidad de no poder ver a mis hijos tanto tiempo que ni siquiera sabía hacia dónde me dirigía ni por qué. Iba con Toti. Mi edecán.

Toti es un gran ayudante de campo. Hombre noble y gaucho. Con mucha calle y buen corazón. Encerrado en mis pensamientos no pensaba en otra cosa que en las dificultades. Hasta que en el medio de la 9 de Julio después de una hora arriba del auto le pregunté: “¿Toti, a dónde vamos?”. “A Quilmes”, respondió mi colega suponiendo que estaba a punto de explotar de ira. Los nervios del otro son perceptibles, sobre todo en el silencio. “Quilmes… ¿¡Qué hacemos yendo hacia Quilmes!?”, dije a los gritos en el medio del tránsito porteño.

Logré tranquilizarme y mufé entre dientes desde autopista La Plata hasta la locación en cuestión. Estacionamos en la puerta después de una hora y media desde Palermo. Nos recibió Javi con parte del equipo de producción. Todos sabían que tenía pocos minutos porque debía hacer valijas, cenar con mis hijos, dormir algunas horas y partir al aeropuerto a las cuatro de la mañana.

Me abrieron una puerta de una casa y me recibieron una docena de chicos con síndrome de down entre gritos y albricias por la alegría que les provocaba ver a uno de sus ídolos atravesar esa puerta como un Papá Noel a punto de abrir la bolsa con regalos. Los amé. Fue un baño de realidad antineurosis.

Pasé corriendo hacia una de las habitaciones que hacía sus veces de camarín. Me vistieron de cartero, me maquillaron y bromeamos sobre bueyes perdidos con la vestuarista y la maquilladora. Al ruedo. Cuando vuelvo al *set* me esperaban todos esos chicos abrazados en círculo, con la cabeza metida para adentro, como los niños cuando son retados por sus padres y comprendí que sus maestros les habían ordenado recato para poder llevar a cabo la escena.

Archivo personal

Les contaron que había poco tiempo y que debían estar concentrados. Cuando vi a algunos de ellos mirar por el rabillo del ojo como espiándome entendí que todo era un regalo. Que la suerte me había llevado hasta allí y confirmé también que los “no downs” o “gente normal” o “las industrias” o la política o como coño se llame cualquier cosa ligada a la civilización, no lograban ser tan efectivos en sus acciones grupales, en busca del bien común, como aquellos doce niños-preadolescentes-actores que protagonizaban el intento de salvamento de una cooperativa panadera de barrio ante el avance inminente del monstruo liberal.

Mi coequiper de escena se llamaba Jorge. Los dos hicimos lo correcto, un poco más, un poco menos. La escena fue hecha. Se aplaudió, me cambié y antes de volver con Toti hacia mis hijos me saqué fotos con todo ese grupo de hermosas criaturas de amor.

02 de octubre

Llegamos a Lima, vía Santiago, después de un paseo por el infierno a diez mil metros de altura en medio de vientos de doscientos kilómetros por hora, rayos y centellas. El Emotival hizo sus extraordinarios efectos apenas despegamos de Santiago.

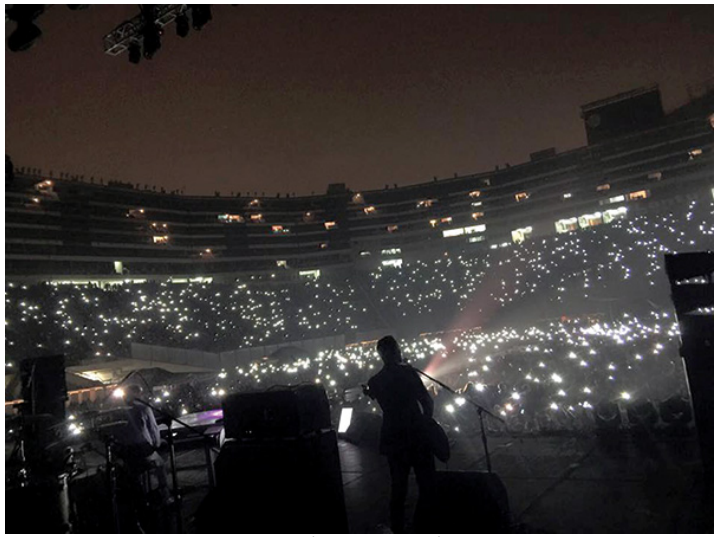
A poco de aterrizar en Lima desperté igual que un niño en medio de una noche de verano en el regazo de su madre. Los rostros que veía a

mi alrededor mientras despertaba no transmitían el mismo fulgor sino más bien angustia y alivio a la vez. Poco a poco mis compañeros de ruta fueron describiéndome entre palpitaciones, rezos, chistes y parálisis faciales temporarias severas, aquel atolladero del demonio que fue el cielo desde la capital chilena a la peruana. Ojos que no ven, corazón que no siente.

La prueba de sonido fue muy buena en un escenario que podríamos tildar, siendo extremadamente amables, de “desprolijo”. Aquellos cables sueltos en el piso, las rampas sin terminar, dos escenarios juntos, uno al lado del otro, mucha gente que iba de aquí para allá y un clima enrarecido por la bruma y la humedad de Lima no le hubieran dado buena espina ni al mismísimo Mahoma.

03 de octubre

Matías insistió en hacer este festival desde el mes de febrero. Se había empecinado en que había que hacerlo ante mi terminante decisión de no participar. Los números no estaban cerrando porque habíamos tenido un septiembre yermo a causa de una “supuesta” estafa de un socio suyo, bisnieto de Al Capone, que lo había traicionado. En fin, allí estaba yo a punto de tocar con mi banda a las 22:45 de la noche luego de que hubiera acordado con todo mi equipo de mánagers que no tocaría más allá de las veintuna bajo ningún pretexto en ningún lugar del mundo nunca más. En el camarín tronaba desde lejos Café Tacvba, que iban promediando su show, a todo volumen. Solo había que volver a tranquilizarse. Toda mi vida se había tratado de eso.



Archivo personal

“Todo esto pasará, es parte de un mal sueño y despertaré en Papeete, en playa Taboo, rodeado de hermosas mujeres, ron y 38 grados a la sombra”, repetía en voz baja mientras intentaba entrar en los pantalones blancos de cuero que habían sido diseñados para un adolescente de veintitrés años.

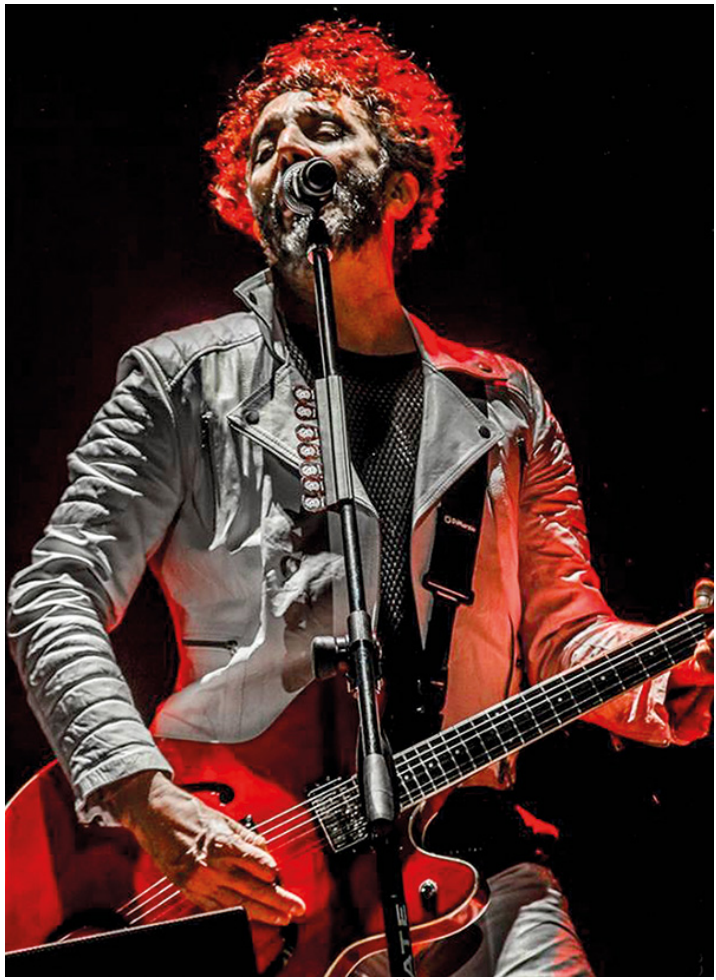
“Faltan veinte minutos”, entró Avalis al camarín mientras yo lo miraba como Kinski a Herzog, en el medio de la selva amazónica en la filmación de Fitzcarraldo. Solo se trataba de tener paciencia y comprender que las cosas no resultaban muchas veces como uno quería. Grité y entrené igual que me enseñó la extraordinaria fonoaudióloga Fabiana Wilder, sobrina nieta de Billy Wilder. Durante una sesión en su casa me contó que su tío abuelo la había tenido a upa en algún momento de algún viaje que el genio austríaco había realizado hacía muchos años a visitar a su familia argentina. Esto era una escena wilderiana.

Ahora sí, había llegado el momento. Casi dos horas más tarde de lo pactado decidimos con los músicos que aquel sería el concierto de nuestras vidas. Y no estuvo tan lejos. Hicimos el clásico saludo del abrazo, la humorada canalla que improviso cada noche y el ¡wow! final. Salimos raudos cual Spinal Taps en el film de Rob Reiner. Caminamos un tramo hasta un sector social, donde se bebía y se charlaba. Después subimos unas escaleras que todos suponíamos que eran los últimos pasos hacia el escenario y allí sobre el último escalón todo se detuvo.

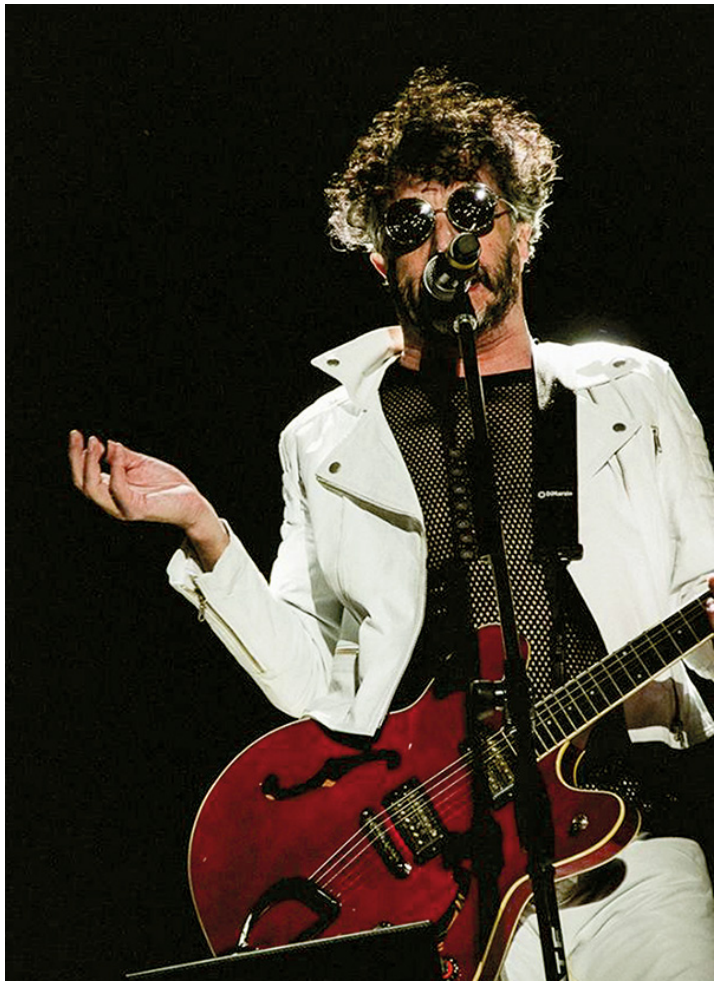
La imagen era literalmente monumental. Habíamos llegado hasta el límite de una tribuna de una cancha de fútbol tan grande como el Maracaná. Era el atrás del verdadero escenario y había que bajar unos quinientos escalones hasta el palco definitivo. Miré hacia los costados. Cuando volví a la realidad, ya no había nadie. Toda la *troupe* había comenzado a bajar con total naturalidad hacia el trabajo, o la experiencia o el sentido común, no sabría bien cómo nombrarlo. Había que tocar en Lima para miles de personas. Yo tenía unas botas de cuero con tacos de diez centímetros y parecía más un travesti del barrio madrileño de Chueca que una estrella de rock. En lo único que pensé en aquel momento fue que todo ese tramo había que volver a subirlo. Insulté en todos los idiomas que conozco a todas las personas con quienes me crucé hasta llegar al escenario en estado de conmoción absoluta.

Ya no pensaba más que en destruir todo aquello mientras me contaban que se había cortado la luz en varias oportunidades desde el arranque del festival y que aquello podía volver a suceder en el medio de mi *set*.

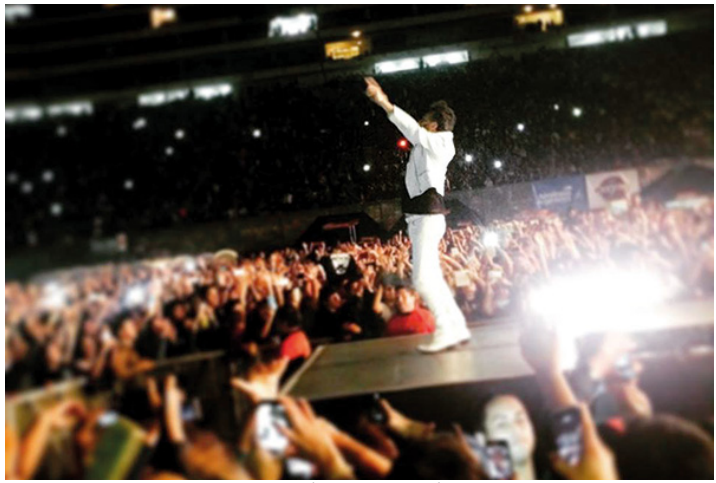
Ok. Otra vez los dioses en mi contra.



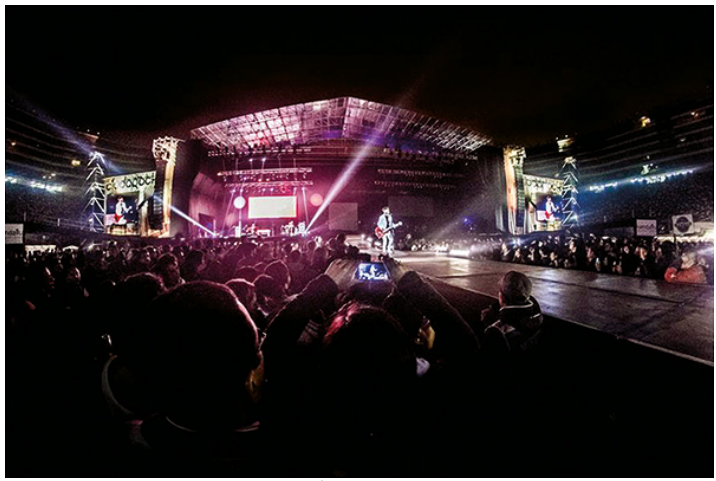
Jaime Cuellar



Jaime Cuellar



Archivo personal



Scarlette Dayona

04 de octubre

El mediodía del domingo almorzamos con Avalis y charlamos sobre hijos, negocios y mujeres. En ningún caso pudimos arribar a ninguna sentencia definitiva. Solo que Euge era una mujer amorosa y comprensiva. Y que la decisión de estar a mi lado no era poca cosa sabiendo el tremendo neurótico que le había tocado de novio.

Recordamos que el concierto había sido fabuloso aun con todos los

inconvenientes del caso. Nos reímos al recordar que en el medio de “Un vestido y un amor” con cuarenta mil personas coreando allí abajo, los asistentes del grupo español Punto G probaban que funcionaran los equipos de guitarra y bajo en el escenario de al lado como panchos por su casa. Mientras yo me salía de la tarima central, me acercaba a ellos y les decía que iba a terminar con sus vidas cuando terminara el concierto.

Éramos el caos.

Nos dejábamos engañar por los espejitos europeos, nos gustaba beber y coger, creer en la sagrada cruz, inventar sin pretensiones, defecar padres y madres políticos, reírnos de nosotros mismos y arder en las llamas del fuego de nuestra risa inmortal. Nosotros teníamos a García, Nebbia y Spinetta. A veces eso es lo único que un hombre precisa. Llegó la noche. Yo escuchaba Haydn. Siempre me relaja. Había que hablar con Belén, que había permitido que las cosas llegaran tan lejos la noche anterior, con María Fernanda para que aprendiese que no podíamos hacer cualquier cosa para que ella recaudara su dinero para pagar mis gastos y llamar a Matías Schneer que había vuelto a Buenos Aires con el dinero ya cobrado a dormir en su cama calentita mientras nosotros salíamos para Guayaquil.

Avalis: ¿Sabés que en Guayaquil va a haber doscientas cuarenta personas en el escenario, no?

Rodolfo: ¿Están montando una ópera? ¿Wagner…?

Avalis: No, Matías le autorizó al productor para que le cerraran los números.

Black out.

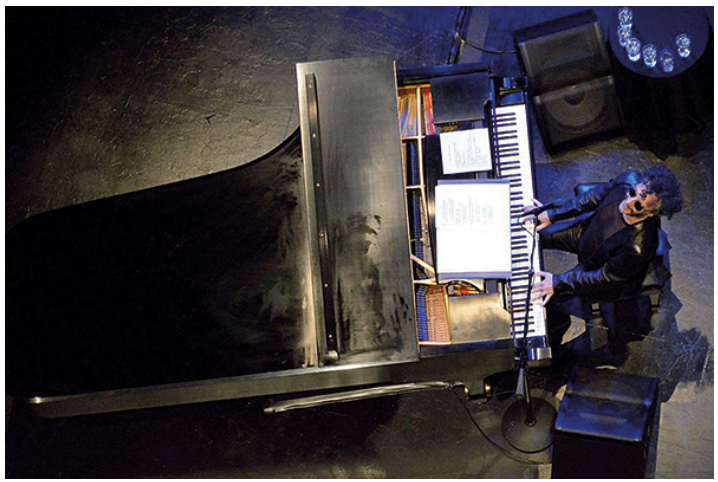
06 de octubre

Me encontraba leyendo lo escrito hasta este momento en un escritorio de un amplísimo living todo ventanado que me permitía ver Guayaquil desde gran altura. Leía tranquilo, con una sonrisa apenas asomándose por la boca. Relajado. Hasta que llego el siguiente párrafo: “hablé del origen confuso de nuestra nación…” A partir de ese momento tuve un acceso de tos, risa y llanto solo comparable con los ataques de risa vividos junto a Guillermo Vadalá en incondivs y diferentes situaciones, años atrás. Terminábamos exhaustos en el piso perdiendo el habla y el equilibrio mientras componíamos los, aún no todavía célebres, tangos

escatológicos.

Este ataque sin embargo superó en duración e intensidad a cualquier anterior. Perdía la respiración. Tosía cuando un soplo me lo permitía y lloraba como una Magdalena pero de risa. Sentado en una silla, con la mirada nublada por las lágrimas del absurdo de pronto caigo al piso. Y la risa y la compulsión se multiplican y se estimulan entre la desesperación y el delirio de aquel fenómeno que ya llevaba más de diez minutos en acción. Lo más inquietante que sucede es que uno no tiene ningún dominio sobre casi ninguna parte de su cuerpo. Al borde de la muerte y en medio del ataque de risa más rabioso que recuerde, logro tomar el teléfono. Este se me resbala por mi situación cuasi epiléptica. La risa y el llanto no cesaban. La respiración se tornaba casi imposible. Todo había comenzado con “hablé del origen confuso de nuestra nación”. No podía ser más estúpido todo. Hablar de estos temas en una reunión con personas ligadas al negocio discográfico.

En uno de los arrebatos respiratorios logro tomar el teléfono y sentarme en el piso. Por unos segundos, lo que podría haber sido un causante de muerte por asfixia, se detiene. Logro apretar los botones correctos y sentarme en la silla de la que me había caído minutos antes. Ya estaba grabando. Filmé los últimos cuatro minutos de aquel disparate que podría haber terminado con mi vida. Fueron unos de los treinta minutos más excitantes de los que tenga recuerdo. Lo subí a mi FB personal y no dejaron de escribir mis amigos en medio de sus furibundos ataques de risa. El mundo era maravilloso y todo tenía sentido.



Archivo personal

14 de octubre

Le entregan una distinción como “Personalidad Destacada de la Cultura” a mi amigo Adolfo Aristarain en el salón San Martín de la legislatura. Su mujer Kathy Saavedra y su hijo Bruno lo acompañan. También Cecilia Roth, una de sus actrices favoritas y madre de nuestro hijo Martín. Jorge Ferrari, Juan Mario Roust, directores de arte de varios de sus films, y amigos y amigas de la vida. Hablamos Osvaldo Papaleo, el productor de *Un lugar en el mundo,* Luis Andrada, su abogado y coproductor de *La parte del león*, su primera película, y yo.

Sorprendió Osvaldo cuando reveló que entre ellos tres (y yo podría incluirme en la nómina, aunque trabajé menos veces con ellos) nunca se había firmado un solo contrato. Entonces surgió solo el valor inmenso y sagrado de la palabra entre los hombres como un tótem olvidado y rezagado de la civilización. No era una idea menor. Todas fueron loas para ese hombre noble, inteligente, sensible y salvaje que mantuvo viva su llama lúcida a través de tantos años y tantos films inolvidables.

Durante mi exposición recordé una frase de Gerardo Gandini que venía como anillo al dedo. Gerardo la nombraba al respecto de la composición musical. Yo la disloqué en función de la obra del genio del cine y funcionó. “Cuando lo imprevisto se torna necesario”. La mesa la cerró el mismo Adolfo con su habitual sinceridad y buena leche de siempre, y sorprendió Aníbal Ibarra en su exposición, mentor del

premio, en su desconocimiento de la cinematografía del homenajeado. Siempre desconfiamos de los premios por infinidad de motivos. Uno de ellos es que, viniendo de la vida política, siempre se avizora la búsqueda de algún voto en la urna. Pero, por otro lado, ateniéndose a la actualidad política y cultural en la Argentina, este hecho se había transformado en un hecho imprevisto y absolutamente necesario. Por otro lado hacía veintisiete años habíamos filmado bajo las órdenes de Fernando Spiner, junto a Jorge Ferrari y Juan Mario Roust como directores de arte, Ale Avalis como cazador y yo en el papel de lobo feroz, el videoclip de “Solo los chicos”.

Correteando con un montón de niños por las escaleras y escondites de aquel palacio de las intrigas de la política argentina.

Archivo personal

17 de octubre

El día de la lealtad peronista tocamos en Villa Hermosa en el Festival Ceiba en Tabasco. Otra vez México. Amor infinito. Identificación total con el terruño. Piano solo. En cualquier provincia en cualquier pueblito en cualquier ciudad. México mío. *Home*, decía E.T.

Archivo personal

Archivo personal

19 de octubre

Ingresamos con Mariano López y Alejandro Avalis a los estudios Sony del DF. Hasta el jueves por la noche mezclamos *El bosque encantado*, grabado en los fríos patagónicos a orillas del lago Nahuel Huapi. En cuatro jornadas resolvimos casi cuarenta minutos de música instrumental. Por momentos plena de orquestación (replicada con los samplings y teclados de Diego Olivero) y con otros momentos más despojados.

Siempre es compleja una mezcla. Sean muchos o pocos instrumentos. O uno solo. No existe la mezcla fácil salvo la que se desarrolla en corte directo, que es la que viaja directo al vinilo o al mastering final. O sea, intocable. La última tarde Mariano López nos muestra la mezcla de lo que fue el álbum póstumo de Luis Alberto Spinetta, nuestro amigo final y total.

Recuerdo el día que nos conocimos en la esquina de Santa Fe y Riobamba. "¿Vos sos vos?", me preguntó gracioso y chispeante mirándome directo a los ojos. "¿Y vos sos vos?", le repliqué como un rayo. Los dos nos reímos y nos abrazamos igual que hermanos de antaño. "'Tres agujas' es lo mejor que escuché en mi vida", me dijo siempre apasionado e itálico en su énfasis para transmitir su verdad. Yo me deshice en piropos hacia él y le comenté que jamás hubiera podido componer una canción como "Tres agujas" sin haberlo conocido. Que él

era una de las personas más importantes en mi vida, aun sin conocerlo personalmente, porque junto a Charly y Litto fueron las personas que calladamente me guiaron hacia la decisión de llevar una vida junto a la música y que eso, hoy, me hacía inmensamente feliz y que nunca iba a terminar de agradecérselo. Los años lo transformaron en un hermano de verdad. La vida me regaló la posibilidad de grabar un álbum en su compañía que recuerdo como una de las más preciadas experiencias con la música: *La la la*.

Archivo personal

Será la obra de este genio un tesoro inacabable de gemas exóticas. Santos griales del delirio que buscarán todos los Indiana Jones de la música repartidos en el ancho mundo, ávidos de formas únicas e irrepetibles.

En otros territorios y otras épocas hubiera sido tratado como un Picasso o un Andy Warhol. La industria y parte de nuestro país nunca lo oyó en tiempo.

Extraño mucho a Luis.

Que dios lo bendiga.

23 de octubre

Hablo con Charly por teléfono. Había cumplido años. Como siempre

reímos. Lo amo. No sería nadie sin él.

24 de octubre

Durante la tarde nos reunimos en mi habitación con familiares de desaparecidos mexicanos pertenecientes a diferentes organizaciones. Me cuentan del desconcierto que generan las desapariciones con una especificidad espeluznante. Y de las diferentes índoles de desapariciones. Si bien todas son políticas porque la política lo abarca y lo intoxica todo, no todas las desapariciones son por cuestiones ideológicas.

Madres que buscan a sus hijos, mujeres a sus maridos, hijos a sus padres. Infinitas cantidad de combinaciones posibles. Alguna de ellas con lágrimas en los ojos cuentan que a su marido, abogado, supongamos, lo habían desaparecido. Entonces posiblemente esté ahora obligado a controlar cuestiones burocráticas de diversas índoles en estructuras narcos. O algún marido ingeniero que esté secuestrado para elaborar el diseño de algún puente o túnel que una un territorio X con otro Z. Hombres duros que sostenían una foto impresa en papel con el rostro de su hija o padre o madre, no importaba. Abuelas que buscaban a sus nietas o madres a sus hijas posiblemente envueltas en la trata de blancas. No era literatura, ni ficción, ni era una charla de café o un programa de panelistas irresponsables intentando explicar el mundo desde sus declaradas ignorancias. Porque estar informado no significa saber. En aquel momento eran gente que quería contarme sus historias para que yo los acompañara de alguna u otra manera. Algunos sabían que “Yo vengo a ofrecer mi corazón” era el himno de las marchas por el pedido de aparición con vida de los cuarenta y tres estudiantes desaparecidos en el estado de Ayotzinapa. Que aquella canción la habían cantado en la avenida Reforma cada 10 de mayo desde hacía dos años. Fueron dos horas intensas y emocionantes. Peleando contra el sentido común, el silencio civil, la justicia, la política, sus propios fantasmas, la desesperanza, contra todo. En busca de sus familiares desaparecidos. Abuelas, Madres e Hijos sabían de qué se trataba todo aquello. Eran un ejemplo a seguir para aquellas familias mexicanas.

Archivo personal

Archivo personal

Los invité al concierto a cantar aquella canción sobre los bises finales. El concierto fue maravilloso. Era nuestra primera vez tocando en Torreón. Después de “A rodar” saludamos y bajamos para el cambio del último vestuario. Ahí me encontré con los familiares y mi mánager. Me cuentan que habían recibido un llamado del gobernador de la provincia que intimidaba al productor que nos había hecho la contratación con no pagarle si subían los familiares de desaparecidos a cantar y declarar públicamente en contra de esta infinita injusticia. Sin dudar un segundo les pedí que me esperaran lo que tardo en

cambiarme de vestuario y subimos todos al escenario a cantar aquella canción escrita hacía treinta años en una habitación de una casa en el barrio de Belgrano R. Y todos emocionados con el público local cerramos aquella noche entre abrazos y esperanzas de un futuro feliz.

Señor gobernador Rubén Moreira Valdéz: nunca será bienvenido en nuestros hogares.

Anexo

En el año 1985 se le hacía un homenaje a don Atahualpa Yupanqui (Héctor Roberto Chavero) en el consulado de Francia. Recibí una invitación, no sin una previsible consternación. ¿Quién querría invitar a un desalineado como yo a un evento de tan magnas características? Allí estaba subiendo aquel ascensor, solo, yendo a conocer a una leyenda auténtica de las artes americanas. Estaba claramente nervioso. Me recibió una señora muy amable que me invitó a pasar a un living blanco con vista a la plaza San Martín, si mal no recuerdo. Era un ambiente muy amplio con mesas y sillones donde acontecería la recepción. Recuerdo haber visto a Félix Luna, a don Ariel Ramírez, no recuerdo si estaba Mercedes, pero es muy probable. En todo caso ella habría sido la única persona a quien yo conocía junto a León Gieco. De pronto hace su entrada el señor Chavero acompañado de su mujer (a quien le escribe unas extraordinarias cartas a través de todos sus años juntos publicadas en un libro titulado *Cartas a Nenette* publicadas por editorial Sudamericana, que leí años más tarde).

Después de saludar a casi todo el mundo que allí se amontonaba me tocó mi turno y recibí el saludo cordial de manos fuertes apretadas y mirada a los ojos de aquel indio sagrado nacido en la localidad de Pergamino. Creo que el cónsul o alguien de la embajada dijo unas palabras sobre nuestro artista mayúsculo y el vino tinto comenzó a correr por aquel salón. En un momento don Ata me toma de la mano y me pide que lo acompañe al baño ante mi indisimulable asombro. Por algún motivo le generé una confianza nueva y de alguna manera era una huida de aquella situación protocolar e incómoda. Lo espero en la puerta y cuando sale descubrimos otra pequeña habitación donde no entrábamos más que dos personas. Cada uno con una copa de vino en la mano. Entramos. Él cerró la puerta de aquel

habitáculo con seguridad y me introdujo en el mundo mágico de parte de la historia argentina.

Entre risas y miradas hacia el techo en busca de algunas escenas me contó que había sido guitarrista de Magaldi, guardaespalda de Carlos Gardel, que había boxeado, que había andado a caballo parte de la Argentina por rutas, valles y quebradas, que había sido recibido por los grandes artistas europeos hacia la mitad del siglo veinte, que conocía el club Sportivo América, a dos cuadras de mi casa natal en Rosario e infinidad de anécdotas que mi memoria debe tener atesoradas en algún rincón para devolvérmelas con más precisión en otro momento. Lo precioso fue que ese viejo sabio y gracioso me hizo reír durante esa hora íntegra que estuvimos allí los dos. Yo como un espectador privilegiado y él como un artista magistral del relato corto. En un momento Nenette irrumpió algo nerviosa diciéndole a su marido que estaba en una recepción en su honor. Que no podía dejar aquella sala por antojo.

Antes de abrir la puerta y salir hacia el pasillo que daba al salón principal me tomó del hombro: "¿Usted escribió esto?" y me canta al oído "quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón...". "Muy bien m'hijo, muy bien", me dijo mientras me palmeaba la espalda.

Se me aflojaron las piernas y no supe qué decir.

Aún no lo sé.

25 de octubre

Semana de espera en Cancún, en el medio de la gira. Nos instalamos en dos hoteles y pasamos unos días de lectura, playa, y relax. Fue una semana de romance y aventuras también. Fabi me envía unos bocetos para la tapa de *El bosque encantado*.

Esperábamos con ansiedad los resultados de las elecciones generales. Terminó siendo la primera vuelta solo. Si Scioli superaba el 45% o le sacaba más de diez puntos a Macri superando el 40% ganaba el FPV, que había llegado a esa instancia en medio de descarnadas internas. Sacó el 37 % y Macri, el segundo, 34%. El promedio de encuestas mostraba más probable la victoria de Scioli. Ahora irían a balotaje.

Sobre el fin de la noche un hecho inolvidable.

Esa misma jornada la candidata por el PRO Eugenia Vidal le gana a Aníbal Fernández, el candidato del FPV, la gobernación de la Provincia

de Buenos Aires y en su discurso en el búnker PRO, la reciente gobernadora electa dice sin eufemismos: “Venimos a cambiar futuro por pasado”.

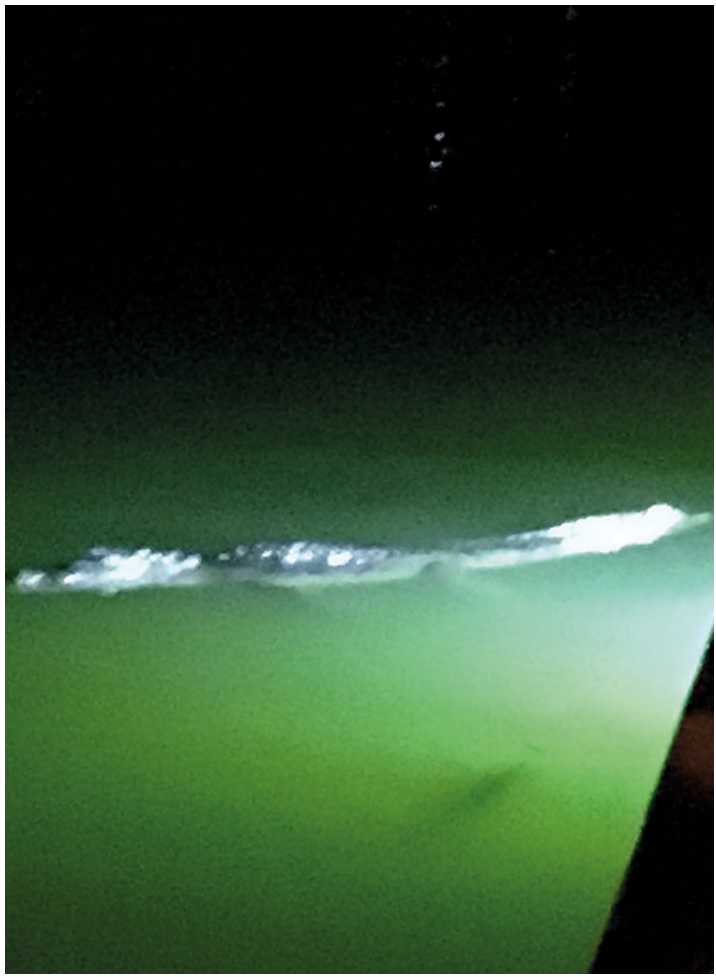
Archivo personal

Archivo personal

28 de octubre

Descubrimos con María Eugenia un restaurante maravilloso. Lorenzillos. Pasamos veladas de charlas cerveceando solos y con amigos. Comiendo unas langostas fabulosas sobre un puentecito que da a una laguna. Allí nos acompañaba, cada noche, un cocodrilo de casi tres metros de largo y uno de ancho. Verde dorada criatura, ancestral, esperaba paciente y hambrienta las sobras de los comensales. Una noche un mozo nos contó que un turista norteamericano quiso jugarle una broma a su pareja y fue a intentar deponer a la orilla de la laguna.

Una vez que se hubo bajado los pantalones, el milenario coco verde ya le había arrancado los dos glúteos y parte de sus piernas. Marguie estaría muerta de miedo y Martín intentando fotografiarlo. Con ellos aquí sería perfecto.



Archivo personal

02 de noviembre

Llego por segunda vez a la ciudad de Aguas Calientes. Es el Día de los Muertos y, para quien no lo sepa, se puede decir que México es la tierra por excelencia donde la muerte forma parte de la vida popular como las tortillas de maíz y el tequila. Todo el mundo se disfraza. Se le ofrecen al muerto sus comidas y bebidas favoritas, se pasa el día con él. Se está, igual que en la casa en familia. Es una fiesta que estalla en colores y símbolos alegóricos a la muerte. Se le amiga uno a la muerte,

se la viste de Katrina, con tules y flores. Es la fiesta tanática más hermosa del planeta.

Archivo personal

Me conseguí un disfraz de muertito y salí a tocar así aquella noche calurienta.

México, esa tierra re loca de pasiones desatadas, se reía de un universo plagado de muerte.

Archivo personal

05 de noviembre

Guadalajara nos recibe esplendorosa. Llega Fabi Cantilo.

El Poder de la Música graba una versión de “El amor después del amor” en el Auditorio de la Unidad Deportiva Hugo Sánchez del DF con más de quince bandas y la publica ese día en la red. Eso sí que es sentirte parte de un lugar. Les devuelvo otro video diciéndoles que la próxima dirijo yo.

Archivo personal

El mundo era un buen lugar. El teatro Diana de Guadalajara es un teatro azul moderno con gran calidad acústica. La banda sonaba ajustadísima y ya habíamos comenzado a ensayar, en las pruebas de sonido, algunas canciones de *Giros,* que estaba cumpliendo treinta años de vida.

Comenzamos a horario y faltaba casi la cuarta parte de la gente entrar. Se fue llenando de a poco. Y así creció el concierto también. Ya había estado en ese escenario un montón de veces y es inevidiv que todos esos espacios donde ya estuviste en diferentes ocasiones se vuelvan partes de tu casa.

El mundo sería mi tumba pero también sería mi hogar.

Archivo personal

Archivo personal

06 de noviembre

Ya en DF. Una extraña rareza en el cuerpo. Despierto agitado en el medio de la noche. Una angustia insólita. Euge me asiste y su amor

ayuda, siempre.

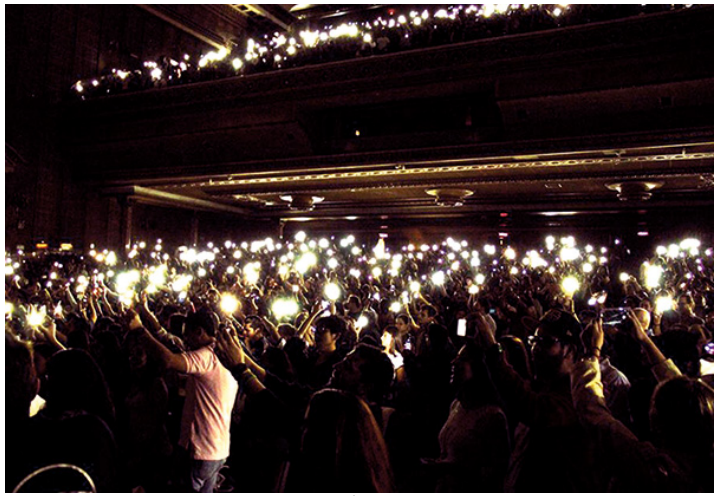
La memoria del cuerpo no falla. Todos los años desde aquella fatídica mañana de 1986 me sucede lo mismo. Estaban por cumplirse los veintinueve años del asesinato de mis abuelas Belia y Pepa en la ciudad de Rosario.

07/08 de noviembre

Sábado y domingo. Tocamos las dos noches en el Metropolitan. Estuvieron Loli Molina y Florencia Villagra de cantantes invitadas. Eximias artistas e inolvidables compañeras.

Fabi Cantilo fue la invitada de lujo. Era una duelista. Peleaba contra lo único que se puede pelear. Contra uno mismo. Ella es la heroína de su propia epopeya. La amo. Porque en todos estos años nunca, ni siquiera en los momentos de mayores penurias y enormes angustias, la vi perder el sentido del humor. Y su voz fue brillando más y más a través de los años.

Archivo personal



Anel Diez

Archivo personal

Allí estábamos, otra vez, en otra ciudad del mundo, cantando y bailando y riendo. Había algo que no habían podido domesticar. Nosotros no lo habíamos permitido y eso es algo que te hermana para siempre. Esa es la maldita aristocracia de la que tanto se habla aquí y allá. No se trata de la cuna, ni de la sangre, ni del dinero, ni las alcurnias. Se trata del espíritu.

Los que manteníamos el espíritu abierto y en acción formábamos parte de una pléyade anónima universal. Una logia de rientes rumbo al cadalso que vive sin miedo al miedo y comete todos los errores posibles

para volver a recordarnos que “perderse también es camino” (Clarice Lispector). Nadie iba a indicarnos cómo había que comportarse porque nosotros lo sabíamos. No necesitábamos grandes maestros porque la maestría estaba en estar atentos y con la sensibilidad a flor de piel.

Todo quemaba y todo iba en broma.

Qué suerte había tenido en conocer a Fabi.

Cuando andaba medio atontado por tal o cual motivo, me acordaba de ella y llegaba el alivio que todos necesitamos para seguir adelante.

Cantamos su canción “Payaso”, algunas nuevas y otras no tanto mías.

Por la noche cenamos con toda la banda e invitados a unas cuadras del hotel Interamericano. Fabi celebraba sus tres años limpia y sus amigos de NA DF vinieron a acompañarnos durante la cena y todos brindamos. Con agua algunos, con vino otros, por aquella batalla antinarcótica que Fabi seguía ganando cada día y cada noche de su vida. La única, Fabi.

Fabiana de Troya.

Archivo personal

09 de noviembre

La banda partía hacia los ensayos definitivos de *Giros* en los estudios El Santito desde DF hacia Buenos Aires.

Yo pasé dos días con sus noches en Lima junto a Macarena Amarante y mi edecán Toti Sánchez recorriendo y disfrutando de los restaurantes limeños. Lima convertida en el foco gastronómico más exótico y original del mundo. Recuerdo una degustación con pescados, carnes, verduras y decenas de salsas y aditivos deliciosos en Osaka, uno de los primeros restaurantes limeños en dedicarse a la cocina de fusión peruano japonesa. También disfrutamos Rafael un mediodía de sol, y Astrid y Gastón en una casona francesa reciclada una noche de humedad y calor en mi amada Lima.

Cuántos recuerdos me trae esta ciudad. La juventud que explotaba junto a Charly tocando para toneladas de gentes en la Feria del Pacífico. Recuerdo no haber visto nunca tanta gente junta. Eran alrededor de 150 mil almas. Escuchar a Pablo Milanés cantar boleros en un garaje, todos en el marco del festival interamericano CICLA. Fue mi debut en la plaza de toros de Acho. La Lima que me enseñó mi padre a través de Chabuca con su alameda y su ciudad vieja. El bar La Noche, siempre dispuesto a nunca terminarse y… "Y cuando Lima fue París", la frase de "A medio paso de tu amor" (*Rey sol*, 2001) surgida en el medio de una extraña borrachera.

Archivo personal

Archivo personal

Rumbo al aeropuerto vi una ciudad pobre con mis ojos mientras una cámara invisible lograba ver con total claridad un esplendoroso pasado inapagable. Ninguno de mis interlocutores comprendió en aquel momento cuando hablé de aquello. La línea define la canción. Y, otra vez, otra noche, otro concierto en este otro rincón de la gran casa americana. La gente de oro. Perú de oro. Hermanito Lucho González de oro. Reina Chabuca de oro. Lima de oro.

Me toca cerrar con un piano solo en una convención de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Terminamos el concierto y salimos asistidos en un operativo de película por un auto de la policía limeña hacia el aeropuerto para poder llegar a horario. En el transcurso

nos esperaban accidentes, roturas de semáforos, atolladero de tránsito. El destino no quería que tomásemos aquel vuelo.

“No todo está escrito” le dice Lawrence de Arabia al general árabe encarnado por Omar Sharif en el inigualable film de David Lean, cuando en el medio del cruce del desierto del Nefud se le pierde uno de sus asistentes jóvenes favoritos. Contra las órdenes del general árabe, que le indicaba que no fuera en su rescate porque “ya estaba escrito” que ese joven moriría, Lawrence regresa una jornada más tarde con aquel mancebo desmayado pero vivo sobre su caballo.

La desgracia, o el destino, o las circunstancias, posiblemente todo junto también, hicieron que Lawrence tuviera que ejecutar a aquel joven la noche antes de tomar Akaba para evitar una pelea definitiva entre dos rabiosas e inamigables tribus que formaban parte de su ejército.

Allí fuimos a intentar torcer el destino, entonces, que nos gritaba a viva voz que no embarcaríamos en ese vuelo. ¡Ja!

Finalmente llegamos al aeropuerto.

Toti me ayudó a cambiarme la ropa empapada del show en el baño del hall de salida y finalmente embarcamos sobre el último minuto antes de que cerrara la puerta del vuelo que nos llevaría a casa. Vuelta feliz con sabor a tarea cumplida y gozada.

Archivo personal

17 de noviembre

La llamo a Mecha Iñigo, la novia de Charly, y le digo que queremos ir con Eugenia y mis hijos a darles cariños y llevarles unos regalos. Me dice que por supuesto. Ok, sábado a la tarde era ideal porque estábamos todos. Mis hijos aman a Charly porque han crecido con su música y porque su padre les ha contado todas las historias que se le puede contar a un niño de entre tres y quince años. Lo otro, mucho de lo otro, ya se lo comienzan a imaginar.

Salimos en un taxi rumbo a Barracas, que era donde se encontraba la clínica donde estaba internado nuestro genio de titanio. A medida que nos acercábamos fue inevidiv pensar que Charly estaba internado en los márgenes de la ciudad donde nació, escribió y vivió toda su vida. Y que aquel lugar, paradójicamente, parecía el del exilio.

Él quiso algo imposible. Yo también. Aún lo intentamos. Entonces, ya sabemos de su particularísimo método de maravillización del mundo. Ok, para el que no lo sepa le cuento que es real. Solo hay que tener sensibilidad y ser un poco piola para darse cuenta de que todo lo que ha tocado este hombre dentro del lenguaje musical y en la vida de algunas personas (entre quienes me incluyo) se ha maravillizado.

Llegamos con flores para Mecha y un libro de Taschen sobre cine *noir* para Charly. Tenía una botella a medio llenar de Johnnie Walker negro y un paquete de Marlboro también por la mitad. Nos reímos, nos abrazamos, contamos chistes. Yo me quedé a su lado y los demás en la cama de enfrente. "Charly, qué pena tantos viajes… Este año vi poco a mis hijos, no pude estar cerca tuyo todo lo que hubiera querido… ¡Estoy harto de viajar!", le digo con tono sincero pero algo sobreactuado. A lo que él responde: "Ay, ¡mirá cómo sufre el señorito! Yo, sin embargo, cuando bajo esas persianas estoy en París, en New York, en Los Ángeles, donde quiera…"

Archivo personal

Otra vez. Implacable. Demitificador y positivo. Con todo su impedimento físico, igual no aflojaba. "Esa careta idiota que tira y tira para atrás". Aquella línea de *El Fantasma de Canterville*, escrita sobre mediados de los 70 no era una frase ingeniosa solamente, era uno de los eslabones más enérgicos y auténticos de su ADN.

Me dice que va a grabar el álbum nuevo en el Hotel Faena, que después va a ir a los estudios Criteria en Miami a no sé qué, y después a terminarlo con Joe Blaney en NYC.

–Ok: ¡ponelo ya! –le digo.

Escuchamos todo el álbum con el ritual de siempre. Él gesticulaba y balbuceaba algunas letras y yo acompañaba, también gestualmente. En absoluta conexión telepática, sabiendo en muchos casos que lo que vendría a continuación. A ninguno de los dos nos sorprende ya este efecto. Todo era increíble. Él en la cama. Mis hijos detrás. Nuestras novias mirándonos como a dos locos, y la música y las palabras que salían de aquel parlantito atado a la agarradera de la cama ortopédica en aquella habitación en las orillas de una ciudad que se olvidó de todo.

Cuando termina le digo que hay que grabarlo ya. Y así iniciar la aventura del registro con una banda de músicos y luego la mezcla por todos los lugares que me había enumerado minutos antes. Me responde: "No, ya está hecho".

Después puso una canción del último álbum de David Crosby que contrastaba totalmente con la estética de lo que acabábamos de escuchar y allí volvés a descubrir ese espíritu infinito que se llama Charly García. La obra de Crosby era de una prolijidad y un refinamiento de grabación superior. Él, Charly García, había grabado en varios iPads y estudios prestados durante el último año y había logrado una obra salvaje y refinada como un cuadro de Pollock o Basquiat. ¡Cuidado!, los dos materiales eran impecables. Uno surgido de un espíritu caótico, en llamas. El otro de un hombre entrado en años, viejo aristócrata del canto blanco de la costa oeste norteamericana.

Antes de irme me dijo con esa mirada de niño travieso:

–Le pregunté a Joe cómo podía hacer para levantar la calidad del disco. ¿Sabés qué me contestó?

–No –le respondí.

–Ponelo en un ascensor.

Anexo

¡OJO!

Charly es un niño envuelto en cuerpo de hombre; los ojos pícaros, la actitud maldita, la destreza del pensamiento y esa fabulosa capacidad para que todas las fuerzas jueguen a su favor. El don de la música es su látigo implacable y como todo gran artista no presta atención más que a sus sentimientos.

"Canción para mi muerte" ya contenía la idea de la tragedia.

Un flaco entendiendo con esos acordes, que podrían ser de Haydn, el sentido del mundo. “Confesiones de invierno” es su primer intento de incorporar la gran orquesta. Gustavo Beytelman escribe y dirige con maestría arreglos que harían historia y Charly se siente como pez en el agua. Alguien que se anima en los comienzos de los 70 a jugar en estos terrenos sin ningún complejo. Él sabía de qué se trataba porque el piano le daba esa dimensión. Expandir los acordes en “Cuando yo me empiece a quedar solo” no era que se podía jugar a la Europa y al tango. Era también fundar una nueva forma del tango con todos sus elementos melódicos, armónicos y rítmicos. Nebbia y Spinetta están en una dirección similar. Pero ahora estamos con él, que reinventa la música argentina y así una pieza fundamental para pensar la música popular y el tiempo.

Tendré los ojos muy lejos
Un cigarrillo en la boca
El pecho dentro de un hueco
Una gata media loca.

Un escenario vacío
Un libro muerto de penas
Un dibujo destruido
Y la caridad ajena.

Un televisor inútil, eléctrica compañía
La radio a todo volumen, y una prisión que no es mía.

Una vejez sin temores
Una vida reposada
Ventanas muy afiladas
Y una cama tan inmóvil.

Y un montón de diarios apilados
Y una flor cuidando mi pasado
Y un millón de voces que me gritan
Y un millón de manos que me aplauden
Y el fantasma tuyo, sobre todo...
Cuando yo me empiece a quedar solo.

Es el relato de un hombre que triunfa en la vida y se queda solo con esa historia de amor, vaya uno a saber de qué tipo, pero

de amor al fin, porque lo nombra fantasma y convive con él a partir de un momento determinado, a partir del cual se transforma en su conciencia melancólica. Ese fantasma, que para cada uno de nosotros significará algo especial que nos une de alguna manera al mundo que no fue el que deseamos enteramente. Ese fantasma puede ser algo que perdimos y no lo hubiéramos querido perder o nosotros mismos vueltos esos fantasmas, que nos impidieron ser más felices y así menos plenos.

Como siempre, García es poderoso a la hora de la verdad. Poder resumir en una canción una historia de este tipo es una tarea inusual. Mientras Mann se toma setecientos y pico de páginas para contar lo suyo en *La montaña mágica*, García se toma cinco minutos. Los dos están hablando del tiempo.

Estamos en la Argentina, 1974.

"Pequeñas anécdotas de las instituciones" marca el comienzo de una nueva y personalísima etapa en la música popular contemporánea en castellano. Charly se mete con los mellotrones, los minimoogs, los clavinets y entonces alguien nos enseña que se puede seguir inventando maravillas en un mundo que se va degradando. Estamos en el 75, y ya comenzaban a aparecer los desaparecidos. García va para adelante, se carga los muertos, pero también las ganas de vivir. Adelanta la aguja en un país que solo busca anestesia e inventa La Máquina de Hacer Pájaros, un grupo en consonancia con las tendencias sofisticadas del momento, más único.

Único porque la uniquidad la daba el tirando el minimoog al piso, bailando en un país que no lo hacía, juntando a los Beatles con Genesis, arrancando un concierto en Rosario con una rosa en la boca y las piernas repartidas entre los teclados en V.

Provocando.

¡Ojo! Charly es algo.

El segundo de La Máquina nos regala "Ruta perdedora" y "No te dejes desanimar", canciones que ya querríamos haber hecho. Después se monta Serú Girán, el máximo refinamiento dentro del rock popular escuchado en la Argentina. Después, y eso habla bien de la gente aquí, tuvieron éxito. Las canciones eran "Alicia en el país", "Eiti Leda", "Cuánto tiempo más llevará", "Seminare", "La grasa de las capitales", "A los jóvenes de ayer", "Encuentro con el diablo", "Peperina", "No llores por mí, Argentina".

Llega en el 82 *Yendo de la cama al living*, álbum bisagra. Nada volverá a ser lo mismo en la canción popular argentina, otra vez.

Vuelve a reinventar todo. Piazzola, Dylan, la falopa, Lennon, la imposibilidad de ser diferente sin ser condenado en una plaza, Willy Iturry, la viola muteada con *delay* corto, el tambor fuerte, el conservatorio europeo… Pareciera estar diciéndonos: "Me duermo con todos ustedes porque yo ya lo sé". Puig y García Márquez como telón de fondo.

Después vino *Modern clics*, la música del futuro. Kubrick y la exactitud.

En los 80 se movía Charly, intentando centrar la escena. Todo pasaba por él. El centro del mundo estaba en Buenos Aires y él era Buenos Aires. El bar Einstein, La Esquina del Sol, Cemento, El Parakultural, su casa. A los únicos a los que no les asustaba la cocaína eran a él, a Fogwill y a Symms.

Después vendrían *Parte de la religión* y *Cómo conseguir chicas*, joyas argentinas modernas. *La hija de la lágrima* es un disco extraño, piedra fundacional del futuro del siglo treinta y nueve. Un álbum hecho de pequeños retazos, aparentemente inconexos, que desafían al oyente desprevenido a perderse durante una hora en un caos que asustó a seguidores y crítica porque Charly, ahora sí, se había vuelto loco y esto era lo que todos habían estado buscando durante tantos años.

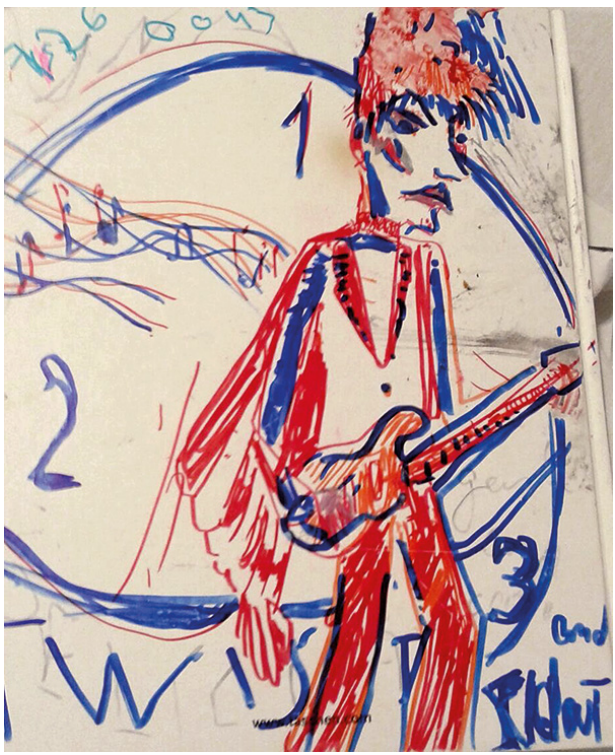
El mundo necesita arrinconar al que se anima a más porque pone todo en peligro, como si no lo estuviera ya. García estaba aburrido de los acordes, del cuatro por cuatro, del desarrollo de la canción, de los timbres de los sintetizadores y ahora iba por más. Desarma la forma de composición convencional y se encierra en un estudio con sus demos caseros, películas y CD favoritos a inventar una forma nueva con su ya conocida audacia. Todos, casi sin excepción, se horrorizaron. La máquina de matar estaba lista otra vez, buscando esa perfección pequeñoburguesa. Charly ya no era material de consumo en los hogares argentinos, su música molestaba y agredía. Había perdido la canción, decían.

Pero su arte trasciende y se sitúa fuera de los cánones de la música de confort para un mundo globalizado. Se vuelve más específico y original. Busca el error casi como un místico. Funda una mística, como todos los grandes artistas. Nos hace repensar el sentido de un arte salvaje, todavía posible. Un arte vivo, que destile odio y humor, pasión y amor, y que nos intime a ser más inteligentes y volver a descubrir el mundo en el que vivimos. Yo no sé quién podría ufanarse de eso aquí. Mientras tanto, García era el falopero más grande de la historia argentina, como si eso no significara algo. Su carrera estaba "acabada" y eso era bueno

“aquí”, porque correspondía con nuestra más noble y enloquecida tradición de intentar construir todo otra vez sobre lo recién destruido por nosotros mismos, intentando así refundar el mundo, como si esto fuera posible.

Esta idea volvería loco a cualquiera. A Charly jamás, pienso, mientras llegamos en un micro viejo y destartalado a Capilla del Monte a tocar algunas de sus canciones.

2004



15 de noviembre

Llego a los ensayos y encuentro a la banda mucho más afiatada de lo que suponía. ¿Qué suponía? Suponía cansancio, *stress* y cierto hartazgo propio de las cercanías al fin de año. Esas ganas de tirar todo por la borda y que por fin termine la guerra.

En la primera jornada, nunca menos de seis horas todos juntos, ya

habíamos pasado todo *Giros* entero. Comenzábamos a acomodarnos a las nuevas tonalidades en algunos casos, a los viejos nuevos sonidos, en otros, a la sala seca otra vez. Creo que una de las cosas que más me gusta es cuando se enciende el fuego adentro de las salas de ensayo con una banda de músicos. Aquí la ventaja es que estaba dentro de una formación que me conocía y yo a ellos, y había pasión real por la música. Donde el goce es nodiv, constante y parejo.

Guido Adler

Sin querer entrar en polémicas, no me gusta el término profesional cuando se trata de expresar algo. Y todos allí, el pelado Ariel Sorda, Emanuelle Moscatelli (asistentes de lujo, fieles parceros y compañeros de rutas infinitas) e incluso nuestro técnico de monitores, el adorable Pablo Jons, sabían que no se bromeaba cuando había que ir detrás de "eso". Allí seríamos eternos amateurs.

Guido Adler

20 de noviembre

Las cosas avanzan en la mejor dirección. Y así también el eterno y cada vez más difícil de resolver, dilema de la lista de temas. Finalmente, con mi amiga Alina Gandini logramos llegar a un nuevo acuerdo. Ella, fanática radical. Algo que nunca entenderé de nadie bajo ninguna circunstancia, a menos que la guerra o la necedad golpeen a la puerta de tu casa. Alina me insistía con una lista de cuarenta canciones. En fin, amo a Alina. Pero se torna evidente que hay momentos donde la gente que uno quiere puede perder los estribos. Entonces hay que tomar medidas para que esas vidas no deriven y puedan afectar la salud de otras personas. ¡Chaleco de fuerza para mi amiga!

Termino decidiendo sobre esa primera lista gandiniana. Iba a rodear a *Giros* de todo material de los años 80. Iríamos desde *Del 63* hasta

Tercer mundo. Todo lo que uno necesita a veces es un plan.

Archivo personal

Anexo

…más bien bajo infinidades de máscaras hablamos sobre nuestras hipocresías y así nos desnudamos.

Para no olvidarnos que la mediocridad, la adultez y la corrección política nunca serán nuestro espacio natural.

Viles y etéreos.

Ese honor ganado a fuerza de testarudez, otorgado por una parte de la tribu, nos conmina a nunca frenar el juego y a seguir intentando expresar el absurdo, el horror y las maravillas del mundo con la máxima honestidad.

“Los mejores son los que se animan a más”, decía el viejo Hemingway.

Tenía razón.

Todo lo demás sobra.

22 de noviembre

Sucede la segunda vuelta.

Maurizio Macri gana la presidencia del país sobre su contrincante Daniel Scioli. 51,34% sobre 48,66%. Los amarelos toman el timón.

Ya tenían CABA, provincia de Buenos Aires, y la presidencia. Habría que intentar seguir comprendiendo y estudiando a los argentinos. De la faz de la región se estaban terminando de esfumar los políticos de raza, los conductores (salvo honrosas excepciones) y comenzaban a mostrarse impúdicamente los grandes grupos económicos de mega comunicación y la justicia (a través de una pléyade interminable de jueces y periodistas) como los obscenos dioses que comandarían toda la opereta global aquí en el barrio, bajo la batuta del dinero.

El dinero se había consumado en su condición de tótem atávico. Ya nada volvería a ser igual, algo se había estado moviendo en un planeta que estaba girando para siempre (¿qué diría Levi Strauss de esta palabra?) hacia las cuestiones prácticas y legibles. De lectura e interpretación literal. Un nuevo mundo sin metáforas ni romantisismos posibles. Posiblemente solo el fanatismo religioso pudiera ponérsele en frente y actuar como un enérgico enemigo. Pero de máscaras está hecho el mundo y nunca es aconsejable pensar en fórmulas binarias.

Mientras tanto los ensayos están resultando una experiencia proteica. La música sola se sostiene en el tiempo. Y vive allí el alma del misterio. Había vivido parte de mi vida sosteniendo eso sin saberlo a ciencia cierta. No se trataba de matemáticas solamente. Ni de música erudita o popular. Eran muchos elementos que debían coincidir para que aquello extraordinario sucediera en alguna habitación de algún piringundín, en un tren, en un sueño, frente a un piano en soledad, o en una sala de ensayo rodeado de músicos o en el Carnegie Hall. Ya escribiré un libro sobre estas materias. ¡Ja!

¡Viva la música!

23/24 de noviembre

Ya estamos a punto caramelo. Las voces afiladísimas en “Instan-táneas”, “D.L.G”, “Folly Berghet”, “Lejos en Berlín”.

Carlos Vandera, un excelente cantante y el mejor actor de *stand up* argentino. Fabi es todo. Mariano Otero cambió de bajo sobre el trayecto de los ensayos. Su padre no andaba bien de salud. Él, firme como un soldado, con el aplomo y la concentración de un verdadero artista de raza tocó el bajo como si fuera la última vez. Gastón se está comenzando a transformar en el baterista que deseé allí por el 2009 cuando lo conocí. Eso me llena de orgullo. Juan Absatz es un titán de la

perfección y la resistencia. Importantísima figura en un gabinete de guerra. No se llevaría a cabo ninguna acción innecesaria. No moriría ni un soldado de más. Siempre con una alta conciencia sobre toda la partitura aportaba lógica y belleza con sus timbres de teclados y sus voces afinadísimas. Diego Olivero ya transformado en un guitarrista no dejaba de sorprender.

Hacemos una lista de veintisiete canciones sin los bises. Con público, por supuesto. Todos en shock durante la primera pasada. En la segunda, ya más relajados, podemos concentrarnos más y salirnos un poco, lo justo y necesario de la búsqueda de la perfección. Así se interpreta mejor la partitura. Esa delgada línea entre la emoción y la precisión tan difícil de lograr. Recuerdo las respiraciones entre tema y tema. Los silencios, que se vuelven interminables. Las miradas cómplices cuando la música cobra verdadera vida. El sudor sobre los rostros y las sonrisas del final, una vez terminado el ensayo.

Después llegaron las indicaciones para cada uno de los músicos con detalles muy específicos.

Sobre el final del ensayo llegó Javi Caso, persona querida y entrañable, ahora A&R de Sony Music Argentina. Traía una mala noticia. Sony no iba a aportar dinero para la filmación y grabación de los conciertos de *Giros* en el Gran Rex. No había sido lo pautado en la reunión de octubre donde casi me arrojo por la ventana. Aquello iba a filmarse y grabarse. A ellos les serviría el material como catálogo y al archivo de la nación para dar cuenta de que algunas canciones podían atravesar treinta años sin que les tiemble el pulso. Yo me vengo loco y Javi no sabe dónde meterse. A mí tampoco me tiembla el pulso. Llego a mi casa y le escribo a Diego Álvarez, director genial, hombre emprendedor y artista de carácter. Miembro de la productora Plataforma, con sede en DF. Argentino radicado hace diecisiete años en México.

Lo conocí cuando dirigió la filmación de *El amor después del amor XX años* en el Planetario porteño. Le mando un mail que él me responde a los cinco minutos: “Quedate tranquilo, te mando un equipo a partir de mañana. Vamos a filmar todos los días con un equipo reducido y yo llego a la última fecha y filmamos con todo”.

¡Cómo me gusta la gente así!

Guido Adler

TEMAS SHOW GIRGS
1. GIRGS
2. TAQUICARDIA
3. ALGUNA VEZ VOY A SER LIBRE
4. 11 Y 6
5. YO VENGO A OFRECER MI CORAZON
6. NARCISO Y QUASIMODO
7. CABLE A TIERRA
8. DECISIONES APRESURADAS
9. DLB
10. DEL 63
11. 3 AGUJAS
12. CANCION SOBRE CANCION
13. NUNCA PODRAS
14. FOLIS
15. INSTANTANEAS
16. HAY OTRA CANCION
17. POMPA
18. DC 1520
19. A LAS PIEDRAS DE BELEN
20. GENTE SIN EMING
21. BERLIN
22. DAME UN TALISMAN
23. POLAROID
24. FUE AMOR
25. Y DALE ALEGRIA

TEMAS SHOW GIRGS
1. GIRGS
2. TAQUICARDIA
3. ALGUNA VEZ VOY A SER LIBRE
4. 11 Y 6
5. YO VENGO A OFRECER MI CORAZON
6. NARCISO Y QUASIMODO
7. CABLE A TIERRA
8. DECISIONES APRESURADAS
9. DLB
10. DEL 63
11. 3 AGUJAS
12. CANCION SOBRE CANCION
13. NUNCA PODRAS
14. FOLIS
15. INSTANTANEAS
16. HAY OTRA CANCION
17. POMPA
18. DC 1520
19. A LAS PIEDRAS DE BELEN
20. BERLIN
21. DAME UN TALISMAN
22. FUE AMOR
23. Y DALE ALEGRIA

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

26 de noviembre al 06 de diciembre

Mi hija Margarita y María Eugenia me asistieron en la previa cada noche con el vestuario y los mimos de rigor. Salgo con las luces del Gran Rex prendidas. El lugar rebasaba de almas. Parecía un mitin político. Sin las luces del rock and roll. Presento a mis compañeros de banda original, salvo al Tuerto Wirtz, gran baterista fallecido hace algunos años y a quien le dedicamos el concierto. Y allí estaban Fabián Gallardo, guitarrista, compositor, arreglador y cantante impecable. Amigo de la pre adolescencia en Rosario. Nos asomamos juntos a la

primera vez a un montón de cosas. Paul Dourge, bajista de excelencia, caballero francés y ex habitante de la casa de calle Estomba en plenos 80 y Tweety González, productor, tecladista y parcero de un montón de músicas a través de los años. Su familia me cobijó en momentos dolorosos y siempre vivirán en mi corazón como gentes de bien.

Todos nos abrazamos, nos reencontramos, nos emocionamos. Mariano López no solo había parido con nosotros el sonido de este álbum tan particular. Por aquellos años él estaba forjando también el sonido de una época muy importante en la historia de la música popular americana del siglo veinte. Él también era un celebrado estas noches y se lo hice saber en el último de los conciertos.

¡Y ahora sí!, había que apagar las luces y disparar todas esas músicas otra vez. Fue una lista insólita. De lados B. Primero hicimos todo *Giros* en orden. Luego una corta introducción de "Del 63" daba paso a "Tres agujas". De allí a la favorita de ese álbum de Alina, "Canción sobre canción". Mención especial para "Nunca podrán sacarme mi amor", compuesta en el medio de la administración alfonsinista. Parecía escrita hoy. Hay algo ingenuamente rebelde y a la vez rabiosamente arcaico en esa letra. Nunca podrán sacarme lo más puro pareciera decir ese niño ya entrado en los veintipico casi a la manera de un berrinche pero después al repasar el texto fue inevidiv encontrar similitudes con el presente más nítido. "Pueden vender un país...." o "puedes echarme de aquí por no pensar como vos/ pero nunca podrán sacarme mi amor" por cuatro hasta el infinito. Y la cita de Stubrin... ¡Ja! ¡Qué absurdo! También tiene los acordes del riff que están entre el "She Was" de Talking Heads y el "Pecado Mortal" de García. ¡Linda ensalada viajando en el tiempo! Luego pasamos al bloque *La la la* con "Folly Berghet", "Instant-Táneas" y la única canción que compusimos juntos con Luis Alberto Spinetta, llamada "Hay otra canción". Absurdamente quitada de la versión del paso del vinilo al CD porque no llegaba a entrar en una sola caja…

Follys terminaba con una cita a "Fanky" de Charly que hizo temblar el teatro. "Pompa Bye, bye", aquella gema macabra que abre *Ciudad de pobres corazones*. Recuerdo la noche que la mezclamos en Panda. Por curiosidad, García entró al estudio y salió corriendo del control, asustado. Iba en serio. La muerte llamaba por teléfono y me preguntaba si yo tenía más. Ella reía y yo contestaba que no, que no tenía más. Y ella cerraba el diálogo diciendo: "Todos tienen más".

"De 1920" era la que seguía cronológicamente en el álbum y así en el concierto. Al final aullé igual a un lobo. La muerte era el único tema: "vuela en su caballo despidiendo mucho gas, como si lo que hubiéramos amado…". "A las piedras de Belén", mandando todo a la

puta y repiqueteando las timbaletas daba pie para cerrar el bloque con "Gente sin swing". Y a muchos, otra vez nos volvía a resonar escrita ayer a la noche. Era la favorita de Gustavo Cerati. Siempre pedía que la tocáramos cuando interactuábamos.

Se iba creando un clima muy especial, enrarecido, de emociones encontradas. Entre la sorpresa de volver a tocar esas canciones, tanto del público como nuestra y el efecto del paso del tiempo. "Siempre es hoy", decía Gus. Tenía razón. "Lejos en Berlín" nos devolvía a Fabi al escenario y todo volvía a nacer. Bailamos, actuamos la letra, nos revolcamos, la ahorqué en una de las funciones. Esa canción era un buen resumen de mi punto de vista sobre algunos momentos de nuestra relación. "Dolor de más, para amarte". "Dame un talismán" era una de mis canciones favoritas de *Ey!*. El bajo lo habíamos trabajado con Guille Vadalá en los estudios de La Mar en el barrio de Caballito, allí por el 88, y hoy Mariano Otero lo revivía en otro tono con el *swing* de Avellaneda. Únicos, grandes bajistas. Por fin tocamos "Polaroid de locura ordinaria". Todo el Rex la cantó. En ningún rincón del mundo cantaban aquella canción con la garra con que se la cantaba en Buenos Aires. Se la debo al viejo Chinaski y a su bella señorita que se cortaba la cara en aquellos bajos fondos de L.A.

"Alegría a mi corazón" nos arrimó a todos a la playa de *Tercer mundo* sobre los albores de los 90. Anunciaba el final del concierto y el Gran Rex se encendía en una liturgia diferente y a la vez conocida en cada una de las cinco funciones. La puesta de luces de Claudio Arce le dio un marco de sobria espectacularidad a todo el asunto. Delicado y joven puestista con alta sensibilidad para los matices. Extrañé la presencia de nuestro iluminador original y viejo compañero de rutas Fernando Piedrabuena. Gran iluminador de conciertos de rock. Los años por motivos absurdos a veces te alejan de gente muy querida. Cantábamos todos juntos y aquella sala a oscuras parecía un aquelarre de locura y lujuria. Cada noche se instaló el mismo canto mientras yo me cambiaba en camarines. "Oh, vamos a volver, a volver, a volver, vamos a volver…". Más allá de la especialísima coyuntura política había algo oculto y trascendente en aquellas palabras cantadas que se escapaban del sentido más concreto.

Guido Adler

Querramos o no. Luchemos contra eso o no. Siempre hay algo que vuelve. Vuelve a marcarnos quiénes somos, de dónde venimos, el disparate que encarnamos. Y que, de lo especialísimo que somos, o sea de nuestras pasiones, no escaparemos jamás y siempre, de alguna manera u otra, vamos a querer seguir viviéndolas.

Sin que nada más importe.

No existe borrar el pasado ni tirar la basura debajo la alfombra. Algo esencial siempre termina volviendo y recordándonos de dónde venimos y quiénes somos.

El pasado es mañana. Eso sí que lo sabía. Y eso funciona así cualquiera haya sido tu cuna. Saber eso te ahorra mucho camino a la

hora de ciertas decisiones y discusiones.

Me estoy olvidando de un bloque con el piano solo donde cantamos con Fabi una canción que a ella le gusta mucho. La canción se llama Panamá. La compuse la tarde que los gringos invadieron Panamá, tiempos cuando caía el muro de Berlín. Y también, en otra función cantamos “Me voy quedando”, del Cuchi Leguizamón.

Los bises fueron todos diferentes cada gala. Y el final de cada noche fue la gente cantando “vamos a volver”. Primero en el paquetísimo *foayeur* del Gran Rex. Tengo algunas fotos y filmaciones de aquellos momentos y muchos encuadres son un símil del cuadro de las escaleras laberínticas de M. C. Escher llenos de gente. Luego casi todo el mundo tomaba la calle Corrientes y se armaba rock and roll.

El día 5 se casó mi amigo Carlos Vandera con su pareja Verónica Litvak. Se celebró y todos sus amigos y familiares fuimos felices por estas dos preciosuras de amores.

Sudevi, la abuela de Margarita, su hermana Valentina y tantos nietos más bailaban y cantaban con todos. Liliana Herrero, amiga y hermana, se emocionó cuando le dediqué en la última función la versión de “Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Ella fue una de las personas que me introdujo a los vericuetos de la literatura y la vida política argentina.

Mis hijos dieron vueltas por el escenario y la sala todas las noches y eso me hizo muy feliz. El Gran Rex era otro salón de sus casas. Como así también ver a sus madres compartiendo aquel tremendo viaje. Gracias Romi Richi, gracias Ceci Roth. Casi todas mis ex parejas estuvieron allí y eso es otro regalo que la vida te da. El amor muta. Nada se pierde, todo se transforma.

Archivo personal

Adolfo Aristarain y Kathy Saavedra. Abrasha Rotemberg y Dina Rot. Llevaban juntos muchos años. Se amaban. Estaban allí enfrente. Ellos conformaban dos piedras sólidas e indisolubles. Son dos parejas fieras que decidieron hacer el viaje juntos hasta las últimas consecuencias. Los amo.

Guido Adler

Pablo Dacal, siempre presente con su estirpe bohemia y su curiosidad permanente, engalanó la noche. Tamara Kosakoff, amiga querida compinche de infinitas noches y la mejor organizadora de fiestas del mundo. Mariana Copland, fotógrafa de alma, amiga pispireta del viaje, con sus ojos de Campanita atrevida. También mi amiga Celeste Cid y su compañera Paula Kohan con quienes compartimos hace unos meses una tarde divertida haciendo unas musiquitas para los *spots* de su nueva marca de ropa. La vi a Vivi Tellas cantando y bailando *like a virgin*. Hermosa, su mirada pícara de niña de siempre, intacta. Guido Adler retrató todo con su cámara endiablada. Debe ser el mejor intantaneísta que conozco. Sus fotos son extractos de vida. Él y yo pensamos en las antípodas pero sentimos en el mismo lugar. Debe

ser una de las pocas personas con quienes me sucede eso. En la guerra lo quiero a mi lado por su nobleza total.

Recibí un mensaje precioso de uno de mis hombres e intelectuales favoritos. Un hombre libre de verdad, Roberto Jacoby. Alto niño lúcido y travieso. Sofía Gala también me acompañó en varias funciones y su presencia me intima a lo mejor de mí porque sé lo que a ella le interesa y cómo vive la música. Antes de comenzar la última función nos enteramos que acababa de fallecer Joti, el papá de Mariano Otero. Le dijimos con Avalis, eterno general, que no viniera. Que hiciera su duelo. Hablamos con Ale sobre poner el Minimoog sobre el CP 70 y algún teclado más para reemplazar lo irremplazable.

Mariano tocó aquel concierto con el mismo talento y calidad que siempre. Terminó la función y de allí hacia Avellaneda, a la casa de sepelios. La casa Otero había perdido a su rey y había que estar allí para despedirlo.

Después volvimos a festejar a mi departamento. Fue un extraño festejo. La vida misma. Luces y sombras. Todo junto bajo el mismo techo. Nora Lezano y Guido Adler retrataron a todos los invitados sobre un fondo negro.

Giros fue un álbum fundacional para mí. Ahí me diferencié. Estaban todas las influencias pero había jugado fuerte. Eso sobrevivió hasta el día de hoy. Había que diferenciarse. De alguna u otra manera a los veintidós años ya lo sabía como una inapelable certeza. Nunca me gustó la manada. Y eso me hizo hombre.

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Guido Adler

Nora Lezano

Guido Adler

09 de diciembre

Horacio González termina su magnífico ciclo de diez años a cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional. Me acompañan María Eugenia y Alina Gandini. Horacio y Ezequiel Grimson nos reciben con las partituras recién recopiladas de Gerardo Gandini. Nos brota una emoción profunda a todos por el amor que sabemos que todo el equipo de la Biblioteca Nacional le dedicó a esa inmensa tarea.

Sin previo aviso, González manda a pedir unos manuscritos de Macedonio Fernández y casi que ni los puedo tocar de la conmoción.

Eran unos garabatos ilegibles. Escritos en un cuadernito de hojas amarronadas.

Fue una despedida fuerte y no exenta de emociones. Todos los representantes de los gremios de trabajadores estaban orgullosos de la tarea cumplida y felices de haber estado bajo el comando de semejante titán tantos años. González dio un discurso histórico donde expuso sus dudas sobre el modelo que lo proseguiría y puso de claro manifiesto sus objeciones a la administración política de la cual había formado parte. Qué lujo de modelo intelectual es Horacio González.

¡Viva Horacio González!

Archivo personal

Anexo

SOBRE GERARDO GANDINI

Si alguien puso en escena la libertad, ese fue Gerardo Gandini. La música erudita y la popular fueron temas que lo hacían pensar hacia una única dirección vinculada a la historia, su estética personal, el juego y el presente. Igual que Charly, era un niño atrapado en el cuerpo de un hombre. Gerardo fue siempre en la búsqueda de la perfección. Un auténtico hombre utópico. Fue un artista artesano que construyó su obra con lo que tenía a mano. Hombre desprejuiciado y aventurero. Todo lo ligado a la música le interesaba. Pensaba el mundo desde allí. Y ese mundo era tan complejo como su espíritu. Gerardo nunca escribió una sola nota

con la que no estuviera involucrado emotiva y conceptualmente. Salvo en sus improvisaciones, que eran miniaturas de dibujante travieso sin borde alguno donde frenar. Es un ejemplo de artista total que siempre vivió fuera de las coyunturas de mercado. Solo atento a sus delirios y deseos. A las siete de la tarde se disparaba el primer whisky, que era su rito diario, e inauguraba la hora del relajo y también la acción, depende el día o la noche.

Creo que puedo escribir por todos los músicos que lo conocieron y decir que era una de las personas más divertidas y simpáticas de las que se hayan conocido en nuestro ámbito. Riguroso e implacable a la hora de hacer sonar cualquier partitura que estuviera bajo su comando. Todo eso era parte de su naturaleza y sin grandes gestos nos hacía saber y aprender la música sentados al piano. Doble enseñanza.

También fue el hombre inteligente que prodigaba alegría y buen humor en los momentos de mayor tensión laboral. Y sus cometarios sagaces, al respecto de errores y aciertos, que tanto nos descostillaban de risa genuina una vez terminados los ensayos y conciertos, son recuerdos imborrables para todos los que estuvimos a su lado.

Hay un maremágnum en esta época en el que todo lo diferente queda fuera de la atención popular. No soy yo quien vaya a imponer una regla moral, pero sí puedo decir que un genio como Gerardo Gandini fue uno de los más majestuosos artistas de los que mi país sigue sin saber nada y eso es una alarma cultural.

Gerardo vivió sin pensar en esto. Y ese desinterés natural por las cosas mundanas lo transformó en un rey de oro, en un aristócrata único de la música universal, que adelantó la aguja en el medio del pantano de la mediocridad de la vida moderna. Mi viejo amigo hoy se apagó y lo metieron en su ataúd.

Fin de la historia. Sin sentimentalismos. Le hubiera gustado esta manera de contar su muerte. Solo que siempre, después de su mirada escéptica al respecto de “casi todo”, se escuchaba su risa borrando cualquier idea de imposibilidad. Su larga risa de todos estos años. Casi Fogwill dixit.

Todos los que lo amamos llevaremos por siempre el efecto de su espíritu en nuestra memoria.

¡Ah!, no le gustaban los pavotes que se toman todo en serio, ni la gente que no corre riesgos. Para él, el sol mayor era el sol mayor pero ese sol mayor nunca estaba exento, en sus manos, de ser transfigurado en algo que se pareciera a las estrellas.

12/13 de diciembre

Tocamos en Rosario. Ciudad natal. Se repite casi el mismo efecto que en Buenos Aires. Viene Guido Maranzana a afinarme el piano. Me alegró verlo y saber que ese CP70 va a estar mejor que nunca. Me afinó los pianos durante tres décadas. Se acercaron mis tíos Charito y Carrizo a saludar al camarín. Fue lindo volver a verlos después de casi un año. Están grandes pero mantienen el amor y el deseo intactos. Es lo único que precisamos para vivir.

Improvisamos con Fabi unas óperas apócrifas antes de subir al escenario. Me acompañan mis amigos Azu Lombardia y su marido Gustavo Podlischevsky. Poli para nosotros. Van a casarse y fantaseamos sobre la posible fecha del evento y mi participación como músico animador. Cenamos un curioso sushi en la habitación después del primer concierto. Ellos, Euge y yo en el living de la preciosa *suite* del hotel Holiday Inn. Escenario de innumerables noches en los últimos quince años cada vez que volvía a la Chicago argentina.

Allí escuchamos con Coki sus primeros demos de *Chicodinamitamor*, hicimos todos los *after* después del Diablito, bar emblemático de la noche rosarina. Nos refugiamos después de un intento de asalto y entonces recuperamos el aliento con mis hijos y la Srta. Mengolini. Escribí mucho de *La puta diabla*, tuve amantes y pasé temporaditas en mi propio infierno. Recibí amigos y amigas amaneciendo con esa fabulosa vista al río Paraná. Uno de mis padres metafísicos.

Allí estábamos con Euge, Azu y Poli después de comer recordando tantos viajes y vicisitudes a través de tantos países y en tan poco tiempo. Hablamos de la última plaza de la gestión de la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner, repleta de gente que la despedía con sincera emoción. Del nuevo presidente de los argentinos. Del pobre discurso leído y de sus extraños pasos de baile en el balcón de Casa Rosada. De la fantochada que había resultado el traspaso de mando. Y de cómo Rosario había pasado de ser la esperanza socialista, que hace una veintena de años había abierto sus puertas al río hasta convertirse en una de las ciudades más pujantes de América, a una capital sojera, nula de valores de antaño ligados a la solidaridad y el bienestar general.

Todos los que allí vivimos la transición de la dictadura a la democracia, sobre los principios de los 80 no podremos olvidar jamás cómo Rosario fue la primera ciudad que violó las leyes del toque de queda, y en sus calles y en sus casas, en sus peñas y pequeños auditorios, se le comenzó a decir que no a la dictadura cívico militar, y

sus trasnochados y macabros asesinatos fuera de la ley. Con canciones y deseos de bonhomía y liberación. Así había sido.

Archivo personal

El tiempo dirá, Rosario de mi corazón, en qué nos hemos transformado. Un cable me sigue uniendo a vos en lo más profundo. Incluso en el espanto. ¡Y cómo extraño al Negro Fontanarrosa!

14 de diciembre

Litto Nebbia cierra un magnífico 2015 en el teatro Colón. Reencuentro con Daniel Colombres, baterista de excepción con quien tuve la suerte de tocar un montón de años. Ahora formaba parte del grupo de Litto. Probamos sonido a las cinco de la tarde. En la espera en el camarín improvisamos una canción con mi hija Margarita sobre tan especialísima noche en un piano vertical. Una banda impecable y un repertorio inoxidable aseguraban una noche de lujo. Litto es uno de mis artistas favoritos. Comenzó con una introducción de piano instrumental que paraba los pelos de punta. ¡Estaban allí todos sus recursos armónicos desplegados de tan sofisticada manera!

Archivo personal

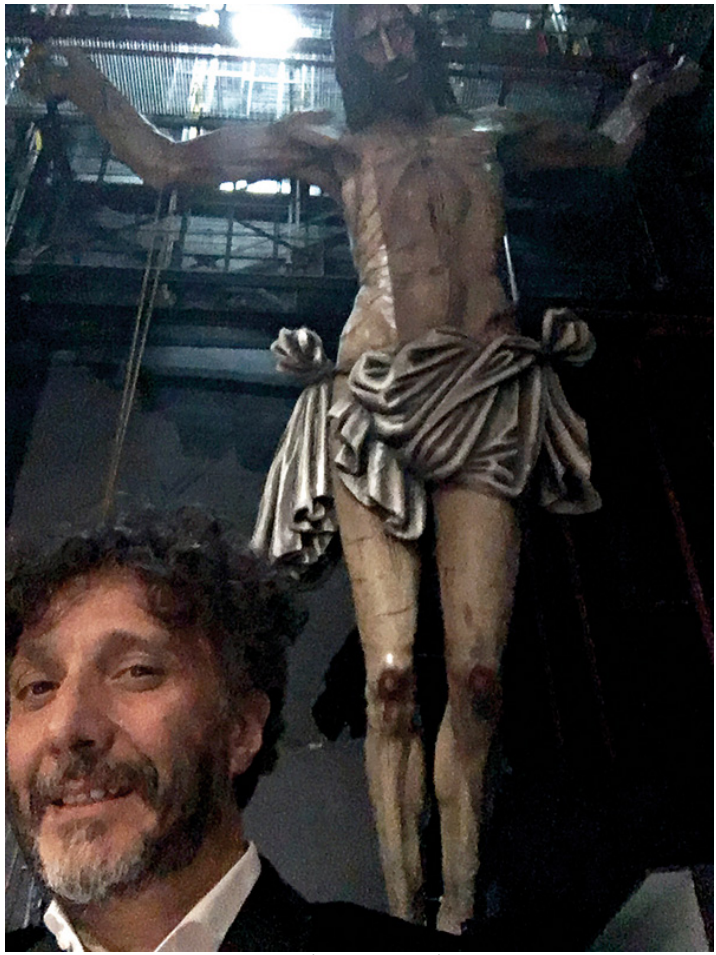
Me senté entre los operarios del teatro detrás del escenario a disfrutar como un niño y de paso apreciar el inmenso cariño que todos aquellos trabajadores tenían por nuestro maestro popular. Un cristo enorme colgaba sobre nuestras cabezas. Llegó mi turno. Así me presentó: “El mejor amigo del hombre es un rosarino”.

Entre tímidos aplausos subí a interpretar “Parte del aire”. Con Litto al piano y voz, y yo cantando. Nos recordamos todos los yeites que habíamos probado en el ensayo semanas atrás.

Entonces aquella versión de “Parte del aire”, que versaba sobre la posibilidad de la continuación del romance de mis padres a través de la muerte, levantó un aplauso sincero. Y preparó el terreno para la próxima versión de “Yo no permito”, una canción híper optimista de uno de los más originales artistas argentinos que literalmente nunca permitió que no lo dejaran seguir e incluso nos invitó a todos a que lo viéramos seguir. Dicho y hecho.

Gracias, Litto, por tu amor infinito y tu reconocimiento de hermano

mayor.



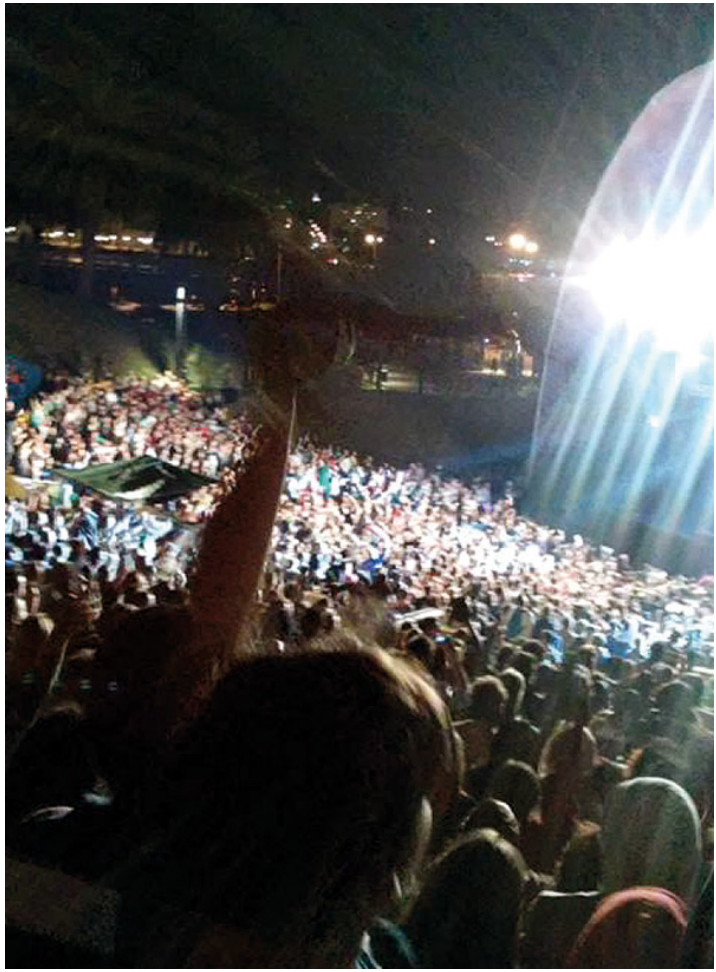
Archivo personal

16 de diciembre

Tocamos *Giros* sin Fabi en el Teatro de Verano del parque Rodó. Otra vez allí. Noche cálida, milagrosamente. A pesar de la fecha siempre refresca en esa altura del mes en la capital uruguaya. Otra vez en el patio. En casa. La despedida de un agitadísimo 2015. Vandera, Otero y Olivero se ocupan de reemplazar a Fabi con maestría y precisión. Noche inolvidable al lado de la rambla montevideana con el público encendido.

Terminamos en el mismo restaurante italiano donde habíamos

cenado después del concierto del teatro Solís en enero pasado. Conocí a la hermana de Euge. Toda su familia es media uruguaya. Marilí llevaba una panza de seis meses y una hermosa sonrisa. Y después de muchos años tuve una conversación preciosa con el Lobo Núñez.



Archivo personal

Alto lutier de tambores, musicazo y gurú negro. Generoso y divertido. Nos volvimos a acordar del primer viaje juntos hacia La Habana en el año 87. Su delegación y la mía rumbo al festival de Varadero. Último bastión de la canción moderna americana. Silvio, Chico, Pablo, Van, Van, Jaime Roos, Gonzalo Rubalcaba, cantantes y compositores e instrumentistas de todo el continente se daban cita a tocar las músicas y canciones de toda América. El Lobo había comprado una damajuana de cinco litros de Concha y Toro, el gran vino chileno en el aeropuerto de Santiago, escala previa hasta la isla. La habíamos agotado en una peña bastante reducida atravesando el cielo brasilero. Y recordamos la borrachera y el impacto que había causado la llegada del

primer rockero a Cuba que cantaba en castellano. Encima llevaba tumbados dentro de las músicas. La resultante fue que después de dos noches tocando en el festival de Varadero fuimos convocados a realizar cinco conciertos en el teatro Karl Marx en la ciudad de La Habana. Y aquello fue una auténtica revolución dentro de otra.

Yo andaba por los veinticinco y Marcelo Figueras, periodista y escritor argentino, me había regalado *Cartero,* del viejo Bukowski, la noche previa a la salida hacia el Caribe. Eso leía en La Habana de Castro en 1987. Y las discusiones eran feroces y los romances fugaces, y los besos eternos y las *jam sessions* infinitas. Le debo a Pablo Milanés y a través de él al pueblo cubano el haberme salvado la vida. El amor que recibí en esos días jamás lo olvidaré.

1987. Estaba transitando el primer año de la ausencia de mis abuelas después del salvaje asesinato de la calle Balcarce 681 en la ciudad de Rosario. A veces la angustia hace que se pierda todo sentido y nos coloca en la verdadera dimensión del absurdo. La lógica desaparece. Por fin, desaparece.

Ese viaje, por el contrario, me devolvió al mundo y me salvó de una posible muerte anunciada.

Y allí seguimos en aquel restaurante tomando vino tinto con el Lobo, mi Lobo negro africano recordando una payada en el bar La Esquina en la bella Montevideo de fines de los 80, una mañana sentados en una silla arriba de una mesa cada uno. Payando a los gritos. Versos imposibles. Uno en cada rincón de aquel salón rodeados de personas que nos escuchaban y reían con nosotros. Con un solo objetivo en común. Rescatar alguna cerveza o lo que sea antes de que nos echen del esdivcimiento.

17 de diciembre

Salimos a almorzar con Euge a la zona del Puerto. Comimos una carne asada y unas ensaladas. Caminamos y llegamos hasta una calle peatonal. Escuchamos una música muy hermosa salir de unos grandes ventanales y nos detuvimos. Era la orquesta de Panchito Nolé. Célebre y talentoso músico uruguayo. Entramos a un edificio, subimos unas escaleras e ingresamos a un gran salón que era la sala de ensayo. Fue una hora de gracia. Un regalo de la vida. Otro. Me saqué fotos con casi todos los integrantes de la orquesta y nos dimos un abrazo con el maestro Nolé. En Montevideo la música forma parte de su sistema respiratorio. Bajamos llenos de música y cariño. Entramos en una

pequeña librería y encontramos el inconseguible libro de Stanley Kubrick sobre la preparación del film de Napoleón Bonaparte que nunca filmó. Entonces Euge me hizo mi regalo de fin de gira. Sabía que deseaba tenerlo desde que lo vimos, hace más de un año, en la casa de Matías Gueilburt.

Archivo personal

Me había olvidado de contar que durante el trayecto del año y entre viajes logramos darle punto final al guión de *Novela*. Un trabajo de casi treinta años que Nico, el hermano de Matías, consiguió terminar después de largas reuniones donde tanto Mati como yo solo le pedíamos que nos diera un libro terminado. Era tal la montonera de papeles y dibujos y versiones acumuladas sobre este proyecto que solo necesitábamos un hombre ordenado y metódico. La verdad, todo no se puede.

Bueno, un poco sí.

30 de diciembre

Mañana la fiesta será en Bioy Casares, ex Schiaffino. Mi casa (rentada), la de mis hijos y mis amigos durante los últimos diez años. Tarde de compras.

31 de diciembre

Sabía que aquella no iba a ser una fiesta más. Sería la última en ese departamento donde tantas cosas se habían celebrado. Mi hija Margarita había crecido allí. Mi hijo Martín había pintado casi la totalidad de su obra pictórica. Había amado a muchas mujeres. Había compuesto cientos de canciones. Había escrito mi primera novela a través de tres años. Guiones de cine. Se había bebido, reído, estudiado. Compartido la merienda con mis hijos. Hecho pizzas. Había filmado una película de Fernando Rubio. Había dirigido un clip de los Estelares. Los domingos de esa casa van a permanecer en la memoria de todos los comensales que pasaron por allí. Me había enamorado y había roto corazones. También habían roto el mío. Se discutió de política y abrazamos la lujuria en noches interminables. Leí hasta no poder más. Vi mucho cine. Casa de excesos y ascetismos. Había logrado formar una pequeña cosmogonía. Había logrado formar una gran familia. Eso sí que era motivo de festejo. Entonces tirar la casa por la ventana era la mejor manera de cerrar el círculo de esta última década tan intensa. Hacía una semana había comprado mi primera casa y ya iba a dejar de pagar alquileres. No era poca cosa a los cincuenta y dos años.

No tenía aire acondicionado y eso Moria Casán no me lo perdonará jamás. Se pasó toda la noche envuelta en un vestido apretado muy sexy y un abanico en la mano. Por momentos acunaba a su nieto Dante y por momentos salía a respirar a la ventana. Ella también festejaba porque la habían exonerado de una causa en el Paraguay. ¡Qué mujer tan espléndida y vital! Nada la detendría y lo sabía.

Euge estaba radiante con un vestido negro muy cortito y unos tacos infartantes. Me ayudaba a acomodar todo para recibir a los comensales antes y durante el trámite de aquella fiesta inolvidable.

Sofi Gala fue una de las primeras en llegar, también rutilante. Su esposo Juli y su hijo Dante la acompañaban.

La familia Rodríguez Mignona también asistió al ágape delirante de fin de año. Martín, mi amigo fiel. Su espléndida mujer Giuliana. Madre de dos machitos, Manu y Fermín. Compañera entrañable de mi amigo y

asistente social. Mamá Grace, su madre. Un poco la mía. Ella decoró todos los departamentos donde viví en los últimos veinte años en Buenos Aires, y me escuchó y aconsejó en los males de amores. Estaba magnífica, toda de blanco, con los pechos bien subidos y un turbante en la cabeza que le daba un aire africano elegantísimo. Una hermana de Martín Rodríguez, Belén y un hermano de Giuliana, Guido.

Alina, Marcelo Baraj, su pareja, gran baterista y León, mi sobrino rebelde favorito.

Fena Dellamaggiora, hermano porteño entrañable. Dibujante de excepción, músico y humorista 24 horas. Puedo pelearme con él hasta desear no volver a verlo nunca más pero su insólita sonrisa me devuelve lo mejor suyo y siempre decido por nosotros, otra vez.

Ariel Mora, artista plástico, amigo de amigos.

Ann de la Fuente, musa *night club after before*. No existís en Buenos Aires si no la conocés. Norbi, amigo de ella y Sofi Gala.

Carlos Vandera y Verónica recién casados. Nacho Jeannot, Juani Aguero, Fino Díaz, hermanos putativos de Euge y sobrinos nuevos del amor.

Claro, claro… Los amigos de mi novia… ¡Ok…! ¡El más grande tiene veinticinco…! ¡Ok! ¡Ok! ¡Le llevo veintisiete años a mi novia! ¡Ok!

Ale Avalis, mi más íntimo ladero de la vida. Podría decir que él sabe todo de mí y lo que no, lo intuye y lo intuye bien. Isabel, su mujer. Adorable criatura y Tate, su hijo y sobrino amoroso.

Archivo personal

Claudia Sinesi, gran bajista, viuda e hija del rock and roll y su pareja, mi Tana de oro. La mejor pizzera de parrilla de Buenos Aires y mujer extasiada del amor. Generosa y derramada.

Matías Mango, actual tecladista de Pity Álvarez y experto conocedor de todos los secretos musicales de Charly García.

El negro Mariani, con su ingenio platense que se le sale del cuerpo. Gran bebedor de whisky y pintor de excelencia. En muchas oportunidades me hizo descubrir escenas ocultas dentro de los cuadros de mi hijo Martín. El mejor chef y mejor amigo.

María Carámbula, hermosa mujer de mi vida. Tan dulce y tan querida.

Corría el vino y el champagne. Es divertido ver cómo la gente va perdiendo la cabeza en una fiesta y los alcoholes van relajando el espíritu y los músculos en algunos y afilando la inteligencia y la lengua en otros. Era otro fin de año. Es inevidiv sentir un cocktail de emociones. El alivio de la tarea cumplida, la emoción de los hijos creciendo, el recuerdo de los momentos de intimidad compartidos con la gente amada en las buenas y en las malas.

El vínculo de las redes es un vínculo, pero… faltan los besos, las miradas, los polvos, las caricias, los abrazos. Falta todo. Aunque también tengo cariños en la red. El dolor de las ausencias. Las vivas y las muertas.

Charly García, mi hermanito telepático seguía sentado en el sillón amarillo donde había pasado casi toda la velada. Estuvo amabilísimo con toda la gente que quiso sacarse fotos con él.

Cerca de la medianoche nadie sabía con qué música recibir el año nuevo. Entonces María Eugenia se acercó a él. Los dos se entendieron sin hablar. Igual que un rey le entrega un palacio a una princesa, Charly le dio a Euge su iPad. Así, a las 23:59 se puso a sonar “La máquina de ser feliz”.

Aquella música atronó desde los Genelecs del tercer piso de la calle Bioy Casares 2037 a toda la ciudad de Buenos Aires y nos oxigenó con aires de belleza y libertad.

Guido Adler

Para Euge

FIN